

ALABEMOS AL SEÑOR



*Libro de
mensajes
bíblicos
con
oraciones*

ALABEMOS AL SEÑOR

**Libro de mensajes bíblicos
con oraciones**



Multi-Language Publications

Bringing the Written Word to the World

Praise the Lord © 2002. Translated and distributed by WELS Multi-Language Publications with the permission of Northwestern Publishing House.

Alaben al Señor © 2002. Fue traducido y distribuido por Publicaciones Multilingües (WELS) con el permiso de NPH.

NOTA: Cambio de título de este libro.

En 2010 se cambió el título del libro de Alaben al Señor a Alabemos al Señor

Alabemos al Señor © 2002. Fue traducido y distribuido por Publicaciones Multilingües (WELS) con el permiso de NPH.

Se base en una serie de libros de MEDITACIONES editada por la Editorial Northwestern, y usado con permiso.

El texto fue adaptado para ser utilizado por Publicaciones Multilingües del Sínodo Evangelio Luterano de Wisconsin, 2500 George Dieter Dr, El Paso, TX 79936

Todas las citas bíblicas, a menos de que se indique de otra forma, se han tomado de la SANTA BIBLIA, versión Reina Valera, Edición de Estudio de 1995, Sociedades Bíblicas Unidas.

Primera impresión 2005

Segunda impresión 2010

© 2005 por Publicaciones Multilingües

ISBN 1-931891-66-4

Impreso en los Estados Unidos

PREFACIO

Los mensajes de la palabra de Dios que se encuentran en este libro, son una selección de los libros “Meditations” (MEDITACIONES) que la Editorial Northwestern publicó en los últimos seis años. Se han puesto en un español más sencillo y más fácil de leer. Cada mensaje se ha presentado sin ejemplos de la vida americana. Los mensajes hablan acerca de nuestra salvación por medio de la fe en Jesucristo, el Salvador de todas las personas. Estos mensajes se han impreso según el orden de los libros que se encuentran en la Biblia.

En este libro hay otras dos partes. La primera parte incluye oraciones que se pueden usar en diferentes oportunidades durante el día. También se incluyen las enseñanzas cristianas principales de la fe cristiana que se encuentran en el Credo Apostólico, o sea, la afirmación de lo que creemos los cristianos. En la última parte de este libro usted encontrará cuatro mensajes más largos llamados Los regalos de Dios son para usted.

Nuestra oración es que los mensajes fortalezcan su fe en su Señor y Salvador, Jesucristo.

Harold A. Essmann
Junio del 2002

Este libro fue traducido por la Sra. Albina Teigen, natural de Lima, Perú, y esposa de un pastor que trabaja en Mankato, Minnesota. La revisión teológica fue hecha por el Reverendo James Connell, pastor de la iglesia luterana Cristo Nuestro Redentor, El Paso, Texas. Agradecemos la valiosa labor de estos siervos de Dios

CONTENIDO

PRIMERA PARTE:

Oraciones seleccionadas, el Credo Apostólico, y el Salmo 23Página 1

SEGUNDA PARTE:

Mensajes de la palabra de Dios con oracionesPágina 5

TERCERA PARTE:

Los regalos de Dios son para usted (Mensajes más extensos) . . .Página 132

ORACIONES PARA USO DIARIO

EL PADRENUESTRO: *El Padrenuestro se encuentra dos veces en la Biblia. Esta oración se encuentra en el Sermón del Monte de Jesús, en el libro de Mateo, en el capítulo 6, versículos 9 a 13. El Padrenuestro también se encuentra en el evangelio de Lucas en el capítulo 11, versículos 2 a 4. Los discípulos o seguidores de Jesús se acercaron a él y le dijeron: "Señor, enséñanos a orar". Jesús les enseñó a sus seguidores esta oración que conocemos como el Padrenuestro. Esta oración se puede usar en cualquier momento y en todas las circunstancias de nuestra vida. Es una buena oración porque habla mayormente acerca de nuestras necesidades espirituales. Solamente una parte de la oración habla de las necesidades de nuestro cuerpo: "El pan nuestro de cada día dánoslo hoy". Use esta oración con frecuencia.*

EL PADRENUESTRO

Padre nuestro que estás en los cielos,
 santificado sea tu nombre,
 venga a nos tu reino,
 hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.
 El pan nuestro de cada día dánoslo hoy.
 Y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos
 a nuestros deudores.
 Y no nos dejes caer en la tentación,
 mas líbranos del mal.
 Porque tuyo es el reino, el poder y la gloria
 por los siglos de los siglos. Amén.

OTRAS ORACIONES: *Dios nos invita a los cristianos a acercarnos en oración en cualquier momento de nuestra vida diaria. Querremos orar en la mañana al levantarnos de la cama. También queremos orar en la noche antes de dormir. Antes y después de comer es un buen tiempo para agradecer y alabar a Dios por las bendiciones que nos da. Cuando tenemos dificultades en nuestra vida, Dios nos invita a acercarnos a él en oración. Él promete oír nuestras oraciones. En el Salmo 50 versículo 15, Dios dice: "Invócame en el día de la angustia; te libraré y tú me honrarás".*

ORACIÓN PARA ANTES DE COMER

Cristo nuestro Pan de Vida
ven, bendice esta comida.
Por los dones de tu amor,
gracias te damos, Señor.

ORACIÓN DESPUÉS DE COMER

Dan gracias al Señor, porque él es bueno;
Su gran amor perdura para siempre. Amen.
(Salmo 136:1[NVI])

ORACIÓN EN LA MAÑANA

Padre celestial, por medio de Jesucristo, tu amado Hijo, te doy gracias porque durante la noche me has protegido de todo mal y peligro. Te ruego también que me conserves y me guardes de pecado y de todo mal en este día, para que en todos mis: pensamientos, palabras, y obras, te pueda servir y agradar. En tus manos encomiendo: mi cuerpo, mi alma, y todo lo que es mío. Que tu santo ángel me acompañe para que el maligno no tenga ningún poder sobre mí. Amén.

ORACIÓN EN LA NOCHE

Padre celestial, por medio de Jesucristo, tu amado Hijo, te doy gracias, porque en este día me has protegido con tu gracia. Te ruego que me perdones todos los pecados que he cometido, y que por tu gran misericordia me guardes de todos los peligros de esta noche. En tus manos encomiendo: mi cuerpo, mi alma, y todo lo que es mío. Que tu santo ángel me acompañe para que el maligno no tenga ningún poder sobre mí. Amén.

LO QUE CREEMOS

EL CREDO APOSTÓLICO: *Un credo es una afirmación de lo que creemos. La palabra “credo” viene del latín y significa: “creo”. Los apóstoles de Jesucristo no escribieron el Credo Apostólico. Sin embargo, se le llama el Credo Apostólico porque se basa en las enseñanzas de los apóstoles, encontradas en la Biblia. Los apóstoles fueron doce, posteriormente también el apóstol Pablo fue escogido directamente por Jesús y fue enviado por él a predicar y a enseñar la palabra de Dios. Este credo posiblemente se basa en las palabras que se usan en el Bautismo y que fueron ordenadas por Jesucristo. Este mandato se encuentra en Mateo, en el capítulo 28 versículo 19, donde Jesús dijo: “Id y haced discípulos de todas las naciones; bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”. El Credo Apostólico tomó la forma que tiene hoy en Francia, aproximadamente ochocientos años después que Jesús y los apóstoles vivieron en esta tierra. En este credo decimos lo que nosotros como cristianos creemos acerca de: Dios el Padre, el Hijo [Jesús] y el Espíritu Santo.*

EL CREDO APOSTÓLICO

Creo en Dios Padre todopoderoso, Creador
del cielo y de la tierra.

Y en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor;
que fue concebido por obra del Espíritu Santo,
nació de la virgen María;

padeció bajo el poder de Poncio Pilato,
fue crucificado, muerto y sepultado;
descendió a los infiernos;

al tercer día resucitó de entre los muertos;
subió a los cielos

y está sentado a la diestra de Dios Padre todopoderoso;
y desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos.

Creo en el Espíritu Santo;
la santa iglesia cristiana,
la comunión de los santos;
el perdón de los pecados;
la resurrección de la carne
y la vida perdurable. Amén.

SALMO 23: *Los salmos son himnos o canciones. El pueblo de Israel cantaba los salmos en los días del Antiguo Testamento. Hasta el día de hoy las iglesias cantan algunos de los salmos. Uno de los más hermosos es el Salmo 23, que fue escrito por el rey David. David vivió en los tiempos del Antiguo Testamento antes de que naciera Jesús. Cuando era joven había sido pastor que cuidaba ovejas en las colinas que rodeaban el pueblo de Belén. Este salmo habla de nuestro Señor y Dios como pastor; y de nosotros los cristianos o creyentes como ovejas suyas. Este salmo alaba a Dios por todas las bendiciones que nos da. También nos recuerda el cuidado y consuelo que recibimos de nuestro Buen Pastor. Finalmente, el Buen Pastor nos lleva al cielo. En el cielo cantaremos acerca de la bondad y del amor de Dios y disfrutaremos de ellos.*

SALMO 23

Jehová es mi pastor, nada me faltará.
 En lugares de delicados pastos me hará descansar;
 junto a aguas de reposo me pastoreará.
 Confortará mi alma.
 Me guiará por sendas de justicia por amor de su nombre.
 Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno,
 porque tú estarás conmigo,
 tu vara y tu cayado me infundirán aliento.
 Aderezas mesa delante de mí en presencia de mis angustiadores;
 unges mi cabeza con aceite;
 mi copa está rebosando.
 Ciertamente el bien y la misericordia me seguirán
 todos los días de mi vida,
 y en la casa de Jehová moraré por largos días.

ALABEMOS AL CREADOR POR SU AMOR Y POR SU PODER *GÉNESIS*

Dijo Dios: "Sea la luz". Y fue la luz. Vio Dios que la luz era buena, y separó la luz de las tinieblas. Llamó a la luz "Día", y a las tinieblas llamó "Noche". Y fue la tarde y la mañana del primer día (Génesis 1:3-5).

EL CREADOR DIJO PALABRAS PODEROSAS

Algunas personas tratan de creer en dos cosas opuestas: la creación y la evolución. La Biblia nos dice que Dios creó el mundo en seis días, y las palabras iniciales del libro de Génesis respaldan: ¿QUIÉN creó el mundo?, ¿QUÉ fue lo que creó? y ¿CÓMO fue creado? Dios dijo palabras poderosas y así fue.

Dios no necesitó Largo tiempo, ni millones de años para hacer el mundo y todo lo que había en él. Él pronunció palabras poderosas y así hizo el mundo en seis días: “Él [Dios] dijo, y fue hecho; él mandó, y existió” (Salmo 33:9). “Estos ignoran voluntariamente que en el tiempo antiguo fueron hechos por la palabra de Dios los cielos y también la tierra, que proviene del agua y por el agua subsiste, por lo cual el mundo de entonces pereció anegado en agua” (2 Pedro 3:5).

El saber CÓMO hizo Dios el mundo nos da gran consuelo. Su palabra es poderosa. Esto significa que cuando él dice que nuestros pecados están perdonados realmente están perdonados. La palabra de Dios creó la fe en nuestro corazón. El Dios que creó la luz en el mundo, ha brillado en nuestro corazón al decirnos las buenas nuevas acerca de Jesús.

¿Sentimos temor de lo que pueda suceder en el futuro? ¿Pensamos que Dios no se encargará de cuidarnos? Si es que estas preocupaciones llenan nuestra mente, entonces pensemos en la manera en que Dios creó al mundo. Recuerde el poder de la palabra de Dios. Jesús demostró este poder cuando sanó a las personas que estaban enfermas. Él demostró este poder cuando resucitó de entre los muertos.

Por el poder de la palabra de Jesús, Lázaro fue resucitado de entre los muertos. "Y habiendo dicho esto [Jesús] clamó a gran voz: ‘¡Lázaro, ven afuera!’" (Juan 11:43). Y Lázaro salió vivo de la tumba. Jesús dirá alguna palabra poderosa en el último día y por eso resucitaremos de entre los muertos. "No os asombréis de esto, porque llegará la hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz [la de Jesús]" (Juan 5:28-29). Dios habla y se hace. Dios creó el mundo con su palabra poderosa. Él nos salva: del pecado, de la muerte, y del infierno, con esa misma palabra poderosa.

Oh Dios, te alabamos ahora y siempre, porque tu palabra: nos creó, nos cuida cada día, nos salva, y nos llamará nuevamente a la vida. Amén.

"Ahora, pues, dirás así a mi siervo David: 'Así ha dicho Jehová de los ejércitos: Yo te tomé del redil, de detrás de las ovejas, para que fueras príncipe de mi pueblo Israel; y he estado contigo dondequiera que has ido, he exterminado delante de ti a todos tus enemigos, y te he dado nombre grande, como el nombre de los grandes que hay en la tierra. Además, yo fijaré un lugar para mi pueblo Israel y lo plantaré allí, para que habite en él y nunca más sea removido, ni los inicuos lo aflijan más, como antes, a ti te haré descansar de todos tus enemigos'" (2 Samuel 7:8-11).

NUESTRO REY NOS CUIDA

El rey David, que vivió en el Antiguo Testamento, quería hacer algo bueno para Dios. Quería edificar un templo para que el pueblo de Israel tuviera un lugar apropiado para rendirle adoración a Dios. Pero los planes de Dios eran diferentes de los del rey David. Dios le otorgó a David la victoria sobre sus enemigos. Le dio paz, pero no para que David construyera un templo.

Por largo tiempo Dios había prometido traer el Salvador al mundo del pueblo de Israel. Esta es la razón por la que Dios escogió a David para que fuera el rey de Israel. David iba a ser un antepasado de su gran descendiente, Jesús. Jesús también es rey, el gran rey, y el mejor de todos. Los reyes cuidaban bien de sus súbditos o pueblo.

Como nuestro rey Jesús nos cuida. Él cumplió perfectamente todas las leyes de Dios por nosotros. Vivió de manera perfecta día y noche. Después entregó su vida en una cruz para pagar por todos los pecados de cada uno de los que vivimos en el mundo. Nuestro Rey Jesús, combatió: el pecado, a Satanás, y al infierno, por nosotros y murió. Esta muerte fue su victoria. La resurrección de Jesús de entre los muertos aseguró nuestro perdón. Viviremos en el cielo para siempre.

Mientras vivamos en la tierra, nuestro Rey también nos cuida. Él se encarga de que tengamos lo que necesitamos en nuestra vida. David era pastor y cuidaba las ovejas. Como nuestro Buen Pastor, Jesús nos protege y nos cuida como sus ovejas. Lo que tenemos en nuestra vida es el resultado de su cuidado perfecto.

Quando le rendimos adoración a nuestro Rey, lo hacemos con amor y con agradecimiento por todo lo que nos da. Nuestra adoración no es acerca de lo que hacemos por Jesús, nuestro Rey. Es más bien acerca de lo que nuestro Rey: ha hecho, todavía hace, y hará por nosotros.

Jesús, te agradecemos por todo lo que has hecho y todavía haces para cuidar nuestro cuerpo y alma. Oramos para que, como nuestro Buen Pastor, nos sigas guiando con seguridad a través de nuestra vida. Sigue ayudándonos en todas nuestras necesidades espirituales y corporales. Amén.

Naamán, general del ejército del rey de Siria, era un hombre que gozaba de gran prestigio delante de su señor, quien lo tenía en alta estima, pues por medio de él había dado Jehová salvación a Siria. Era este un hombre valeroso en extremo, pero leproso. De Siria habían salido bandas que se llevaron cautiva de la tierra de Israel a una muchacha, la cual se quedó al servicio de la mujer de Naamán. Esta dijo a su señora.: "Si rogara mi señor al profeta que está en Samaria, él lo sanaría de su lepra" (2 Reyes 5:1-3).

LA FELICIDAD NOS HACE HABLAR

Piense en una niña que juega y se divierte fuera de su casa. Entonces los enemigos de un país extranjero atacan su pueblo y ella y su familia son llevados como prisioneros. La niña es apartada de sus padres y de sus hermanos, y la venden como esclava. De ahí en adelante se le dice lo que debe hacer y cuándo hacerlo. Entonces la niña se entera de que su amo y señor, fue el que la apartó de su hogar y de su familia.

¿Qué haría usted si su amo se enfermara de la piel? La lepra es una enfermedad que hace que la piel y partes del cuerpo, se desgarran y se caigan. ¿Estaría usted dispuesto a ser amable con un hombre así? Probablemente diría que no. Pero la niña de nuestra lectura no dijo que no. Se decidió a hablar acerca del Dios que la amaba. Sabía de la promesa del Salvador que iba a venir en el futuro, y sabía que en su pueblo natal había uno de los profetas de Dios. Sabía que se llamaba Eliseo y que vivía para el Dios que la había salvado a ella. Su alegría por la fe en el Salvador venidero, hizo que le dijera a la esposa de Naamán dónde podía encontrar ayuda para su enfermedad.

Nosotros tenemos la alegría de saber que nuestros pecados son perdonados debido a que Jesús murió por nosotros. Tenemos la alegría de saber que viviremos porque Jesús resucitó de entre los muertos y vive. Tenemos la alegría de saber que nuestro Salvador, Jesús, que fue al cielo, volverá y nos llevará también al cielo. "El amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron; y él por todos murió, para que los que viven ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos" (2 Corintios 5:14,15). La alegría nos hace hablar de nuestro Salvador, Jesús. Hablarles a otros de nuestro Salvador hace que nuestra alegría sea aún mayor.

La niña esclava de nuestra lectura, tuvo la buena voluntad de decirle a un hombre la manera en que podía sanar. Cuánto más nosotros tendremos la voluntad de hablarles de la palabra salvadora de Dios a muchas personas del mundo que todavía son esclavas en las cadenas del pecado. ¿A quién conoce usted hoy en día que necesita este mensaje de amor? Usted se sentirá alegre cuando les cuente a otros acerca de Jesús.

Jesús, tú me amaste, cuando nadie podía amarme debido a mis pecados. Sigue ayudándome a amar a otros al hablándoles hoy acerca de tu amor. Amén.

"De oídas te conocía, mas ahora mis ojos te ven" (Job 42:5).

EL SEÑOR NOS MUESTRA SU AMOR POR NOSOTROS

Puede ser que usted haya oído muchas veces que su pastor le dice: "Dios lo ama". Puede ser que usted oiga esto cada vez que oye un sermón porque este es el mensaje que se enseña en nuestras iglesias domingo tras domingo. Este mensaje del amor de Dios por nosotros, es el centro de nuestra fe cristiana.

Es un mensaje muy precioso porque cada uno de nosotros es pecador, y por eso no merecemos nada bueno de parte de Dios; sólo merecemos su ira y su castigo eterno en el infierno. Pero el Señor no permitió que recibiéramos el castigo que debíamos recibir. Isaías, uno de los profetas del Antiguo Testamento, dice que Dios cargó sobre su Hijo, que nunca pecó, "el pecado de todos nosotros" (Isaías 53:6). La palabra de Dios nos dice que, debido a su amor, todos nuestros pecados son perdonados por Jesús quien pagó por nuestros pecados cuando murió en la cruz.

En el momento espiritual más bajo de su vida, Job dijo las palabras que aparecen al principio de esta meditación. Él pensaba que Dios no lo amaba porque había sufrido terriblemente. Toda su riqueza y todos sus hijos, le habían sido arrebatados. Job tenía heridas en todo el cuerpo. Debido a su sufrimiento, Job dudaba que Dios realmente lo amara. Dios vio que Job necesitaba que él le demostrara que todavía lo amaba. En la Biblia el libro de Job nos dice que Dios le habló de una manera especial. Le habló a Job en una voz que provenía de un viento fuerte porque quería que Job tuviera la seguridad de que él lo amaba.

Cuando aparecen las dificultades en nuestra vida, puede ser que pensemos que Dios no nos ama. Cuando llegan estos problemas ellos son una prueba para nuestra fe. Quizá sentimos la necesidad de que un viento fuerte nos ayude o queremos tener alguna señal de que Dios realmente nos ama. A nosotros los cristianos Dios nos ha dado una señal muy especial. Dios nos habla, no de un viento fuerte, sino con su palabra verdadera: la Biblia. La palabra de Dios: nunca cambia, es verdad, y no contiene errores. La palabra de Dios tiene el poder de ayudarnos y de salvarnos.

¿Quiere usted estar seguro de que Dios lo ama? ¿Necesita usted estar seguro de que sus pecados son perdonados? Todos necesitamos estar seguros y esto viene de parte de Dios mismo. Al leer la Biblia podemos estar seguros de que Dios nos ama. Lea la Biblia con frecuencia. Recuerde, solamente la palabra de Dios puede decirle cómo en realidad es Dios. Solamente la palabra de Dios puede decirle cómo lo ama. Solamente la palabra de Dios le dice que usted puede ser salvado por medio de Jesús. Solamente la palabra de Dios le muestra a usted la manera en que puede ir al cielo.

Amado Señor, por medio de la lectura de tu Palabra preciosa, sigue ayudándome a tener la seguridad de que me amas. Amén.

Bienaventurado el varón que no anduvo en consejo de malos, ni estuvo en camino de pecadores, ni en silla de escarnecedores se ha sentado, sino que en la ley de Jehová está su delicia y en su ley medita de día y de noche. Será como árbol plantado junto a corrientes de aguas, que da su fruto en su tiempo y su hoja no cae, y todo lo que hace prosperará. Jehová conoce el camino de los justos, mas la senda de los malos perecerá (Salmo 1:1-3,6).

DIOS NOS BENDICE

¿Quién nos bendice? Dios. pero, ¿sabe usted lo que significa ser bendecido por Dios? Primero que nada, es maravilloso pensar que el Dios todopoderoso lo hace. Él es el creador del cielo y de la tierra y es el Señor de los señores; aun así, nos ve y nos cuida. El salmista escribe: “Cuando veo tus cielos, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que tú formaste, digo: ‘¿Qué es el hombre para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre para que lo visites? Lo has hecho poco menor que los ángeles’” (Salmo 8:3,4,5).

Es mucho más maravilloso cuando pensamos en A QUIÉN bendice Dios. Somos seres humanos, concebidos y nacidos en pecado. Somos personas que queremos hacer lo malo todo el tiempo, y luchamos contra lo que Dios nos dice. Sin embargo, Dios nos bendice.

Solamente puede haber una respuesta a la pregunta: ¿por qué nos bendice Dios? Por la gracia de Dios, es decir, su amor y misericordia que no merecemos. "De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna" (Juan 3:16). Debido a que no hacemos lo que es correcto, Dios exige que el pecado sea castigado con la muerte. Sin embargo, el amor de Dios encuentra la manera de satisfacer su justicia y de salvar a sus criaturas a la vez. Él envió a su Hijo Jesucristo para que tomara nuestro lugar. Jesús guardó la ley de manera perfecta y murió en la cruz. Este sacrificio es necesario para pagar por los pecados de todas las personas del mundo. Ahora Dios dice que todos somos justos, es decir, que somos sin pecado por medio de la fe en Cristo Jesús. Nuestra fe es un regalo de Dios.

El resultado es que nosotros los cristianos, los creyentes, somos adoptados como hijos de Dios. Los creyentes no viven como los que no tienen Dios. Se alegran de escuchar la ley y el evangelio de Dios. El creyente lee y piensa en la palabra de Dios día y noche y, por medio de este, Dios bendice a los creyentes. Ellos saben lo que es la paz porque sus pecados han sido perdonados. Son vencedores sobre el pecado y sobre la sepultura. Los cristianos están seguros de que sus oraciones son escuchadas por su Padre que está en los cielos. Los creyentes tienen la esperanza segura de la vida eterna con Jesús en el cielo. Déle gracias a Dios por haberlo guiado por el sendero correcto de los creyentes.

Amado Señor, soy bendecido. Me has hecho caminar en el sendero que lleva al cielo para los creyentes. Sigue haciendo que sea posible que yo pueda apartarme de: los pensamientos, palabras, y obras pecaminosos. Que yo siempre pueda llevar la vida de creyente. Amén.

Será como árbol plantado junto a corrientes de aguas, que da su fruto en su tiempo y su hoja no cae y todo lo que hace prosperará (Salmo 1:3).

LOS CREYENTE SOMOS COMO UN ÁRBOL PLANTADO JUNTO A CORRIENTES DE AGUAS

Cuando uno estudia un mapa de la tierra santa donde vivió Jesús, aprende cosas interesantes. Esa tierra es un país pequeño con 130 kilómetros de ancho y 225 kilómetros de largo. Sin embargo, en la parte norte de ese país se puede ver nieve en la cima del monte Hermón y al sur se ve la aridez del caliente desierto del Neguev. Los campos de Samaria producen muchas buenas cosechas mientras que al este y al sur de Jerusalén, hay colinas que no tienen ni árboles ni césped. En el país hay pocos lugares donde usted puede encontrar agua fresca excepto el mar de Galilea y el río Jordán. La mayor parte de los otros ríos son pequeños. A la tierra donde vivió Jesús, se le llamaba la tierra que fluye leche y miel, pero nadie podría decir que es una tierra con mucha agua.

Con frecuencia esta tierra sufría la falta de lluvia, y como resultado había escasez de alimentos. Las lluvias del principio y del fin del año, eran muy importantes. Cuando no llovía, esto representaba un problema grave. Así que la imagen del creyente como un árbol plantado al lado de un río donde había agua, tenía un hermoso significado para la persona que vivía en la tierra de Jesús. Tal árbol plantado cerca del río no dependía de la lluvia. Durante los años lluviosos crecía como todos los otros árboles, pero en los años de sequía, cuando todos los árboles y plantas morían, el árbol plantado al lado del río seguía creciendo.

Así como el agua es importante para que un árbol viva y crezca, así también la palabra de Dios es importante para la vida espiritual del creyente. La palabra de Dios da vida y salvación, y fluye como si fuera un río. "Del río sus corrientes alegran la ciudad de Dios" (Salmo 46:4). El creyente que está plantado en la palabra de Dios disfruta de: la sabiduría, la misericordia, y la bondad, de esa palabra. El creyente está lleno de vida y por eso las otras personas pueden apreciar que el creyente está lleno de vida por lo bueno que hace en su vida. Puede ser que las personas de este mundo no vean como éxito, lo que hace el creyente, pero el apóstol Pablo nos dice: "Sabemos, además, que a los que aman a Dios, todas las cosas los ayudan a bien" (Romanos 8:28).

El creyente es fiel en usar la palabra de Dios. Al creer en Jesús el creyente hace lo bueno. Por lo tanto, Dios bendice al creyente.

Amado Señor, gracias por plantarme en tu palabra donde yo siempre puedo ser fortalecido en mi fe, hasta en los tiempos difíciles. Que el agua refrescante del evangelio siempre me mantenga dispuesto a hacer lo bueno. Amén.

¡Jehová, Señor nuestro, cuán grande es tu nombre en toda la tierra! (Salmo 8:9)

HEMOS VISTO LA GLORIA DE DIOS

¿Por qué la gente alaba y adora a Dios? ¿Por qué le dan ofrendas? Algunas personas lo hacen porque Dios ha sido muy bueno con ellos o, lo hacen al ver las enormes montañas y las hermosas flores, dicen: "Dios es bueno porque hizo todas estas cosas tan maravillosas".

Pero, ¿cuál debe ser nuestra razón principal para adorar y alabar a Dios? El rey David, que escribió muchos de los salmos, vio la gloria del Señor en lo que Dios había hecho. El Señor ayudó al rey David a obtener victorias sobre sus enemigos y a obtener grandes riquezas. El rey David nos enseña a buscar la gloria de Dios en el nombre de él y en su significado. Jehová es el nombre del Dios de amor y del pacto. Dios muestra amor y fidelidad en su Hijo, Jesucristo. El humilde Salvador que nació en Belén nos muestra el amor y la misericordia de Dios para con nosotros. El apóstol Juan escribió: "Y el Verbo [Jesús] se hizo carne y habitó entre nosotros lleno de gracia y de verdad; y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre" (Juan 1:14).

Usted nunca ha visto a Jesús; sin embargo, usted sabe que él existe porque cree lo que le dice la Biblia. Diariamente ve como lo ayuda o alimenta en la fe, a través del poder de la Palabra. Por ejemplo, usted sabe que es salvo por la fe en Jesús: lo ve en la Santa Cena y el Espíritu Santo le dice que usted es hijo de Dios. Sí, usted ha visto la gloria de Dios en Jesús.

Dios viene a usted todos los días a través de: la Palabra, los sacramentos del Santo Bautismo y de la Santa Comunión. Por lo tanto, alabe a Dios porque lo ha hecho ver su gloria en Jesús, el Hijo de Dios. Alabe a Dios, porque usted junto con el rey David en el Salmo 8, han visto la gloria de Dios.

Te alabamos, Dios del cielo y de la tierra, porque vienes a nosotros por medio de Jesús. Él: vivió en la tierra, murió por nosotros, y resucitó de entre los muertos, para que nosotros pudiéramos compartir su gloria ahora y para siempre. Amén.

Como un tiesto se secó mi vigor y mi lengua se pegó a mi paladar. ¡Me has puesto en el polvo de la muerte! (Salmo 22:15).

EL SEÑOR ME SALVA DE LA MUERTE ETERNA

Algunas personas le tienen miedo a la muerte o a la manera en que van a morir. Muchas veces tienen miedo, porque no están seguras si irán al cielo o al infierno. Estas personas, por lo común, piensan que irán al infierno. Hay otras que temen a la forma en que morirán. ¿Será en un accidente o después de sufrir una larga enfermedad? Sólo Dios lo sabe.

El versículo bíblico que acabamos de leer da esperanza a todos los pueblos. El Salmo 22 habla acerca de Jesucristo quien murió para quitar el temor a todos los que creen en él. Los cristianos, no van a sufrir la muerte eterna en el infierno, porque Jesús llevó por nosotros la vida perfecta y sin pecado. Cristo fue abandonado por su Padre y sufrió el infierno que nosotros merecíamos. Por medio de su vida perfecta y su muerte inocente, fue pagado el pecado. Al morir Jesús en la cruz, y gritar: "Consumado es", fuimos justificados, o sea, Dios como juez nos declaró inocentes.

A través de Jesús recibimos el perdón, y ahora Dios nos ve santos. El resultado de este sacrificio es que podemos estar seguros de que iremos al cielo: "De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna" (Juan 3:16). Dios les hizo esta promesa tan maravillosa a los creyentes. ¡Quien crea en Jesús y en lo que ha hecho por nosotros, irá al cielo!

Jesús hace que desaparezca el temor a una muerte dolorosa, porque nada se puede comparar con el infierno que él sufrió en la cruz. La muerte de Jesús nos trae la esperanza de la vida con Dios. Esta esperanza se les da a todos los que tienen fe, es decir, confianza en Dios. "Sabemos, además, que a los que aman a Dios, todas las cosas los ayudan a bien" (Romanos 8:28). Podemos estar seguros de que "Las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse" (Romanos 8:18). Las maravillosas del cielo hacen que todo nuestro sufrimiento en la tierra parezca pequeño.

Señor, gracias por morir en la cruz por mí. Ahora ya no tengo temor a la muerte ni a cómo moriré. Amén.

Del río sus corrientes [las bendiciones de Dios] alegran la ciudad de Dios, el santuario de las moradas del Altísimo (Salmo 46:4).

DIOS NOS DÁ EL AGUA DE VIDA

Hace muchos años las ciudades eran protegidas por altas murallas y los alimentos se guardaban detrás de ellas. El agua era muy importante, y si la gente no la tenía, no podía combatir a sus enemigos y pronto tomarían dominio de la ciudad.

La “ciudad de Dios” del versículo de hoy se refiere a la santa iglesia cristiana, que se compone por todos los creyentes. Al igual que aquellas ciudades, el pueblo de Dios sigue siendo atacado por sus enemigos: el diablo, el mundo, y la carne pecaminosa. Sin embargo, Dios defiende su ciudad al dar el agua que necesita para sobrevivir.

El salmista nos dice que "Del río sus corrientes", es decir: las bendiciones de Dios son como un río. El agua es la salvación que Dios nos da por medio de su palabra. Jesús dijo: "El que beba del agua que yo le daré no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna" (Juan 4:14).

El agua de vida para los creyentes, es el evangelio y las buenas nuevas acerca de Jesús nuestro Salvador, que nos defienden de nuestros enemigos. El alma encuentra alivio en el evangelio y los sacramentos. Las buenas noticias son que nuestros pecados han sido perdonados por medio de Jesús.

La palabra de Dios da felicidad. El Salmo dice que el evangelio llena de alegría a la iglesia, y que Dios destruirá el poder del diablo. Cuando el pecado nos tienta, el Señor nos protegerá; cuando nuestro cuerpo se deja arrastrar por el pecado, Dios lo frenará; cuando el evangelio mora en nuestra vida, viviremos con alegría y seguridad.

Gracias, Señor, por darme el mensaje del evangelio. Sigue ayudándome a ser agradecido y a estar lleno de alegría por las bendiciones que me das. Amén.

Ciertamente mil años delante de tus ojos [Dios] son como el día de ayer, que pasó, y como una de las vigiliias de la noche (Salmo 90:4).

SEGURO CON DIOS

El 10 de noviembre de 1483 nació Martín Lutero en Alemania. Si alguien le preguntara: "¿Por qué nació en 1483?" o "¿por qué nació en Alemania?", usted podría contestar: "Ese fue el plan de Dios". Él controla el tiempo, y creó: el sol, la luna, y las estrellas, para que nos alumbraran y sirvieran "de señales para: las estaciones, los días, y los años" (Génesis 1:14).

Todos somos parte de la creación de Dios, es por eso que somos gobernados y controlados por el tiempo. Por eso Moisés escribió: "Ciertamente mil años delante de tus ojos [Dios] son como el día de ayer, que pasó, y como una de las vigiliias de la noche" (Salmo 90:4). Esto enfatiza lo corto de nuestra vida y el poder de Dios. Un día pasa muy pronto y las pocas horas de la noche pasan aun más rápido. Así son mil años para Dios.

El apóstol Pablo escribe: "De una sangre [Adán] ha hecho [Dios] todo el linaje de los hombres para que habiten sobre toda la faz de la tierra; y les ha prefijado el orden de los tiempos y los límites de su habitación" (Hechos 17:26). Dios escogió: la fecha de nuestro nacimiento, la época en que viviéramos, y por cuanto tiempo. Dios ha escogido la hora de nuestra muerte y el día del juicio. Esto marcará el comienzo de la eternidad en el cielo.

Dios da consuelo, y queremos agradecerle y alabarlo por gobernar nuestra vida. Digamos como el salmista: "Yo en ti, Jehová, confío; digo: Tú eres mi Dios. En tu mano están mis tiempos" (Salmo 31:14,15). Algunas personas piensan que pueden planear su vida y tomar sus decisiones, pero es Dios quien controla nuestra vida. Los creyentes: luchamos la buena batalla de la fe, difundimos el mensaje del evangelio, y estamos seguros de que Dios los controla.

Todopoderoso Dios, mi vida está en tus manos. Sigue guiándome cada día para poder estar seguro. Te lo pido en el nombre de Jesús. Amén.

Pusiste nuestras maldades delante de ti, nuestros yerros a la luz de tu rostro (Salmo 90:8).

ESTAMOS SEGUROS CON NUESTRO DIOS SALVADOR

Moisés, quien escribió las palabras del Salmo 90, había visto mucho pecado y Muerte, como el líder del pueblo de Israel por muchos años. Vio la manera en que estas personas continuaban luchando contra Dios. Pero Moisés también reconoció su pecado, y sabía que no entraría en la Tierra Prometida debido a ello. Dios también es justo al hacer lo que es correcto. Por lo tanto Dios pone nuestros pecados frente a él donde él puede verlos. ¿Quién se puede sentir seguro frente a Dios?

Pararnos ante el Dios justo y santo, puede causarnos temor porque él demanda que seamos igual de perfectos y santos. Nuestra conciencia nos atormenta porque sabemos que merecemos la ira y condenación de Dios, cada vez que estudiamos la ley de Dios y a la vez reconocemos nuestra rebeldía contra Dios y su voluntad para con nuestra vida.

Moisés sabía que no podemos satisfacer a Dios, y otro autor de salmos también dijo: "La redención de su vida es de tan alto precio que no se logrará jamás" (Salmo 49:8). No podemos compensar lo que hemos hecho contra Dios.

"¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?", pregunta el apóstol Pablo en Romanos 7:24. Igual que Moisés, él sintió su pecaminosidad, y él anteriormente, en el capítulo siete de Romanos, escribió que no podía guardar perfectamente la ley de Dios. Pablo dijo, "Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí" (Romanos 7:21).

Como pueblo de Dios, estamos seguros porque tenemos el perdón de nuestros Pecados, que Jesús ganó por nosotros. Él cubrió nuestros pecados con su sangre y ahora Dios ya no los mira sino se fija en la justicia que Cristo nos dio. Por eso podemos sentirnos contentos y seguros, debido a la misericordia de Dios a través de Jesucristo.

Señor Dios, sigue teniendo misericordia de mí y sigue manteniéndome seguro en tu amor perdonador. Sigue mostrándome mis pecados de modo que me sienta más agradecido por tu perdón. Amén.

Los días de nuestra edad son setenta años. Si en los más robustos son ochenta años, con todo su fortaleza es molestia y trabajo, porque pronto pasan y volamos (Salmo 90:10).

SEGUROS PORQUE DIOS NOS AYUDA

En la época de Moisés, el autor de este salmo, las personas vivían hasta alrededor de los 70 años; pero si eran saludables, alcanzaban los 80. Muchas personas piensan que el tiempo pasa demasiado rápido, y Moisés está de acuerdo: "Pronto pasan [los años] y volamos". Llega la muerte y el alma de los creyentes va al cielo, mientras que su cuerpo vuelve al polvo.

En el pasaje de las Escrituras tenemos otro pensamiento importante acerca de la "molestia y trabajo" de una larga vida. Moisés era creyente y fue escogido por Dios para una obra especial: guiar al pueblo de Israel desde Egipto a la Tierra Prometida. Por eso, durante su vida vio muchas dificultades debido al pecado del pueblo de Israel.

Piense en la vida de Moisés: nació en Egipto cuando mataban a los niños hebreos varones, pero su madre lo escondió para salvarle la vida. La hija del faraón de Egipto encontró a Moisés en la canasta que escondió su mamá entre las plantas del río Nilo, y luego ella le pidió a la madre de Moisés que se lo cuidara.

Cuando Moisés ya era mayor, tuvo que huir porque mató a un egipcio. Cuarenta años después, Dios llamó a Moisés para que guiara al pueblo de Israel fuera de Egipto. Dios le dio a Moisés fuerza y ayuda, por los próximos cuarenta años para que Moisés pudiera servir como líder de un pueblo terco y rebelde. Por ejemplo, una vez no se sintieron satisfechos con el alimento que Dios les había dado y se quejaron contra Moisés y contra Dios. Por eso tuvieron que vagar en el desierto por cuarenta años más.

Sí, nuestra vida también tiene dificultades y pasa muy rápido. Pero Dios está dispuesto a ayudarnos en todo. Al cometer un pecado, Dios nos perdona por medio de Cristo. Cuando muere uno de nuestros seres queridos, la palabra de Dios nos consuela. Como creyentes tenemos muchas bendiciones de Dios porque nos ama y demostró su amor al enviar a Jesucristo para salvarnos de nuestros pecados y guiarnos al cielo.

Señor Jesús, sigue siendo tu quien gobierna mi vida. En esta vida de dificultades, sigue estando conmigo y velando por mí; sigue ayudándome a servirte cada día de mi vida. Amén.

De mañana sáicianos con tu misericordia, y cantaremos y nos alegraremos todos nuestros días (Salmo 90:14).

CON EL AMOR DE DIOS ESTAMOS SEGUROS

La vida siempre cambia, y pasa rápidamente. El pecado y sus consecuencias están con nosotros cada día, especialmente al pensar que el pecado trae la muerte. Al morir, enfrentaremos el juicio de Dios. Estos son asuntos muy importantes, y Moisés nos los recuerda en el Salmo 90.

Sin embargo, Moisés no quiere dejarnos sin esperanza, porque Dios nos ha bendecido con su amor: "De mañana sáicianos con tu misericordia". El amor de Dios está sobre nosotros, aunque nuestra vida y el mundo estén llenos de: pecado, tribulaciones, dolor, muerte, y juicio.

El apóstol Juan lo describe de esta manera sencilla: "Dios es amor" (1 Juan 4:8). Dios nos ama todo el tiempo, jamás nos olvida. Su amor por nosotros hizo que nos enviara a su único Hijo para salvarnos con la vida eterna. Nunca falla el amor de Dios.

Moisés sabía acerca del Jesús prometido. Como Abraham, él esperaba el tiempo en que Jesús nacería, porque sabía que Jesús quitaría el pecado de todas las personas, al morir como el sacrificio por el pecado. Aunque Moisés fue el gran dador de la ley, conocía bien las buenas nuevas acerca de Jesús, las cuales le dieron esperanza y el poder de orarle a Dios. Él podía mirar más allá de todas las tribulaciones de que habla en el Salmo 90, para apreciar el gran amor de Dios.

Nosotros también podemos buscar el gran amor de Dios y, al encontrarlo, "cantaremos y nos alegraremos todos nuestros días". No hay nada en este mundo que pueda separarnos del amor de Dios que se encuentra en Jesucristo nuestro Señor (Romanos 8:39). Por favor, sepa que el amor de Dios también es para usted y es para todo el mundo. No importa lo que usted haya hecho: "Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores" (1 Timoteo 1:15).

Todos nosotros podemos saber del "amor que Dios tiene para con nosotros" (1 Juan 4:16). "En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo para que vivamos por él" (1 Juan 4:9). "Gustad y ved que es bueno Jehová. Bienaventurado el hombre que confía en él" (Salmo 34:8).

Señor, cada día sigue mostrándonos tu misericordia. Cada mañana sáicianos con tu amor. Que cada día de nuestra vida cantemos con alegría y seamos felices. Amén.

Bendice, alma mía, a Jehová, y bendiga todo mi ser su santo nombre. Bendice, alma mía, a Jehová, y no olvides ninguno de sus beneficios (Salmo 103:1-2).

RECORDEMOS LO QUE EL SEÑOR HA HECHO POR NOSOTROS

En nuestra vida andamos muy ocupados, ¿no es verdad?, porque muchas cosas absorben nuestro tiempo. Por ejemplo, ¿fue difícil que usted encontrara tiempo para leer esta devoción para usted o su familia? A veces nuestra vida espiritual sufre porque no tomamos tiempo para alabar a Dios, por eso, vale la pena leer de nuevo el versículo bíblico para hoy.

El Espíritu Santo inspiró al rey David a escribir estas palabras. David también era un hombre muy ocupado como: pastor de ovejas, guerrero, músico, esposo, y padre. Sobre todo, era rey del pueblo de Israel; sin embargo, entendía la importancia de apartar un tiempo diario para agradecerle al Señor por todas sus bendiciones y para no olvidarse de su misericordia.

Al igual que David, usted tiene muchísimas razones para alabar al Señor. Junto con Martín Lutero, un gran líder de la iglesia, podemos decir que el Señor "me ha dado: cuerpo y alma, ojos, oídos, y todos los miembros, la razón y todos los sentidos" (Explicación del primer artículo del Credo Apostólico). También sabemos que Dios me cuida rica y diariamente al proveer "vestido y calzado, comida y bebida, casa y hogar". ¡Tantas bendiciones que Dios nos ha dado!

Pero aún tenemos regalos mejores que el Señor nos ha dado al pensar en los dones espirituales. Como los redimidos, o sea, los hijos de Dios que han sido comprados de nuevo, disfrutamos de los regalos del perdón y la vida eterna. Con frecuencia la naturaleza pecadora quiere pasar por alto estas grandes bendiciones.

Tome tiempo para recordar todo que ha recibido de la mano de Dios. Dedique algún tiempo a estudiar la palabra de Dios y al pensar en que Jesús, verdadero Dios, se hizo hombre para: tomar nuestro lugar, sufrir y morir como castigo por nuestros pecados. Escuche las palabras de consuelo que Jesús les dice a usted y a todo pecador: "Ten ánimo, hijo, tus pecados te son perdonados" (Mateo 9:2).

Junto con David cada vez que oímos el evangelio, nuestro corazón nos anima a decir: "Bendice alma mía, a Jehová, y bendiga todo mi ser su santo nombre. Bendice, alma mía, a Jehová, y no olvides ninguno de sus beneficios."

Amado Jesús, sigue fortaleciendo mi fe para que nunca me olvide de todas las cosas maravillosas que me has dado. Amén.

Bendice, alma mía, a Jehová, y bendiga todo mi ser su santo nombre....Él es quien perdona todas tus maldades, el que sana todas tus dolencias (Salmo 103:13).

EL SEÑOR SANA NUESTRA ENFERMEDAD

Corrientemente cada año se encuentran nuevas medicinas para ayudar a la humanidad pero todavía se enferman y mueren muchas personas. Hay nuevas enfermedades que atacan al cuerpo humano que no se conocían antes, y muchas de estas son fatales porque ni siquiera la medicina moderna las pueda salvar. Pero Dios puede sanar nuestras enfermedades lo cual es un gran consuelo para el cristiano.

Pero, ¿es esto verdad? Muchos hijos de Dios sufren de enfermedades como: dolores de cabeza, cáncer, dolencias del corazón, u otras cosas. Entonces, ¿por qué escribe el salmista, que el Señor "sana todas tus dolencias"?

Sí, es verdad que el Señor sana toda enfermedad porque tiene el poder de hacerlo. Sabemos esto porque la Biblia nos enseña acerca del gran poder de Dios. Por ejemplo, en el Antiguo Testamento de la Biblia, leemos que Dios obró a través de Moisés para salvar a muchas personas de las picaduras de las serpientes. También Dios sanó a un hombre llamado Naamán de una enfermedad de la piel, y respondió a la oración de un rey cuando estaba a punto de morir otorgándole quince años más de vida.

Los escritores de los evangelios del Nuevo Testamento nos cuentan la manera en que Jesús: sanó a muchas personas con fiebres, curó a los sordos, y a los ciegos. Aún Jesús resucitó a los muertos como: la hija de Jairo, el hijo de la viuda del pueblo de Naín y a su amigo, Lázaro, aunque este ya había estado en la tumba por cuatro días. Jesús poderoso nos promete: "Todo lo que pidáis al Padre en mi nombre, lo haré....Si algo pedís en mi nombre, yo lo haré" (Juan 14:13,14).

Es la verdad que Jesús sana todas nuestras enfermedades; sin embargo, lo hace en su tiempo y a su propia manera. Puede ser que en su amor Jesús permita que la enfermedad continúe en nuestra vida para enseñarnos cuán débiles somos. Con frecuencia Dios usa las tribulaciones para que nos acerquemos a él, y permite que la vida del creyente termine por causa de la enfermedad para llevarnos a la vida eterna en el cielo.

Nuestro Señor Jesucristo atacó la enfermedad en la raíz, es decir, el pecado. Jesús Venció: el pecado, la muerte, y a Satanás, cuando murió en la cruz y resucitó de entre los muertos. Un día todos los creyentes estarán en el cielo donde ya no habrá más: dolor, tribulación, ni muerte. Esta es la curación que perdurará para siempre.

Amado Jesús, te alabo por la curación que traes a mi vida. Amén.

Bendice, alma mía, a Jehová, y bendiga todo mi ser su santo nombre. Bendice, alma mía, a Jehová, y no olvides ninguno de sus beneficios...el que sacia de bien tu boca de modo que te rejuvenezcas como el águila (Salmo 103:1,2,5).

QUIERO REJUVENECER

Una vez un autor escribió: "La vida sería mucho mejor si pudiéramos nacer a la edad de 80 y gradualmente volviéramos a tener 18 años". Cuanto más envejecemos, estamos más de acuerdo con la sabiduría de ese autor. La vida del adulto se puede volver difícil. Los achaques y dolores aumentan con la edad y vemos que nuestra vida de jóvenes desaparece. ¡Si solamente pudiéramos descubrir alguna medicina que nos devolviera la juventud y así encontrar la felicidad verdadera!

Con frecuencia deseamos las cosas que quisiéramos tener; pero en vez de esto, escuchemos al salmista y veamos lo que ya tenemos. David, el salmista, nos da más razones para alabar al Señor. Él escribe: el Señor "que sacia de bien tu boca de modo que te rejuvenezcas como el águila".

David usó la imagen del águila que vuela a través del aire, para mostrarnos el cambio que se produce en nosotros por el evangelio: las buenas nuevas de nuestra salvación. A través de ello el Señor satisface todos nuestros deseos. Lo "bueno" que él produce en nuestra vida incluye las bendiciones de nuestro bautismo, donde el Espíritu Santo obra el renacimiento espiritual que, como dijo Lutero: "Efectúa perdón de los pecados, redime de la muerte y del diablo, y da la salvación eterna a todos los que lo creen, tal como se expresa en la palabras y promesas Dios" (Catecismo Menor).

Junto con las bendiciones del bautismo, el Señor también nos da "el fruto del Espíritu Santo." Las bendiciones que nos muestra a través del poder del Espíritu Santo incluyen: "amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza" (Gálatas 5:22). La naturaleza pecadora quiere que nos olvidemos de estas bendiciones que tenemos como creyentes en Cristo, para buscar cosas que satisfagan las necesidades corporales en lugar de las necesidades espirituales.

Las personas del mundo buscan alimentos o medicinas, que prolonguen su vida, pero sabemos que Jesús nos ha dado la vida nueva. En las palabras del profeta Isaías podemos decir: "Los que esperan en Jehová tendrán nuevas fuerzas, levantarán alas como las águilas, correrán y no se cansarán, caminarán y no se fatigarán" (Isaías 40:31).

Amado Señor, sigue enseñándome que todo bien y regalo perfecto provienen de ti. Amén.

Bendice, alma mía, a Jehová, y bendiga todo mi ser su santo nombre. Bendice, alma mía, a Jehová, y no olvides ninguno de sus beneficios. Sus caminos notificó a Moisés, y a los hijos de Israel sus obras. Misericordioso y clemente es Jehová, lento para la ira y grande en misericordia (Salmo 103:1-2,7-8).

DIOS NOS MUESTRA QUE SOMOS SALVOS

Los árboles y las flores, las colinas y los lagos nos dicen algo acerca de Dios, así como el apóstol Pablo escribió: "Lo invisible de él, su eterno poder y su deidad, se hace claramente visible desde la creación del mundo y se puede discernir por medio de las cosas hechas. Por lo tanto, no tienen excusa, ya que, habiendo conocido a Dios, no lo glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias" (Romanos 1:20). Sin embargo, ni los árboles ni las colinas pueden decirnos quién es el verdadero Dios, ni tampoco pueden traernos las buenas nuevas acerca de Jesús, Salvador, que se encuentran en el evangelio.

Los seres humanos nacen sin conocimiento de las cosas espirituales. Millones de personas miran los árboles y las flores para encontrar a Dios, pero ¡qué tontería! Lo único que pueden encontrar en los árboles y en las colinas, acerca de Dios es que es poderoso y que castiga el pecado. También hay la vocecita dentro de cada persona, la conciencia, que nos dice que hemos hecho algo malo. Después de oírla, tratamos de satisfacer a Dios por medio de las buenas obras. Muchas veces damos pretextos e intentamos de justificarnos, para explicar que lo que hicimos no era: equivocado, malo, ni pecado.

El creyente alaba a Dios porque él le ha mostrado en la Biblia que él es el Dios verdadero. Por ejemplo, el salmista nos dice: "Sus caminos notificó a Moisés, y a los hijos de Israel sus obras". Moisés fue un hombre llamado por Dios desde una zarza ardiente, para ser el líder del pueblo de Israel. Allí Dios se identificó como el Dios de: Abraham, Isaac, y Jacob, los tres hombres que recibieron la promesa del Salvador. Dios también le dijo a Moisés que él cumpliría su promesa de enviar a Jesús para salvar al mundo de sus pecados.

Por medio de Jesús, Dios cumplió su promesa de enviar el Salvador del mundo. Ahora Dios nos perdona debido a la vida perfecta que Jesús llevó por nosotros y por medio de su muerte de cruz, en nuestro lugar. ¿Quiere usted saber más acerca de Dios? Lea y estudie su palabra, porque todos los: árboles, colinas, y lagos del mundo, no le dirán lo que usted necesita saber acerca del pecado, ni tampoco le dirán acerca del amor que Dios le tiene a usted. Por eso usted necesita la palabra de Dios que nos asegura: "Pero estas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre" (Juan 20:31).

Señor, sigue enseñándome tu palabra. Sigue dándome la esperanza de la vida eterna en el cielo, a través de esa palabra. Amén.

Te alabaré porque me has oído y me fuiste por salvación. La piedra que desecharon los edificadores ha venido a ser la cabeza del ángulo. De parte de Jehová es esto y es cosa maravillosa a nuestros ojos. Este es el día que hizo Jehová; nos gozaremos y alegraremos en él (Salmo 118:21-24).

ES MARAVILLOSA NUESTRA SALVACIÓN

Las montañas enormes nos maravillan, mientras que los lagos y los ríos se ven tan hermosos. La belleza de la naturaleza nos llena de respeto por la sabiduría y bondad de nuestro Dios. Pero es triste saber que algunas personas buscan al Dios verdadero en la naturaleza. La verdad es que la naturaleza nos dice que Dios existe, pero no nos dice: quién es realmente el verdadero Dios, ni cómo podemos escapar del juicio de Dios, ni cómo podemos salvarnos del pecado para ir al cielo. O sea, la naturaleza nos da un conocimiento acerca de la existencia del único Dios creador y redentor.

Pedro y Juan, discípulos de Jesús, usaron las palabras del Salmo 118, cuando estuvieron delante de los gobernadores de los judíos. En este salmo a Jesús se le llama "la piedra que desecharon los edificadores", porque ellos no aceptaban a Jesús como el Mesías prometido. Sin embargo, el salmista llama a Jesús la piedra más importante de todas porque Jesús es la base sobre la que se construye la santa iglesia cristiana.

Por el pecado original, cuando nacimos éramos enemigos de Dios y no queríamos tener nada que ver con él. Dios cambió nuestro corazón y nuestra forma de pensar para que ya no rechazemos a Jesús, sino más bien, lo estimemos como la persona más importante de nuestra vida. Sabemos acerca de la maravillosa salvación que consiguió Jesús, porque Dios hizo brillar su luz en nuestro corazón y quitó la oscuridad del pecado de nuestros ojos. Ahora vemos quien es el verdadero Dios y, por medio de Jesús, nos da luz y vida.

Es maravilloso que Jesús, el Hijo de Dios, haya nacido en este mundo para vencer la muerte y resucitar de la tumba. Ahora se predica y se enseña, en todo el mundo, esta victoria de Jesús. Es igual de maravilloso que Jesús enviara al Espíritu Santo para darnos: la vida nueva, la vida cristiana, y el poder de vencer la tentación de los pecados.

Los gobernantes de Israel no creyeron las cosas maravillosas que Dios había hecho por ellos ni tampoco aceptaron a Cristo, y por eso, murieron eternamente. Sin embargo, por la gracia de Dios, creemos en Jesús como la base de nuestra fe y la roca en la que edificamos nuestra vida espiritual.

La iglesia perdurará para siempre, porque hasta el fin se predicarán estas cosas maravillosas que Dios hace para ella a través de Jesucristo.

Amado Jesús, sigue ayudándonos a respaldar la prédica de tu palabra. Oramos para que las personas de todas partes puedan llegar a saber acerca de la maravillosa salvación que es de ellas por medio de nuestro Salvador. Amén.

La piedra que desecharon los edificadores ha venido a ser la cabeza del ángulo. De parte de Jehová es esto y es cosa maravillosa a nuestros ojos (Salmo 118:22-23).

EL SEÑOR NOS HA LLEVADO A LA FE

¿Cómo pudo ser tan tonto el pueblo judío? El Señor Jesús: nació en su tierra, les predicó a ellos, e hizo milagros entre ellos. Es decir, frente a sus mismos ojos cumplió todas las profecías del Antiguo Testamento; sin embargo, la mayoría del pueblo judío no creyó en Jesús como el Mesías prometido ni como el Salvador del mundo y, por eso, le pidió al gobernador Poncio Pilato, que condenara a Jesús a muerte.

Nosotros, los cristianos, nos entristecemos porque muchos del pueblo judío no creyeron en Jesús. Pero sin la ayuda de Dios seríamos igual que ellos. Cuando nacimos estábamos muertos espiritualmente y éramos enemigos de Dios. No podíamos, entender la verdad de la palabra de Dios, ni hacerle caso a Dios.

¿Cómo describe la Biblia a Jesús? El salmista lo dice de esta manera: "La piedra que desecharon los edificadores ha venido a ser la cabeza del ángulo". Esta piedra es Jesús, quien mantiene unida a toda la iglesia cristiana. Luego el apóstol Pablo escribió: "Nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo" (1 Corintios 3:11). Por fin Pedro también confesó delante de los mismos líderes espirituales de los judíos: "En ningún otro hay salvación, porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos" (Hechos 4:12).

¡Gracias a Dios por su amor en Jesús que no merecemos! Por su gracia, nos escogió antes de que el mundo fuera creado y nos llevó a la fe en el agua bautismal. Ahora conocemos a Jesús como nuestro Salvador del pecado. El regalo de la salvación que Dios nos da es la bendición más grande que cualquiera pueda tener.

Siéntase contento de ser salvo, porque usted podría ser incrédulo y estar yendo al infierno. Pero por la gracia de Dios usted cree en Jesús como su Salvador, porque fue llevado a la fe por el poder de Dios, y ahora ya sabe la verdad acerca de Jesús.

Padre celestial, gracias por llevarme a la fe. Tengo razón para ser feliz porque tú me has salvado. Con alegría en el corazón sigue permitiéndome que te muestre mi amor por: mi familia, mi prójimo, y todas las personas de mi vida. Amén.

¡Grandes cosas ha hecho Jehová con nosotros! ¡Estamos alegres! (Salmo 126:3).

REGOCIJÉMONOS POR LAS GRANDES COSAS QUE HA HECHO EL SEÑOR

El Señor hizo grandes cosas por Judá, su pueblo del Antiguo Testamento. Ellos estuvieron cautivos en la tierra extranjera de Babilonia, pero Dios cumplió la promesa que le había dado al profeta Jeremías hacía 100 años cuando Ciro, el rey de Persia, dejó que pueblo regresara a Jerusalén. En verdad, Dios hizo grandes cosas por su pueblo, al regresarlos a la Tierra Santa y esto es el motivo de las palabras del salmista en el versículo de esta meditación.

La nuestra, es una alegría aun mayor y también proviene del Señor, porque se basa en las grandes cosas que hizo por nosotros, como nuestro Salvador. ¿Qué nos hizo él? Dios nos escogió antes de la creación del mundo para que fuéramos su pueblo, ahora que vivimos en la tierra y después viviremos por toda la eternidad en el cielo. El Padre envió a su Hijo en el momento apropiado para que nos librara de ser esclavos del diablo. Jesús hizo la voluntad de su Padre al derramar su sangre y al morir por nosotros. El Espíritu Santo nos llevó a la fe en nuestro Salvador crucificado y resucitado, a través del maravilloso evangelio. Ciertamente el Dios trino hace grandes cosas por nosotros.

Y él seguirá haciendo grandes cosas por nosotros. Por ejemplo, Dios obra todo, para nuestro bien terrenal y eterno. También controla nuestra vida y al final nos llevará a vivir con él en el cielo. Es verdad que el Señor: lo hizo, lo hace, y seguirá haciendo, grandes cosas por nosotros.

Se puede apreciar la grandeza de las bendiciones de Dios porque no merecemos ninguna de ellas. El pueblo de Judá no merecía ser liberado de su cautiverio, pero el Señor debido a su amor y a sus promesas, de todas maneras los liberó. Ahora, igual que ellos, tampoco merecemos lo que Dios hace por nosotros, al perdonar nuestros pecados y guiarnos al cielo.

Recuerde que nuestra mayor bendición es la salvación. Por eso no se preocupe de los poderes terrenales que parecen tener control sobre su vida. No se dé por vencido con respecto a las promesas del Señor, porque en su Palabra siempre tenemos la promesa del amor de Dios.

Las cosas de este mundo no nos traen alegría duradera, pero como creyentes, las grandes cosas que ha hecho el Señor, nos producen alegría. Por lo tanto, alabemos al Señor por lo que ha hecho.

Amado Señor, nuestro Dios Salvador, sigue ayudándonos a recordar las grandes cosas que tú has hecho. Haz que sigamos regocijándonos en nuestro perdón. Que sigamos usando nuestra vida para servirte a ti y a otros. Sigue otorgándonos gran alegría por medio de Jesucristo. Amén.

“Generación a generación celebrará tus obras y anunciará tus poderosos hechos” (Salmo 145:4).

ALABAREMOS AL SEÑOR DE GENERACIÓN EN GENERACIÓN

Los padres de familia que conocen y aman al Señor, se esfuerzan por conducir a sus hijos en la Palabra de él, los niños al aprenderla se deleitan en ella. La persona que enseña las maravillas de Dios lo hace con gozo, y el que la escucha se llena de alegría al enterarse de lo que el Señor ha hecho por él.

Las palabras del Salmo que se encuentran en la parte superior, son más que un simple Deseo, son palabras que se han repetido de padres a hijos desde el tiempo de Adán y Eva. Nuestros primeros padres, Noé, y su descendencia, les contaron a sus hijos acerca de las obras majestuosas de Dios.

La Biblia fue escrita por hombres inspirados por Dios. Hemos heredado el reporte de hace miles de años. Dios nos dice en su Palabra, que él creó el mundo en omnipotencia, y la forma en que salvó la vida humana durante el diluvio. También nos da a conocer que ha cuidado de su iglesia a través de la historia y, lo más importante, que envió a Jesús, su Hijo unigénito, para redimirnos del poder del diablo.

¿Es posible que dejemos de proclamar el mensaje? Un científico cuando hace un gran descubrimiento lo comunica lo más pronto posible. Un doctor que inventa un tratamiento para curar una enfermedad grave, no lo esconde, porque sería cruel no compartir la buena noticia.

El no compartir las majestuosas obras de Dios sería crueldad. Podemos estar seguros de que el mensaje de salvación jamás desaparecerá. La verdad del nacimiento de nuestro Salvador llena nuestro corazón de contentamiento. El dolor y el sufrimiento de nuestro Señor, nos llenan de agradecimiento por haber él pagado por nuestros pecados en una cruz. Su victoria de la resurrección hace que los cristianos se regocijen. Hoy en día seguimos celebrando la misma victoria sobre: el pecado, la muerte, y el infierno, al adorar a Dios, en compañía de otros hermanos.

Es por eso que queremos compartir las obras del Todo Poderoso con nuestros hijos. Deseamos compartirlas: con los creyentes de la iglesia, con nuestros amigos, y conocidos. No queremos quedarnos callados, queremos darle cumplimiento al Salmo que estamos estudiando. La mejor manera para llevar a cabo esta misión es compartir con los demás las grandes maravillas del Señor.

Oh, Señor nuestro Dios, sigue ayudándonos a crecer en la fe, y a seguir alabando tu nombre, por todo lo que has hecho por nosotros. Sigue dándonos las palabras para hablar de tu bondad con nuestros hijos y nuestro prójimo. Amén.

Cumplirá el deseo de los que lo temen; oirá asimismo el clamor de ellos y los salvará (Salmo 145:19).

ALABEMOS AL SEÑOR POR LA SALVACIÓN QUE NOS DA

La gente de este mundo es muy pecadora, y el Dios omnisciente que mira desde el cielo ve todos estos pecados. Ve nuestros pecados externos, que otras personas no pueden ver, Y aún más importante es que ve los secretos pecaminosos de nuestros pensamientos. ¿Qué pensará Dios, al darse cuenta de toda la maldad y los pecados de este mundo?

Tal vez pensemos, que Dios podría destruir rápidamente al mundo pecaminoso pero, cuando nos mira, está lleno de amor. Su amor le motivó a salvar al mundo del pecado y a darnos un lugar en el cielo. San Pablo dice: "Cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia" (Romanos 5:20). El amor de Dios por los pecadores es grande. "[Dios nuestro Salvador] quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad" (1 Timoteo 2:4). Dios quiere que pasemos toda la eternidad con él en el cielo.

Dios no solamente nos salva, sino que también nos cuida todos los días. Las bendiciones físicas que recibimos de nuestro Dios sobrepasan nuestro entendimiento. Entre nosotros, ¿quién ama a quienes le han hecho algún mal? Pero Dios no es así, sino que nos perdona todos los días de nuestra vida.

Con frecuencia la gente trata de detener los planes de Dios, al no seguir sus instrucciones. Por ejemplo, Dios quiere llevarnos a la alegría infinita en el cielo, pero muchos no quieren seguir su camino por medio de Jesús. Muchos judíos del tiempo de Jesús pensaban que su vida sería mejor si Jesús fuera un rey que les diera alimentos y así tendrían lleno el estómago. Jesús tenía mucho más que pan para los judíos, pero ellos no quisieron el mejor regalo: el pan de vida. Esta pan es las buenas nuevas de lo que Jesús había hecho por ellos. Les daría la vida eterna en el cielo.

Con demasiada frecuencia caemos en el pecado de desear cumplir nuestros deseos terrenales sin mirar los mejores regalos que Dios quiere darnos. Él siempre está listo a perdonarnos y llenará de alegría nuestro corazón, cuando nos arrepentimos de nuestros pecados.

¿En qué piensa Dios, cuando ve la pecaminosidad de la gente de este mundo o nuestro corazón pecaminoso? Él piensa en: su plan de salvación, su deseo de salvarnos, y la vida eterna en el cielo. Por eso, alabe a Dios por el don de la salvación y por el gozo eterno que nos da al tener la fe salvadora en Jesucristo.

Amado Señor, qué cosas tan grandes has hecho por mí que soy pecador y que no merezco nada. Te lo agradezco por toda la eternidad. Amén.

Jehová ama a los justos (Salmo 146:8).

CONFIEMOS EN NUESTRO AMADO SALVADOR

Dios promete cuidar a todos los creyentes quienes necesitamos su ayuda. Como dice Romanos 8:28: "A los que aman a Dios, todas las cosas los ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados". Por nuestra lectura sabemos que el Señor ama a cierto grupo de personas que son "los justos".

¿Quiénes son? Sus amigos podrían decir que usted está entre estas personas porque tal vez usted intenta ser bueno con: su prójimo, sus padres, su cónyuge, y sus hijos. Quizás usted ayuda más a otras personas que a usted mismo. Tal vez usted da ofrendas generosas para llevar a cabo la obra de su iglesia.

Pero, ¿es usted completamente justo e inocente? Dios exige la perfección, y como cristiano usted sabe que no es así por sus pecados. Entonces usted podría concluir: "Este salmo no habla de mí". Pero a pesar de sus pecados, Dios quiere que usted esté seguro de que pertenece a este grupo de los justos. ¿Por qué? Porque en lugar de usted Jesús vivió justamente. Jesús fue concebido por obra del Espíritu Santo. Por lo tanto, no pecó y pudo vencer las tentaciones de Satanás. Siempre fue perfecto, y obedeció a Dios el Padre, en todo, aún hasta sufrir y morir en la cruz.

Por medio del Santo Bautismo, Dios lo ha cubierto a usted con la justicia de Jesús. A través de las palabras de la Biblia y de la Santa Cena, Dios sigue quitando los pecados de usted "así como está lejos el oriente del occidente" (Salmo 103:12). A los ojos de Dios usted es justo y santo, por medio de Jesús. Ahora puede servir a Dios porque vive la vida cristiana y así cumple con los mandamientos de Dios.

"Jehová ama a los justos." Debido a que Dios nos ama y nos ha hecho justos, "ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús, Señor nuestro" (Romanos 8:39). Dios ama a nosotros los creyentes y nos ha salvado para que vivamos en el cielo.

Señor, sigue perdonando mis pecados y amándome por siempre. Haz que tu amor por mí siga siendo la razón para que yo confíe en ti. Amén.

Derramaré mi espíritu sobre todo ser humano (Joel 2:28).

DIOS NOS DA EL ESPÍRITU SANTO

En el día de Pentecostés, el Espíritu Santo ya se había derramado sobre los apóstoles de Jesús congregados en la ciudad de Jerusalén. Pentecostés ocurrió 50 días después que Jesús resucitó de entre los muertos y tuvo lugar 10 días después que Jesús ascendió al cielo. En el día de Pentecostés la Biblia nos dice que "De repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba...y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos" (Hechos 2:2,3). La gente de Jerusalén pudo apreciar que el Espíritu Santo había sido derramado sobre los discípulos y que Dios en verdad estaba obrando entre sus discípulos.

El apóstol Pedro explicó: "A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos...habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros VEIS y OÍIS" (Hechos 2:32,33).

Todavía hoy Dios nos envía el Espíritu Santo en los Medios de Gracia: el evangelio que se encuentra en la palabra de Dios y en los sacramentos del Santo Bautismo y de la Santa Cena. El evangelio es el mensaje de la cruz que nos muestra el poder de Dios para salvarnos; el Bautismo es el lavamiento del nuevo nacimiento, por lo cual el Espíritu Santo nos hace hijos de Dios; y en la Santa Cena recibimos el cuerpo y la sangre de Cristo, para el perdón de nuestros pecados. El Espíritu Santo viene a nosotros en la palabra y en los sacramentos.

Si usted busca del Espíritu Santo, no lo busque en una forma visible como sucedió en el primer día de Pentecostés porque sabemos que "la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios" (Romanos 10:17). Vaya a la palabra de Dios y allí encontrará regalos del Espíritu Santo.

Espíritu Santo, sigue enseñándonos a usar la palabra y los sacramentos. Como lo prometiste, sigue fortaleciendo la fe en nuestro corazón, cuando leamos y oigamos la palabra de Dios, y cuando recibamos los sacramentos. Amén.

Muchos pueblos en el valle de la Decisión; porque cercano está el día de Jehová en el valle de la Decisión (Joel 3:14).

SE ACERCA EL DÍA DEL JUICIO

Con exactitud no sabemos cuándo escribió el profeta Joel las palabras para hoy. Ciertamente él vivió, cientos de años antes de que Jesús naciera, y miles de años antes del día del juicio que se acerca. Jesús también habló acerca del último día del mundo y de su segunda venida a la tierra al decir: "Cuando veáis todas estas cosas, conoced que está cerca, a las puertas" (Mateo 24:33). Él dice otra vez en el último capítulo del libro de Apocalipsis: "Ciertamente vengo en breve" (Apocalipsis 22:20). Cada día de nuestra vida queremos vivirlo como si Jesús fuera a venir ese mismo día.

Dios no nos ha dicho a ninguno de nosotros cuándo llegará el último día de nuestra vida. En lugar de eso nos enseña a orar: "En tu mano están mis tiempos" (Salmo 31:15). El día en que muramos es nuestro propio día del juicio, aunque Jesús no vuelva a la tierra sino dentro de un largo tiempo.

¿Qué significa esto para nosotros? Es necesario que cuidemos nuestra fe oyendo y leyendo la palabra de Dios, tanto como tengamos la oportunidad de hacerlo. Recordaremos nuestro bautismo, y recibiremos la Santa Cena para el perdón de nuestros pecados.

Tendremos presente a nuestro prójimo que tal vez no conozca a Jesús como su Salvador personal. Ese prójimo necesita saber, que sin Jesús irá al infierno por toda la eternidad. Animaremos a nuestros hermanos creyentes en la fe cristiana. Guiaremos y apoyaremos a los miembros de nuestra familia, al compartir la gracia y la misericordia de Jesús para con ellos. Pero aún hay más que hacer. Todas las personas de todo el mundo necesitan ver AHORA la luz de las buenas nuevas de Dios. Le diremos que Jesús pagó por los pecados de todos. Es un privilegio compartir a Jesús con la gente en este mundo.

Esto es lo que significa esperar con ganas el día del juicio. Sí, nosotros todavía comemos y bebemos, dormimos y trabajamos, pero como creyentes tenemos un propósito mucho más grande. Miramos a Jesús y recordar que vendrá otra vez, ya sea en el día de nuestra muerte o en el día del juicio. Estaremos listos para este encuentro y ayudaremos a otros para que también estén listos.

Señor Jesús, mientras sea de día, sigue manteniendo fuerte nuestra fe y ayudándonos a llevar a cabo la obra que nos llevas a hacer. Amén.

Pueblo de Jerusalén, viene el día en que se edificarán tus muros; aquel día se extenderán los límites. En ese día vendrán hasta ti desde Asiria y las ciudades fortificadas...de mar a mar y de monte a monte (Miqueas 7:11-12).

QUEREMOS COMPARTIR LA LUZ

¿Ha notado usted lo contenta que se siente la gente en un día de sol después de haber pasado días nublados y lluviosos? Uno no sólo ve la luz del sol sino que también ve sonrisas en el rostro de las personas. En su voz se oye la alegría. Después de la oscuridad el nuevo día de sol produce una gran diferencia en las personas.

El profeta Miqueas también vio el brillo de un nuevo día. Después de muchos años de esclavitud espiritual, el pueblo de Dios veía la luz de la esperanza. Dios iba a sacarlos de esa esclavitud y traerles el mensaje de paz a través del Salvador Jesús.

Dios prometió a Adán y Eva enviar la luz al mundo oscuro y lleno de pecado. Dios cumplió su promesa y envió a su propio Hijo para: vivir, morir, y resucitar, por todas las personas del mundo. Jesús es la luz del mundo que dispersa las nubes del pecado y de la incredulidad. En Jesús encontramos vida y luz.

El profeta Miqueas predijo la manera en que la iglesia del Nuevo Testamento compartiría la luz de Jesús desde Israel hasta los confines de la tierra. Ahora todo el mundo, judíos o no-judíos, podría ver la luz de Jesucristo por medio del perdón que nos brinda.

Todavía hay tiempo para contarles a otros acerca de la misericordia de Dios en Jesús. Usted tiene la bendición de ver a Jesús como la Luz del mundo. Su vida demuestra: el perdón, la esperanza, y la nueva vida, que usted tiene por medio de Jesús. Hay muchas personas que todavía viven en la oscuridad de la incredulidad, y usted podrá darles la misma esperanza y alegría al contarles acerca de Jesús. ¡Qué la luz de Jesús siga reflejándose en usted para que otros conozcan al Señor Jesús!

Padre celestial, gracias por mostrarme la luz del perdón y de la vida eterna. Sigue ayudándome a mostrar claramente la luz de Jesús mi Salvador en todo lo que digo y hago. Amén.

¡Mirad! Sobre los montes los pies del que trae buenas nuevas, del que anuncia la paz (Nahúm 1:15).

EL SEÑOR NOS HABLA DE LA PAZ

Hubo un tiempo en que: no había teléfonos, ni computadoras, ni correo. La gente ni siquiera podía mandar cartas. En esos días, con frecuencia, las noticias importantes como el resultado de una batalla, eran llevadas por mensajeros a pie. Si usted fuera miembro de una familia cuyo hijo está en el ejército, querría saber si él está bien o si el ejército ha ganado una batalla. Un día, cuando ya se acerca la noche, usted mira las colinas y ve a un mensajero que corre hacia la ciudad. ¿Trae buenas noticias? Finalmente llega y sí trae noticias buenas.

El profeta Nahúm dijo que esta era la manera en que sucedían las cosas en el pueblo de Judá. El mensajero traía noticias de paz, y después de pasar por las colinas y por los valles, llevó las buenas noticias. Pero el profeta Nahum habla más allá de una batalla y de la paz terrenal; habló de la paz espiritual del alma.

Jesús obtuvo la gran victoria para todas las personas, cuando él sólo venció las tentaciones del diablo, al contestarle: "Escrito está" (Mateo 4:4,7,10). Más tarde Jesús venció al diablo cuando gritó desde la cruz: "¡Consumado es!" (Juan 19:30). Por fin Jesús venció la muerte al resucitar de entre los muertos, y apareció a los discípulos para informarles: "Yo mismo soy" (Lucas 24:39).

El Señor Jesús trajo buenas nuevas. Ahora tenemos paz con Dios debido a lo que Jesús hizo por todos. Jesús nos ha librado de la esclavitud: del pecado, de la muerte, y del infierno.

Como Nahum, nosotros también tenemos buenas nuevas para llevar a otras personas. El apóstol Pablo escribió: "Todo aquel que invoque el nombre del Señor, será salvo" (Romanos 10:13). También escribió: "¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian buenas nuevas!" (Romanos 10:15).

Jesús, gracias por ganar la victoria por mí. Ahora, sigue ayudándome a ser tu mensajero para contarles a otros las buenas nuevas de tu victoria. Amén.

El reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo, el cual un hombre halla y lo esconde de nuevo; y gozoso por ello va y vende todo lo que tiene y compra aquel campo (Mateo 13:44).

NUESTRA SALVACIÓN ES LO MÁS VALIOSO

¿Qué es lo más valioso que tiene usted? Para muchas personas es la vida misma. Por ejemplo, la gente cuando está enferma gastará todo su dinero para recuperar la salud. Pero Jesús nos recuerda que tenemos algo aún más valioso que nuestra vida. ¿Qué es? ¡Es nuestra salvación! Vivir en el cielo es un tesoro que vale más que cualquier cosa que tengamos en esta vida.

Jesús pagó el gran precio de nuestra salvación cuando sufrió por nosotros y dio su vida en la cruz. No podemos comprar nuestra entrada al cielo, por más que lo intentáramos. Jesús es el único quien pudo pagar el precio de nuestro ingreso al cielo. Nuestra salvación fue obtenida por medio de la sangre de Jesús, el Hijo de Dios. Él vino a este mundo y murió en la cruz. Lo hizo por usted, y le da, el perdón de los pecados y la vida eterna en el cielo.

Las personas que creen el evangelio de Jesucristo son como la persona que se menciona en este pasaje de las Escrituras. Las personas que son como éstas han encontrado las riquezas del cielo, o sea, las buenas nuevas de su salvación que son más valiosas que todo lo demás en su vida.

En la Biblia hay una mujer llamada Lidia, que sabía que Jesús la había salvado. Compartía su hogar y su dinero para apoyar al apóstol Pablo y el trabajo que él llevaba a cabo. Lidia ayudó para hacer fuera fácil el misionero Pablo de difundir la palabra de Dios en la ciudad donde ella vivía. Su obra era la obra de Dios. Es el tipo de obra que nosotros también podemos llevar a cabo.

Así como Lidia valoraba su salvación, más que cualquiera de sus bienes terrenales, nosotros también queremos hacer lo mismo. Nosotros somos miembros de la familia de Dios: la iglesia. Hemos sido salvados por medio de Jesucristo. Anhelamos vivir con Jesucristo en el cielo.

Padre celestial, ayúdanos a mantener nuestra confianza en el poder de tu palabra. Que tu palabra mantenga la fe en nuestro corazón y en el de otras personas. Amén.

Y no hizo allí muchos milagros debido a la incredulidad de ellos (Mateo 13:58).

PERSONAS PIERDEN BENDICIONES CUANDO NO VIVEN POR LA FE

Muchas personas no creyeron ni siguieron a los apóstoles cuando ellos predicaron acerca de Jesús. Jesús preparó a sus discípulos para enfrentar esta reacción cuando les dijo: "El discípulo no es más que su maestro ni el siervo más que su señor. Si al padre de familia llamaron Beelzebú, ¡cuánto más a los de su casa!" (Mateo 10:24,25).

Las Escrituras nos dicen que algunos quieren oír la palabra de Dios y otros no. También la Biblia nos muestra que algunas personas: odian a los cristianos y a su fe, y hasta tratan de destruir la iglesia cristiana.

Los que luchan y trabajan contra la iglesia también pierden la oportunidad de las bendiciones que la iglesia les ofrecer. En verdad los cristianos sufren por poco tiempo mientras vivan en la tierra. Los cristianos sufren porque los no-creyentes luchan contra ellos. Pero los incrédulos tendrán que vivir por siempre en el infierno, debido a que luchan contra los creyentes.

Jesús fue a su pueblo natal a predicar el evangelio, pero la gente de Nazaret solamente veía a Jesús como un niño que había crecido en su pueblo. Se preguntaban cómo podía ser este hombre el prometido Salvador del mundo. No querían oír lo que Jesús tenía que decir y por eso se perdieron muchos. Después de este acontecimiento, Jesús no hizo más milagros en Nazaret, pero lo peor de todo fue que perdieron al Hijo de Dios y la vida eterna en el cielo.

Hoy en día muchas personas pierden la oportunidad al rehusar escuchar a Jesús. Estas personas culpan a Dios, cuando se enferman, cuando deben acudir a Dios en busca de ayuda porque él quiere ayudarnos. Muchos culpan a Dios cuando no tienen dinero suficiente. Si sólo fueran vueltos a Dios con fe, aprenderían a estar satisfechos con lo que Dios les ha dado y se darían cuenta de que Dios se preocupa por ellos y quiere ayudarlos.

Bendiciones tras bendiciones, se pierden porque algunas personas no creen en Dios. En el último día todas las personas tendrán que estar ante el trono del juicio de Dios. Entonces los no-creyentes culparán a Dios porque tendrán que vivir en el infierno por toda la eternidad, como resultado de no haber creído. Dios sí les había preparado la salvación y el cielo, pero ellos lo rechazaron.

Dios hace grandes cosas por los creyentes. En nuestra vida recibimos muchas bendiciones de Dios: nos perdona los pecados, nos ama, nos ayuda en tiempos de necesidad y nos da la bendición de la vida eterna en el cielo. ¡Como creyentes siempre estaremos aferrados a estas bendiciones!

Amado Señor, siempre sigue ayudándonos a conservar las bendiciones de la vida a través de la fe en Jesús, nuestro Salvador. Amén.

Los principales sacerdotes y los escribas, viendo las maravillas que hacía y a los muchachos aclamando en el templo y diciendo: "¡Hosana al Hijo de David!", se enojaron y le dijeron: "¿Oyes lo que estos dicen?" Jesús les dijo: "Sí. ¿Nunca leísteis: 'De la boca de los niños y de los que aún maman, fundaste la fortaleza?'" (Mateo 21:15-16).

LOS NIÑOS ALABAN A JESÚS

Los líderes judíos no pensaban que los niños eran muy importantes. Aún una vez los doce discípulos de Jesús no permitieran que los niños se acercaran a Jesús porque pensaban que los niños fastidiarían a Jesús. Pero él enseñó precisamente lo contrario al decir: "Dejad a los niños venir a mí y no se lo impidáis, porque de los tales es el reino de los cielos" (Mateo 19:14). Nosotros también tenemos la fe humilde de los niños.

Jesús entró en el templo de Jerusalén, el Domingo de Ramos en el principio de la Semana Santa, antes de su muerte el Viernes Santo. Cuando los niños alabaron a Jesús, proclamaron que él era el Mesías, el Hijo de David. Ellos vieron a Jesús como el que establecería el reino de Dios. ¿Entendieron estos niños lo que estaban diciendo? Tal vez no todos los detalles, pero sí sabían que Jesús era la persona que Dios había prometido y que salvaría al mundo del pecado.

Es interesante que los líderes religiosos de los judíos, no vieran a Jesús como el Salvador del mundo, pero los niños sí. Cuando usted vea que los niños le cantan alabanzas a Dios en la iglesia o en cualquier otra parte, no les diga que se callen. Escuche lo que ellos tienen que decir. El reino de Dios es honrado cuando las personas le cantan alabanzas.

Amado Señor, te agradecemos por la fe sencilla de los niños. Que las alabanzas que brotan de su corazón y de sus labios, nos animen en nuestra alabanza. Amén.

Pero vosotros aunque visteis esto, no os arrepentisteis después para creerle (Mateo 21:32).

SIGAMOS EL CAMINO DE JUSTICIA

Jesús nos muestra un camino muy claro a seguir: la senda a la vida eterna en el cielo. Juan el Bautista también habló acerca de este camino con una sola palabra: ¡ARREPENTIMIENTO! El camino al cielo va acompañado por el arrepentimiento que comprende tres pasos distintos.

El primer paso es el pesar por nuestros pecados. Pero el sólo pesar no es suficiente. Judas, uno de los discípulos de Jesús, sintió pesar por haber traicionado a Jesús y regresó las treinta monedas de plata a los líderes religiosos; sin embargo, Judas fue condenado al infierno por su falta de fe en que Dios podía perdonar su gran pecado. El segundo paso en este camino es la confianza por la fe en lo que Jesús hizo por nosotros. Creemos que Cristo pagó por todos los pecados con su muerte y, debido a su sacrificio de cruz, Dios perdona todos nuestros pecados. El tercer paso que sigue naturalmente a los otros dos en este camino, con la ayuda del Espíritu Santo, es el deseo ferviente de no cometer nuevamente estos pecados. Oímos las palabras de nuestro Salvador: "Tus pecados te son perdonados" (Mateo 9:2). En otra ocasión oímos que Jesús nos dice: "Vete y no peques más" (Juan 8:11). Por esas palabras tenemos el deseo de mejorar nuestra vida cristiana dejando el pecado.

En el idioma griego arrepentirse significa "un cambio de idea". Este arrepentimiento en nosotros producirá más que solamente un cambio de idea, porque también produce un cambio de lo que hacemos en nuestra vida.

Solamente sentir pesar por los pecados no es verdadero arrepentimiento, porque no puede producir una nueva manera de vivir. Algunas personas dicen que se arrepienten pero no cambian su vida. No es suficiente decir "lo siento", y después seguir día a día como sin nada. El arrepentimiento hará que dejemos atrás los pecados que amábamos antes y procuraremos ya no cometerlos nuevamente.

El Espíritu Santo nos hace ver a Jesucristo y nos da la fe para creer en él como nuestro Salvador. El apóstol Pablo nos recuerda: "Los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos" (Gálatas 5:24). Nuestra naturaleza pecadora muere. Cuando esto sucede, hay evidencia en nuestra vida con la ayuda del Espíritu Santo. En nuestro viaje por el camino al cielo seguiremos los tres pasos del arrepentimiento todos los días de nuestra vida.

Señor, siento pesar por mis pecados y confío solamente en Cristo para el perdón de todos ellos. Por medio del poder del Espíritu Santo sigue ayudándome a no pecar más. Amén.

Pusieron sobre su cabeza una corona tejida de espinas, y una caña en su mano derecha; e hincando la rodilla delante de él, se burlaban, diciendo: "¡Salve, rey de los judíos!" (Mateo 27:29).

VEAMOS LA CORONA Y EL CETRO DE JESÚS

Sabemos que un hombre es rey cuando lleva una corona en la cabeza y sostiene un cetro con la mano. Las dos cosas son símbolos que muestran poder de gobernar.

Los soldados de la corte del gobernador romano, Poncio Pilato, pensaron que Jesús quería ser rey terrenal y no conocían la verdad acerca de él. ¿A caso conocían a Jesús antes de recibir la tarea de torturarlo? Ellos pensaban que Jesús era sólo un mero hombre de poca importancia, que había dicho que era el rey de los judíos. No tenían la menor idea que Jesús era el Rey espiritual quien también quería gobernar el corazón de ellos.

Ahora, una pregunta personal: ¿quién es Jesús? ¿Es un alborotador religioso destinado a morir, un gran maestro o un gran orador? Desafortunadamente, hoy en día mucha gente piensa que Jesús ocupaba una de estas tres tareas en su vida.

La corona que los soldados pusieron en la cabeza de Jesús no era una corona de oro y joyas como de costumbre. En lugar de esto, los soldados tejieron una corona de las ramas de un arbusto con espinas que lastimaban cuando las presionaron contra la cabeza de Jesús. Las espinas hicieron que brotara sangre de la frente y de las mejillas de Jesús y le causaron gran dolor.

Sin embargo, el juego que los soldados llevaron a cabo con Jesús, nos dice quién era él realmente. Lo que hicieron para divertirse muestra a Jesús como el Rey con gran poder. Por ejemplo, lea cómo Dios, por medio del apóstol Pablo, describe a su Hijo: "Dios también lo exaltó (a Jesús) sobre todas las cosas y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra, y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre" (Filipenses 2:9-11). ¡Estas palabras nos dicen que Jesús es quien gobierna los cielos y la tierra!

Los soldados no sabían que estaban dando un cuadro verdadero acerca de Jesús, pero así fue. La corona de espinas y el cetro, no tenían el propósito de darle gloria a Jesús, pero así fue. Lo muestran como el gran Rey que pagó por los pecados de usted, al sufrir a manos de hombres pecadores, y él quiere gobernar en nuestro corazón.

Señor Jesús, perdóname cuando me olvide de quién eres y sigue ayudándome a servirte como mi Señor. Amén.

Que librados de nuestros enemigos, sin temor lo serviríamos (Lucas 1:74).

HEMOS SIDO SALVADOS

Debe ser terrible caer a manos de los enemigos. Muchas veces a los prisioneros de guerra se les obliga a vivir en condiciones terribles. Cada día piensan que tal vez sea el último día de su vida. ¡Qué felicidad cuando lleguen a ser librados de sus enemigos!

Piense cómo sería si cayéramos en manos de nuestros peores enemigos: el pecado, la muerte, y el diablo. El pecado nos diría: "Por causa de tus pecados debes morir". La muerte nos diría: "Quedarás separado de Dios para siempre". El diablo diría: "Tú me perteneces y serás castigado por siempre junto conmigo".

Pero hemos sido librados de las manos: del pecado, de la muerte, y del diablo. Esto es lo que hizo Jesús por nosotros al llevar una vida perfecta y al entregar su vida en la cruz como pago por nuestros pecados. Jesús se aseguró de que viviéramos por siempre, al resucitar de la tumba al tercer día después de su muerte. Jesús nos promete que viviremos otra vez porque él resucitó de la muerte. Jesús nos salvó de las manos de nuestros tres peores enemigos.

A través de la fe en Jesús, somos hijos de Dios de camino al cielo y podemos alabar a Dios por la paz espiritual y la salvación que nos ha regalado. Es verdad que todavía pecamos y Dios odia el pecado. Lo odia cuando nosotros no siempre lo amamos sobre todas las cosas o cuando somos egoístas o estamos enojados. Pero nuestros pecados son perdonados por la sangre de Jesús nuestro Salvador, y por eso nunca más debemos sentir miedo del pecado.

Tampoco debemos sentir miedo de la muerte aunque esté a nuestro alrededor y haga que broten lágrimas de nuestros ojos al morir un ser querido. Pero Jesús dice que la muerte de un cristiano es sólo un sueño del que un día se despertará.

Por fin no debemos sentir miedo del diablo aunque es verdad que todavía nos hace pecar. Con la ayuda de Cristo, podemos escapar de sus tentaciones y mentiras, por medio de la palabra de Dios. El diablo no puede hacernos daño porque Jesús lo venció y nosotros somos hijos bautizados de Dios.

Jesús nos ha salvado de nuestros enemigos. Ahora podemos alabar y servir a Dios sin temor, todos los días de nuestra vida.

Amado Señor, dime constantemente que no debo tener miedo porque me has salvado de todos mis enemigos. Amén.

“En santidad y en justicia delante de él todos nuestros días” (Lucas 1:75).

SOMOS SANTOS Y JUSTOS

Si HOY alguien nos dijera que los creyentes somos santos y justos, probablemente nos reiríamos o podríamos decir: “Usted no me conoce bien. Estoy muy lejos de ser perfecto”. Decimos esto porque pecamos muchas veces en nuestra vida: al no ser amables, ni cariñosos, o al ser egoístas y avaros. Todo lo que hay que hacer es pensar en nuestra vida de ayer o de hoy, donde hemos dicho malas palabras y hemos tenido malos pensamientos. De verdad damos gracias a Dios, porque la mayor parte de las personas no nos conoce como somos realmente. Nos alegra que otros no puedan ver en nuestro corazón, ni saber lo que pensamos.

Pero la palabra de Dios nos dice que todos los que creemos en Jesús somos santos y piadosos en sus ojos. ¿Cómo puede esto ser verdad? No merecemos ser llamados santos ni piadosos. Somos santos y piadosos porque la sangre de Jesucristo nos quita todos nuestros pecados. Cuando Jesús murió en la cruz, Dios dijo que todas las personas de todo tiempo eran santas. Por medio de la fe en Jesús, Dios nos ve justos y piadosos. ¡Qué gran bendición es Jesús!

No debemos sentir miedo: del pecado, de la muerte, ni del poder del diablo, porque nuestros pecados son perdonados. No debemos sentir miedo de Dios, porque somos sus hijos por medio de la fe en Jesús. No podemos ganar nuestra entrada a la vida eterna en el cielo por medio de nuestras obras. Ya tenemos la vida eterna, gracias a la obra redentora de Jesús.

Como hijos de Dios somos diferentes de los no-creyentes. Por ejemplo: seguimos la palabra de Dios, confiamos en ella, y hacemos lo que Cristo quiere que hagamos. Usamos nuestro tiempo para alabar a Dios en nuestro hogar con nuestra familia y amigos. Jesús ha cambiado nuestra vida ahora y para siempre. Piense en lo que sería nuestra vida sin Jesús. No seríamos felices sino perdidos; iríamos al infierno en vez del cielo. Sin embargo, Jesús vino y cambió todo esto. Ahora, quienquiera que crea en Jesús será salvo, por eso alabemos a Dios por lo que él hizo por nosotros.

Puede ser que ante otras personas del mundo no parezcamos santos ni piadosos, y puede ser que no nos sintamos santos ni piadosos, debido a nuestros pecados. Pero a los ojos de Dios somos santos, cuando Dios mira nuestro corazón y ve la fe en Jesús.

Amado Señor, sigue poniendo tus brazos alrededor de mí. Sigue guardándome como a tu propio hijo amado, ahora y para siempre. Amén.

"Él os bautizará en Espíritu Santo y fuego" (Lucas 3:16).

EL ESPÍRITU SANTO NOS MANTIENE LISTOS PARA VER A JESÚS

Juan el Bautista prometió que antes de que Jesús volviera al mundo, le daría al mundo el regalo del Espíritu Santo. El día de Pentecostés Jesús derramó el Espíritu Santo sobre nuevos creyentes. Los que estuvieron presentes vieron lenguas de fuego sobre las cabezas de los apóstoles. Esas llamas de fuego fueron una comprobación de que el Espíritu Santo estaba presente.

El derramamiento del Espíritu Santo ha sido el gran regalo de Dios al mundo, antes de la segunda venida de Jesús. El Espíritu Santo nos prepara para reunirnos con Dios en el último día, guiándonos al arrepentimiento por nuestros pecados. Por nuestras propias fuerzas no podemos creer en Jesús nuestro Salvador, pero el Espíritu Santo nos da la fe para ser salvados. No solo eso, sino que el Espíritu Santo nos da el poder para cambiar nuestra vida pecadora, por amor a Dios, y nos mantiene en la fe en Jesús hasta que él vuelva. Es sólo el Espíritu Santo quien puede mantenernos en la fe hasta el fin de nuestra vida, como dice en la Biblia: "Pero nosotros debemos dar siempre gracias a Dios, hermanos amados por el Señor, de que Dios os haya escogido desde el principio para salvación, mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad" (2 Tesalonicenses 2:13).

La Biblia enseña que el Espíritu Santo obra por medio de la palabra de Dios y los sacramentos. En el Santo Bautismo el Espíritu obra el milagro de la fe salvadora en el corazón aun de los bebés. Después, por medio de la palabra de Dios, el Espíritu Santo nos mantiene y nos fortalece en la fe salvadora en Jesús. Por fin, por medio de la Santa Cena, el Espíritu Santo alimenta esa fe, hasta el fin de la vida.

Dios ha prometido que el Espíritu Santo vendrá a usted solamente por medio de su palabra y de los sacramentos. Siga orando para que el Espíritu Santo lo siga manteniendo en la fe. Siga leyendo y estudiando su Biblia para que siga recibiendo el consuelo que como hijo de Dios tiene en su bautismo. Siga recibiendo con frecuencia la Santa Cena para que siga recordando que sus pecados son perdonados debido a la muerte de Jesús. De esta forma usted siempre estará listo para ver a Jesús en el día del juicio.

Amado Espíritu Santo, sigue ayudándome siempre a escuchar tu palabra para que yo siempre esté listo para el día en que Jesús vuelva. Amén.

Y descendió el Espíritu Santo sobre él [Jesús] en forma corporal, como paloma (Lucas 3:22).

EL ESPÍRITU SANTO DESCENDIÓ SOBRE JESÚS

Con frecuencia no leemos ni hablamos mucho acerca del Espíritu Santo. Hasta algunas personas llaman al Espíritu Santo el miembro olvidado de la Trinidad.

Sin embargo, el Espíritu Santo no es el miembro olvidado. Está junto con Dios el Padre y con Dios el Hijo, como el único Dios verdadero. Las tres personas de la Divinidad son de igual importancia. Las tres personas son: eternas, todopoderosas, y saben todo lo que sucede en nuestra vida. El aprender acerca de la obra del Espíritu Santo en el bautismo de Jesús, es conocer la obra de Dios.

El pueblo de Dios del Antiguo Testamento esperó por largo tiempo para ver a su Salvador. Después de esperar por cientos de años, ¿cómo sabría el pueblo que el Salvador prometido ya había venido?, o ¿cómo podría el pueblo estar seguro de que él era el Salvador prometido? Acuértese que Juan el Bautista nació seis meses antes que Jesús. Dios le dio la señal para comprobar que Jesús era el Salvador: "Sobre quien veas descender el Espíritu y permanecer sobre él, ese es el que bautiza con el Espíritu Santo" (Juan 1:33). Tan pronto como Jesús fue bautizado y remontó del agua, el Espíritu Santo descendió sobre él en forma de una paloma. Así Juan pudo ver y reconocer a Jesús como el Salvador y ¡el Hijo de Dios!

El Espíritu Santo lleva a cabo la misma obra hoy en día, al revelar a Jesús como el Salvador del mundo. No lo hace por medio de una paloma sino que use la palabra de Dios para mostrarnos nuestros pecados y la necesidad del Salvador. El Espíritu Santo nos dice: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente" (Lucas 10:27). ¿Lo hemos hecho todo el tiempo? Claro que no. El Espíritu Santo dice: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo". ¿Quién de nosotros puede decir que siempre ama a su prójimo? Ninguno de nosotros. De esta manera, por medio de la ley de Dios, el Espíritu Santo nos convence de nuestro pecado.

Por el otro lado, el Espíritu Santo también nos consuela al decirnos lo que Jesús hizo por nosotros, y al mostrar el amor que tiene su Padre por nosotros. Jesús cumplió la ley de Dios perfectamente por nosotros, al amar a su prójimo y al mostrar misericordia y amabilidad con todos. El Espíritu Santo viene a nosotros y nos recuerda todo lo que Jesús hizo para darnos el consuelo y la paz de Dios.

Señor, gracias por darme el regalo de la fe en Jesús porque sin ella no puedo acercarme a ti. Te agradezco y te alabo por la fe que me diste por medio del poder del Espíritu Santo. Amén.

Cuando lo hicieron, recogieron tal cantidad de peces que su red se rompía. Entonces hicieron señas a los compañeros que estaban en la otra barca para que acudieran a ayudarlos. Ellos vinieron y llenaron ambas barcas, de tal manera que se hundían. (Lucas 5:6,7)

LA PALABRA DE JESÚS ES PODEROSA

No nos gusta cuando las personas nos hacen promesas que no cumplen. Algunas veces personas de negocios y del gobierno pueden hacer esto y, después de hacerlo, decimos que no confiaremos en ellos nuevamente.

Hay uno en quien podemos confiar todo el tiempo, porque tiene gran poder para cumplir cada promesa que nos hace: Jesús. El apóstol Pedro escuchó a Jesús y le obedeció al dejar caer sus redes para poder atrapar peces, y recibió tantos peces que las redes comenzaron a romperse. Por medio de este milagro de la pesca, Jesús mostró su gran poder sobre toda la creación, porque es el Hijo de Dios.

En la creación del mundo Dios dijo: “‘Sea la luz’. Y fue la luz” (Génesis 1:3). Dios creó todo con el poder de su palabra. Es increíble pensar que Dios solo necesita decir una palabra y todo sucederá de la manera que él quiere que suceda.

Nuestra fe se basa en la palabra poderosa de Dios. En su plan de la salvación escogió a su Hijo para que fuera nuestro Salvador y envió a Jesús al mundo. Dios estableció que Jesús sería el sacrificio en la cruz de Calvario para salvarnos de nuestros pecados y lo resucitó de entre los muertos al tercer día. Ahora Dios dice que somos justificados, o sea, declarados justos e inocentes ante Dios, por la fe en Jesús. También Dios nos llama hijos suyos por medio de la misma fe. ¿No es poderosa la palabra de Dios?

Por eso, al escuchar las promesas de Jesús, tenemos la confianza en él porque nunca ha dejado de cumplir ninguna de ellas. Si tenemos dudas acerca de nuestra salvación, debemos recordar las palabras de Jesús: "Para los hombres esto [la salvación] es imposible, pero para Dios todo es posible" (Mateo 19:26). Ya sabemos que no podemos salvarnos a nosotros mismos. Dios nos ha salvado a través de las acciones de Jesús. San Pablo nos recuerda: "Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús" (Filipenses 4:19).

La palabra de Dios es poderosa. Con ella: creó al mundo, le dio a Pedro mucho pescado, nos llama sus hijos amados, y nos promete un hogar en el cielo. Confíemos en las promesas de Dios porque él sí las cumple.

Amado Señor, sigue ayudándome a conocer y a entender tu gran poder y las bendiciones que nos trae tu palabra. Amén.

"¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina a sus polluelos debajo de sus alas, pero no quisiste!" (Lucas 13:34).

REHUSARSE A ACEPTAR A JESÚS TRAE CONDENACIÓN

Queremos tener a muchos amigos, ¿no? Por ejemplo, al niño le gusta ser aceptado por todos sus compañeros de clase y los nuevos vecinos quieren ser bienvenidos. Nos entristecemos al no gustarles a otras personas, especialmente cuando es sin razón.

Pero no se compara con el pesar que sintió Jesús cuando el pueblo de Dios, los israelitas, no quiso nada que ver con él. Durante centenares de años, Dios envió a sus profetas a su pueblo para que mantuvieran viva la promesa de enviar al Salvador. Dios quería que ellos creyeran que él enviaría a su Hijo para que los redimiera, es decir, para rescatarlos del diablo. Sin embargo, el pueblo de Dios apedreó y mató a los profetas fieles, por llamar a los israelitas a arrepentirse de sus pecados. Ellos no aceptaron la palabra que Dios les envió por medio de ellos.

Cuando Jesús vino, los judíos no creyeron en él, porque no era la persona que ellos buscaban. Ellos esperaban un líder fuerte y político que los librara del gobierno romano. Pero Jesús vino como un hombre humilde que les dijo cómo tener una buena relación con Dios como consecuencia de creer en él. Además de esto, Jesús vino a censurar sus pecados y no a alabarlos.

Jesús estaba triste porque el pueblo no quería aceptar la paz que él quería darles. Después de tres años de ministerio público habiendo hecho muchos milagros para demostrar que él era el Salvador prometido y el Hijo de Dios, Jesús tenía solamente unos pocos seguidores. De hecho la mayor parte del pueblo de Jerusalén, y también en el resto del país, no aceptaron a Jesús ni su doctrina.

¿Qué salió mal? Jesús quería que todos se salvaran y tuvieran el perdón completo de todos sus pecados. Él quería que todas las personas encontraran la paz de Dios que solamente Jesús podía darles. Pero el pueblo de Jerusalén "no quiso" porque no creía lo que Jesús enseñaba. Como resultado, no tuvieron el perdón de sus pecados ni lugar en el cielo. Por eso, irán a las llamas eternas del infierno. ¡Qué horror!

Nada debe traer mayor dolor a nuestro corazón que saber que hemos pecado contra el santo y amoroso Dios. Jesús quiere que nos arrepintamos de nuestros pecados cada día para encontrar la paz con Dios que Jesús ganó por nosotros en la cruz.

Señor, que nunca te causemos tristeza al rechazarte por no creer que tú eres nuestro Salvador. Amén.

"Si alguno viene a mí y no aborrece a su padre, madre, mujer, hijos, hermanos, hermanas....No puede ser mi discípulo" (Lucas 14:26).

PORQUE SEGUIMOS A JESÚS ÉL ES LO PRIMERO EN NUESTRA VIDA

Las palabras que Jesús dijo en la cita bíblica pueden parecer chocantes. ¿Es que el Señor se olvida del cuarto mandamiento por el cual debemos honrar a nuestro padre y a nuestra madre? No, Jesús no se olvida de lo que dice la palabra de Dios; y por eso nos enseña lo que es más importante en nuestra vida.

Algunas personas tienen que escoger, entre seguir a los miembros de su familia no creyentes, y su fe en Jesús. Nuestro Salvador habla acerca de una situación así cuando dice: "¿Pensáis que he venido para traer paz a la tierra? Os digo: no, sino enemistad. De aquí en adelante, cinco en una familia estarán divididos, tres contra dos y dos contra tres" (Lucas 12:51,52). Esperamos y oramos, para que todo miembro de una familia crea en Jesús como su Salvador, pero no siempre sucede así. Por eso, Jesús sabe que sus seguidores lo pondrán a él primero, aun antes que a los miembros de la familia.

Puede ser que no veamos estas divisiones en la familia debido a Jesús. Sin embargo, aunque todos en una familia crean en Jesús, no debemos tenerles mayor afecto a ellos que a Jesús. Nuestro Señor dice que el primer lugar de nuestro corazón le pertenece a él.

Jesús siempre cuidó de su madre y, aun cuando estaba muriendo en la cruz, le pidió a Juan, uno de sus discípulos, que se encargara de cuidar a María. Cuando su familia cercana llegó a una casa donde Jesús estaba instruyendo a otras, Jesús dijo: "Estos son mi madre y mis hermanos, pues todo aquel que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre" (Mateo 12:49,50).

Nosotros por la fe en Jesús pertenecemos a la familia de Dios. La muerte no separará a esta familia espiritual de creyentes, porque perdurará para siempre. Por eso, nuestro amor por nuestro Salvador viene primero.

Entonces, ¿debemos olvidarnos de nuestra familia que está aquí en la tierra? ¡De ninguna manera! El amor por nuestra familia debe provenir de nuestra fe y de nuestro amor por Jesús. Debemos orar por nuestros familiares que son no-creyentes. A los miembros de nuestra familia que pecan, les mostraremos a Jesús. Esta ayuda es lo más importante que podemos hacer por ellos, y es un reflejo del amor que Jesús nos mostró a nosotros.

Jesús, nuestro hermano celestial, sigue enseñándonos a amarte al amar a otros, especialmente a los miembros de nuestra familia. Amén.

"Si alguno viene a mí...[debe aborrecer] hasta su propia vida. [A menos que lo haga], no puede ser mi discípulo" (Lucas 14:26).

SEGUIR A JESÚS SIGNIFICA ODIARNOS A NOSOTROS MISMOS

¿Es cualquier tesoro en la tierra más importante que nuestra vida? No, porque si perdemos la vida, perdemos todo lo demás. Jesús nos dice que seguirlo significa odiarnos a nosotros mismos y hasta entregar nuestra propia vida por él si fuera necesario. Para los creyentes, Jesús es más importante que la vida misma.

Jesús no nos ha pedido que demos la vida por él, pero puede haber oportunidades en que la vida del cristiano esté en peligro debido a la fe. Ahora, tampoco nos ha pedido que vivamos despreocupadamente, sino lo que pide es que debemos odiarnos a nosotros mismos. Suena raro, ¿verdad? Pero esto significa que como creyentes odiamos la naturaleza pecaminosa que mora dentro de cada uno de nosotros. Esa naturaleza es egoísta y solamente se preocupa por ella misma. Por medio de la pregunta: "¿Qué es lo mejor para MI?" Jesús pide que olvidemos estos pensamientos egoístas y que nos fijemos en él para saber cómo actuar.

Por ejemplo, San Mateo informa que en una ocasión la madre de Santiago y de Juan, dos discípulos de Jesús, se acercó a él y le pidió que a sus hijos les otorgara el lugar de más honor en su reino. Los otros discípulos se molestaron porque ellos también querían ese honor para ellos. Entonces Jesús les explicó a todos cuál es nuestro propósito en la tierra, como sus discípulos: "[Sean] como el Hijo del hombre, que no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por todos" (Mateo 20:28).

¿Dónde estaríamos si Jesús no hubiera venido a servirnos? ¿Dónde estaríamos si Jesús no hubiera sufrido y muerto por nosotros? Estaríamos perdidos por toda la eternidad en el fuego del infierno. Esto es lo que merecemos debido a nuestros pecados. El único deseo de nuestro Salvador y Redentor, fue el de hacer la voluntad de su Padre y por eso Jesús voluntariamente dejó el cielo para llevar la vida perfecta en la tierra. Luego Jesús entregó voluntariamente su vida en la cruz el Viernes Santo, como el pago por nuestros pecados. Por medio de su sacrificio nos salvó para que pudiéramos tener la vida eterna en el cielo, como un regalo. Jesús nunca dudó del propósito que tuvo para venir a este mundo: "He venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia" (Juan 10:10).

Cuando odiamos la naturaleza y la vida pecaminosa, permanecemos en la nueva vida cristiana de fe. Dios creó esta vida en nosotros por medio de su palabra.

Señor, ayúdanos a seguir odiando el pecado, y así como tú nos has servido, que nosotros también podamos seguir sirviéndote. Amén.

"El que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo" (Lucas 14:27).

SEGUIR A JESÚS IMPLICA QUE SUFRIREMOS

Jesús habla de llevar la cruz y esto nos recuerda el sufrimiento de Jesús cuando él llevó su cruz el Viernes Santo. Nos recuerda también a los soldados romanos que obligaron a Jesús a cargar la cruz a la colina llamada Gólgota, o sea, Calvario. Nuestro Salvador estaba sangrando a causa de la corona de espinas que llevaba y a la vez tenía la espalda llena de heridas debido a los latigazos terribles que recibió. Sobre sus hombros Jesús llevaba la pesada cruz en la cual iba a morir. Este cuadro del Salvador sufriente nos llena de dolor y pesar. ¿Le gustaría a usted sufrir como Jesús?

Pero ahora Jesús dice que si queremos ser sus discípulos, tendremos que cargar nuestra cruz, o sea, tener la voluntad de seguirlo en el camino del dolor y del sufrimiento. Algunas veces se habla de llevar la cruz en sentido general y puede incluir cualquier tipo de sufrimiento que el cristiano y el no-cristiano tengan. Sin embargo, Jesús cargó la cruz porque sus enemigos hicieron que la cargara. Hoy en día las cruces que tenemos son los sufrimientos que hay en la vida debido a que somos discípulos de Jesús.

Nuestro sufrimiento nunca será como el de Jesús, ni tampoco nos lleva más cerca a Dios, como muchos pueden pensar. Nuestro Señor sufrió por nosotros el mismo infierno cuando fue abandonado por Dios en la cruz. Dios aceptó el sufrimiento de Jesús, como pago por todos nuestros pecados, y ante los ojos de Dios somos inocentes debido a lo que Jesús sufrió como nuestro substituto.

El sufrimiento por causa de Jesús no es algo que nosotros busquemos, porque nadie quiere sufrir. Pero Jesús nos dice que el sufrimiento llegará a nuestra vida por su causa cuando dijo: "Seréis odiados por todos por causa de mi nombre" (Mateo 10:22). Como seguidores de Jesús aceptemos el sufrimiento de buena gana, porque sabemos que nuestro Dios amoroso usará ese acontecimiento triste para nuestro bien eterno.

Nuestro Señor Jesús nos llama a confesarlo con valor y a que vivamos como Creyentes, aunque el mundo nos odie. Puede ser que la gente se ría de nosotros debido a la fe en Jesús. Sin embargo, Dios promete darnos la fuerza de estar en pie cuando esto suceda y no permitirá que nuestra cruz sea demasiado pesada.

Señor, si el sufrimiento llega a mi vida debido a que te sigo, fortalece mi espíritu para que pueda cargar mi cruz. Amén.

Pero Abraham le dijo, "Hijo, acuérdate de que recibiste tus bienes en tu vida, y Lázaro, males; pero ahora este es consolado aquí, y tú atormentado" (Lucas 16:25).

EL GRAN CAMBIO

María, la madre de Jesús, supo por medio de un ángel que sería la madre del Salvador. Después de este acontecimiento ella cantó una hermosa canción en la que dijo: "Hizo proezas con su brazo; esparció a los soberbios en el pensamiento de sus corazones. Quitó de los tronos a los poderosos y exaltó a los humildes" (Lucas 1:51,52). El gran cambio del que habló María en su canción de alabanza también ocurrió en la historia del rico y del pobre Lázaro. Durante su vida, al rico le fue fácil conseguir lo que quería por medio de los sirvientes. El rico daba una orden y se llevaba a cabo de inmediato.

Todo esto cambió después de la muerte. Desde el infierno el rico le pidió un favor pequeño a Abraham para que Lázaro fuera y le mojara la lengua con su dedo mojado. El rico pedía esto porque tenía sed y sufría un inmenso dolor en el infierno. Pero Abraham no podía permitir lo que pedía el rico debido a dos razones: Primero que nada, había un gran vacío entre el cielo y el infierno, que no se podía atravesar; la otra razón era que el rico recibió lo que merecía por su incredulidad, y por eso Dios lo bajó de su vida elevada y de poder.

Y, ¿qué pasó con Lázaro? ¿Recibió lo que merecía? ¿Es que había ganado el derecho de estar en el cielo al llevar una vida de enfermedad y de pobreza? Aunque muchos piensan de esta forma, ¡de ninguna manera fue así! Lázaro tampoco podía pararse ante Dios y exigir: "¡Dame lo que merezco!" Si así fuera, Lázaro hubiera recibido el mismo castigo eterno que el rico recibió.

Lázaro estaba en el cielo nada más que por la misericordia de Dios. En su gracia Dios lo llevó a la fe salvadora por medio de la Palabra y lo guió a través de ella por toda su vida. Al final de su peregrinación en la tierra, Dios envió a los ángeles para que llevaran su alma al cielo. Fue Jesús quien obtuvo estas bendiciones para él por medio de su vida perfecta y de su muerte inocente de cruz. Ahora Dios vio lo que Jesús hizo y perdonó a Lázaro.

En el último día del juicio final, todos los incrédulos serán despedidos por Dios sin Nada, y todos los que creen serán consolados junto con Abraham en el cielo. Recibiremos las bendiciones del cielo, no debido a lo que hayamos hecho, sino debido a la gracia de Dios que no merecemos. Fue la gracia de Dios, la razón por la que él nos envió a Jesús para que fuera nuestro Salvador.

Señor, sigue alejando de mí el orgullo, y guíame para seguir encontrando tu misericordia que no merezco. Amén.

Al entrar [Jesús] en una aldea, le salieron al encuentro diez hombres leprosos, los cuales se pararon de lejos y alzaron la voz diciendo: “¡Jesús, Maestro, ten misericordia de nosotros!” (Lucas 17:12-13).

ACUDIMOS A JESÚS EN BUSCA DE MISERICORDIA

La Biblia no nos dice cómo fue que los diez leprosos oyeron acerca de Jesús, sin embargo, sabemos que las buenas noticias se esparcieron rápidamente. Tal vez los hombres oyeron a otras personas hablar acerca de Jesús y de los milagros. Por ejemplo, cuando Jesús calmó las tempestuosas aguas del mar de Galilea, o les dio la vista a ciegos y curó a sordos, o resucitó a algunos muertos. Jesús no era solamente un hombre común y corriente, y por eso su aparición en la aldea de los diez leprosos, los llenó a ellos de esperanza. Con razón los hombres alzaron la voz y gritaron: “¡Jesús, Maestro, ten misericordia de nosotros!”

Así como los diez leprosos, nosotros también acudimos a Jesús en busca de misericordia, porque él nos puede ayudar. Oramos en el nombre de Jesús porque sabemos que Jesús es verdadero Dios. Él es: nuestro Maestro, Señor, y el único Salvador. ¿Cómo lo sabemos? Nuestra información viene de la palabra de Dios que es cierta y verdadera. Los cuatro evangelios de: Mateo, Marcos, Lucas, y Juan, nos cuentan las obras maravillosas y las palabras bonitas que él dijo. Estos Evangelios no nos dejan ninguna duda acerca de quién es Jesús, porque nos muestran su poder y autoridad. Por eso sabemos que Jesús puede ayudarnos sin importar cuál sea la dificultad, y por eso San Pablo escribió en toda confianza: “Y el Señor me librará de toda obra mala y me preservará para su reino celestial” (2 Timoteo 4:18). Nadie que vaya a Jesús en busca de misericordia, será despedido ni quedará desilusionado.

Los diez leprosos no podían obtener misericordia de nadie más por lo que eran: marginados e impuros, es decir, que la gente no podía acercarse a ellos. Tampoco tenían nada que ofrecerle a Jesús, sino que hicieron lo único que podían hacer: confiar por completo a la misericordia de Jesús.

Tampoco hay lugar para el orgullo al acercarnos a Jesús. ¿Qué tenemos nosotros que Jesús necesite? Mucho más importante, ¿cómo podemos seguir viviendo sin Jesús? Espiritualmente no podemos ofrecerle nada. Por nacimiento estamos muertos en el pecado y sin nuestro Salvador tendríamos que pasar la eternidad en el infierno. No somos capaces de cumplir los mandamientos que Dios nos ha dado en la Biblia; entonces nosotros estamos perdidos por completo.

La única esperanza que tenemos es de pedirle misericordia a nuestro amoroso Salvador. Igual que los diez leprosos aprendamos a gritar con fe: “¡Jesús, Maestro, ten misericordia de nosotros!” Jesús responderá a nuestras oraciones y nos dará el perdón y la ayuda que necesitamos, todos los días.

Señor Jesús, en tu misericordia sigue oyendo mi oración. Sigue perdonado mis pecados y otorgándome la paz. Amén.

Cuando él los vio, les dijo: “Id, mostraos a los sacerdotes.” Y aconteció que, mientras iban, quedaron limpios (Lucas 17:14).

LA FE SE AFERRA A LA PROMESA MISERICORDIOSA DE JESÚS

¿Puede usted pensar en la gran fe de los diez leprosos? Jesús los envió con su enfermedad horrorosa de la piel, a que vieran a los sacerdotes antes de regresar a la sociedad. ¿Los culparíamos por no estar seguros de si debían ir? ¡Qué pensamientos deben haber pasado por su mente! Cuando se miraron el cuerpo, pudieron ver que estaban enfermos con las heridas abiertas porque la lepra no había desaparecido. ¿Por qué debían ir a ver a los sacerdotes? Ellos solamente les dirían que eran impuros.

La Biblia no nos dice lo que estos hombres pensaron, pero el evangelio de Lucas nos relata lo que hicieron. Los hombres obedecieron el mandato claro de Jesús y fueron a ver a los sacerdotes quienes podían determinar si ya estaban limpios o no. No hicieron ninguna pregunta, y confiaron en el poder de Jesús con mucha esperanza.

¿De dónde vino la fe de estos hombres enfermos? El Espíritu Santo usa las palabras de misericordia de Dios para crear la fe viva y activa en el corazón. Esta fe lleva al pueblo de Dios a hacer cosas que parecen tonterías a los no-creyentes.

Por ejemplo, piense en algunos personajes bíblicos bien conocidos: Noé construyó en tierra seca el arca gigantesca según el mandato de Dios; y Abraham dejó a su familia y fue a una tierra extraña porque Dios lo llamó. ¿Por qué hicieron todo eso? Porque creían y confiaban en la palabra del único y verdadero Dios.

La Biblia nos enseña que los cristianos “por fe andamos, no por vista” (2 Corintios 5:7). La palabra de Dios nos pide que creamos muchas cosas que no podemos ver con los ojos ni entender con la mente. Fíjense en los sacramentos del Santo Bautismo y la Santa Cena. Aunque no entendamos cómo el bautismo puede hacer que un bebe pecador entre en la familia de Dios, lo creemos porque así dice Dios al llamarlo “el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo” (Tito 3:5). Por lo tanto bautizando a los niños y a los adultos. Tampoco podemos entender cómo el verdadero cuerpo y la verdadera sangre del Señor pueden estar presentes en la Santa Cena, junto con el pan y el vino. Simplemente creemos lo que Jesús nos dice en su Palabra.

Las grandes verdades de la salvación incluyen cosas que no podemos ver. Entre ellas están: el perdón de los pecados, la resurrección de entre los muertos en el Último Día, y la vida eterna en el cielo. ¡Qué extrañas nos parecen estas cosas en el mundo que está lleno de pecado y de dolor! Así como los leprosos, aprendemos a aferrarnos con fe a las promesas misericordiosas de Jesús.

Amado Señor Jesús, sigue quitando toda duda de mi corazón y ayúdame a confiar en todas tus promesas de misericordia. Amén.

Y aconteció que, mientras iban, quedaron limpios (Lucas 17:14).

LA MISERICORDIA DE JESÚS NOS CAMBIA

Diez hombres estaban enfermos de la lepra, una terrible enfermedad de la piel. Jesús les dijo que fueran y se mostraran a los sacerdotes. Mientras iban de camino, los hombres notaron un gran cambio en su cuerpo: ya estaban limpios porque Jesús los curó completamente. Pronto los sacerdotes les dijeron que lo que veían y sentían en su cuerpo era verdad. ¡Qué noticias tan buenas para estos diez hombres! Ahora de nuevo podrían volver a su pueblo y formar parte de la vida diaria. Ya no tendrían que vivir aislados de sus familiares y amigos por causa de la lepra.

El cuadro de los diez hombres limpios se parece a todos nosotros. Jesús ha cambiado nuestra vida espiritual ante Dios como dicen las Escrituras: "Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación" (2 Corintios 5:19).

Piense en las palabras: "No tomándoles en cuenta [Dios] a los hombres sus pecados". Todos nosotros hemos pecado y merecemos la muerte eterna en el infierno. En primer lugar la Biblia nos dice que éramos: "enemigos de Dios", "esclavos del pecado", y "muertos en el pecado". En segundo lugar, tampoco hemos vivido ni amado perfectamente. Así éramos nosotros antes de conocer lo que Jesús hizo por nosotros.

Jesús nos cambió al limpiarnos de nuestros pecados y nos ha dado la nueva vida espiritual. Dios ya no toma en cuenta nuestros pecados porque dice San Pablo: "Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros seamos justicia de Dios en él" (2 Corintios 5:21). Se hizo este gran cambio cuando Jesús entregó su vida en la cruz del Calvario.

Ahora, cuando Dios nos mira, no nos ve pecadores, sino como sus hijos perdonados. Gustosa y orgullosamente nos da la bienvenida en su familia como dice Gálatas 3:26: "Todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús". ¡Qué cambio tan maravilloso ha tenido lugar en nosotros!

Debido al perdón de nuestros pecados, nuestra vida demostrará un cambio drástico en la forma de vivir. El apóstol Pablo nos recuerda: "Los que son de la carne piensan en las cosas de la carne, pero los que son del Espíritu, en las cosas del Espíritu" (Romanos 8:5). Este cambio en nuestra vida espiritual es consecuencia del evangelio. Jesús nos otorgó su justicia a través de su vida y muerte, y así, nos hizo cambio de pecadores a hijos perdonados de Dios. Pidámosle a Jesús que nos guarde del pecado y para que sigamos su palabra con agrado.

Amado Jesús, gracias por limpiarme de todos mis pecados. Amén.

Jesús le preguntó: “¿No son diez los que han quedado limpios? Y los nueve, ¿dónde están? ¿No hubo quien volviera y diera gloria a Dios sino este extranjero?” Y le dijo: “Levántate, vete; tu fe te ha salvado” (Lucas 17:17-19).

ALGUNAS PREGUNTAS Y UNA PALABRA DE CONSUELO

Nueve de los diez hombres leprosos que habían sido sanados por Jesús no regresaron a darle las gracias. ¿Puede usted creer tanta ingratitud? Los diez debían haber regresado para agradecerle a Jesús. Y, ¿nosotros? ¿Hubiéramos regresado como el extranjero de Samaria para agradecerle a Jesús? Ponga usted un espejo frente a su cara y mírese muy bien. ¿Cuán agradecido ha sido siempre? ¿Ha aprovechado usted toda oportunidad que ha tenido para agradecerle a Dios por la vida eterna que tiene por medio de lo que hizo Jesús? ¿Lleva usted todos los días la vida de agradecimiento?, o ¿Solamente le ha agradecido usted a medias a Dios? ¿Agradece usted la misericordia que Jesús le ha mostrado?

Preguntas como estas nos demuestran la triste verdad que nuestro agradecimiento está muy lejos de lo que debiera ser. Debemos confesar que nuestra gratitud a Dios es deficiente y eso nos muestra un profundo problema espiritual. Cuando no somos agradecidos comenzamos a creer que no tenemos mucho por qué agradecerle a Dios. Además de esto, Satanás quiere que nos olvidemos de lo que hizo Jesús por nosotros, y trata de decirnos que el pecado no es malo y que el infierno no es un lugar real. Si Satanás tiene éxito, entonces no veremos la necesidad del Salvador y así la obra de Jesús se vuelve innecesaria.

¿Agradece usted a Dios por lo que ha hecho por usted? Si es así, entonces vaya a la cruz de Jesús y verá que él cargó con todo el peso del castigo por todos sus pecados. Allí lo oye sufrir el infierno por usted, mientras grita: "Dios Mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" (Mateo 27:46). Allí obsérvalo mientras él entrega su propia vida para que usted no muera eternamente.

¡Gracias a Dios por Jesús! ¡Gracias a Dios que la historia no terminó en la cruz!
 ¡Gracias a Dios que Jesús resucitó de entre los muertos, anunciando su victoria sobre Satanás y sobre el infierno! ¡Gracias a Dios que su Salvador resucitado ahora le dice: “Levántate, vete; tu fe te ha salvado”!

Por medio de la palabra de Dios y de los sacramentos, hemos llegado a conocer a Jesús como nuestro Salvador misericordioso. El Espíritu Santo ha plantado la fe en nuestros corazones y, por medio de ella, recibimos las bendiciones ganadas para nosotros en la cruz de Jesús. Ahora podemos gritarle al mundo: “Alabad a Jehová, porque él es bueno, porque para siempre es su misericordia” (Salmo 118:1).

Amado Señor, sigue ayudándome a llevar la vida de servicio agradecido a ti. Amén.

Entonces Jesús dijo a los principales sacerdotes, a los jefes de la guardia del Templo y a los ancianos que habían venido contra él: “¿Cómo contra un ladrón habéis salido con espadas y palos? Habiendo estado con vosotros cada día en el Templo, no extendisteis las manos contra mí; pero esta es vuestra hora y la potestad de las tinieblas” (Lucas 22:52-53).

REINA LA OSCURIDAD, PERO ES SEGURA LA VICTORIA DE JESÚS

¿Cuál ha sido el momento más oscuro de su vida? Tal vez fue un pecado horrible y ahora al recordarlo le da vergüenza. Quizás fue cuando le sucedió una tragedia a usted o a su familia, y nunca se olvida de ese día tan triste.

¿Cuál fue el día más oscuro en la vida de Jesús y de sus discípulos? Piense en cómo siguieron los discípulos a Jesús durante los tres años de su ministerio público. Ellos aprendieron lo que les enseñó Jesús acerca del reino de Dios y vieron los muchos milagros que hizo. Por ejemplo, transformó el agua en vino y resucitó a Lázaro de entre los muertos. Los discípulos sabían que Jesús es todo poderoso y por eso depositaron su confianza en Jesús como el Salvador prometido.

En la noche del primer Jueves Santo, los soldados vinieron con algunos oficiales de los judíos que querían matar a Jesús. Fueron al huerto de Getsemaní a arrestar a Jesús y luego lo llevaron a los atrios del sumo sacerdote. Como nos cuenta San Lucas, esa noche la oscuridad reinó en la vida de los discípulos y en la vida de Jesús. Más tarde vemos a Jesús en un momento oscuro en que parece vencido por los enemigos. Y nuevamente vemos a Jesús al control de lo que estaba sucediendo porque sabía que obtendría la victoria. Les dijo a sus discípulos: “¿Acaso piensas que no puedo ahora orar a mi Padre y que él no me daría más de doce legiones de ángeles? ¿Pero cómo entonces se cumplirían las Escrituras, de que es necesario que así se haga?”(Mateo 26:53,54).

Te acuerdas que Jesús no fue obligado a morir, ni sus enemigos lo engañaron; tampoco eran más poderosos que él. Él fue a su muerte de cruz de buena voluntad. Al morir, Jesús dio un paso más hacia la obra de completar nuestra salvación, y demostró su amor al sufrir el dolor del infierno por nuestros pecados.

Aunque todo parecía oscuro y perdido la noche del Jueves Santo, Jesús mostró un control completo el Domingo de Pascua cuando resucitó de entre los muertos. Los soldados ya no podían encadenarlo, ni los oficiales condenarlo. Ni siquiera la muerte podía vencerlo. Debido a que Jesús vive, nosotros también viviremos por siempre en el cielo. Por medio de la fe en él como nuestro Salvador, la victoria de Jesús es nuestra victoria sobre la oscuridad y sobre la muerte.

Amado Padre celestial, vemos tu amor por nosotros cuando Jesús murió en la cruz por nosotros. Gracias por enviar a tu Hijo a tomar nuestro lugar. Gracias por crucificarlo para que nosotros no tuviéramos que sufrir por siempre en el infierno. Sigue fortaleciendo nuestra fe y por favor sigue guiándonos al cielo. Amén.

Había un hombre de los fariseos que se llamaba Nicodemo, dignatario de los judíos. Este vino a Jesús de noche y le dijo: "Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro, porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no está Dios con él". Le respondió Jesús: "De cierto, de cierto te digo que el que no nace de nuevo no puede ver el reino de Dios" (Juan 3:1-3).

SOMOS NACIDOS DE NUEVO POR EL ESPIRITU SANTO

Nicodemo era fariseo, es decir, un hombre muy religioso que sabía mucho del Antiguo Testamento. Por eso procuraba llevar su vida según la ley de Dios y procuraba cumplir con todas las reglas de la religión. Creía que con su aparente buena vida ganaría el favor de Dios, y así equivocadamente esperaba ganar la vida eterna en el cielo. Sin embargo, sentía que a su vida espiritual le faltaba algo. Sabía que todo el conocimiento de la ley y que las aparentes buenas obras no eran suficientes para salvarlo y, aunque trató todo lo posible para hacer lo que era correcto, sabía que esto no era posible ni suficiente. Por eso vino a visitar a Jesús para indagar.

Jesús le dijo: "De cierto, de cierto te digo que el que no nace de nuevo no puede ver el reino de Dios". ¿Qué significa "nacer de nuevo"? Si quieren ser miembros del reino de Dios e ir al cielo, deben ser engendrados espiritualmente por el Espíritu Santo. El nacimiento físico nos trajo a este mundo y nos hizo miembros de nuestra familia aquí en la tierra. Pero es necesario ser espiritualmente nacidos de nuevo para que seamos hechos miembros de la familia de Dios. Por eso Jesús lo dijo muy claro: "Os es necesario nacer de nuevo".

¿Cómo se hace eso? El nacimiento espiritual no es nada que podamos hacer nosotros mismos. Por ejemplo, nosotros no llevamos a cabo nuestro nacimiento físico ni tampoco podemos decir que lo hicimos. Del mismo modo, no podemos hacernos nacer de nuevo. El segundo nacimiento es algo que es hecho a nosotros, o sea, no podemos entrar al reino de Dios por medio de nuestros propios esfuerzos. Solo Dios puede darnos el segundo nacimiento por medio del poder de su Palabra.

Ahora no tenemos que esperar toda la vida para nacer de nuevo. Fíjese en lo que Jesús nos enseña en su Palabra: nos dice que hemos pecado, sí. Pero a la vez dice que veamos su cruz y su resurrección de entre los muertos. El Espíritu Santo hace que creamos en él, por su poder en la Palabra, y así recibimos el perdón de los pecados. De esta forma hay un cambio grande en nuestra vida y Dios nos convierte en nuevas personas. Por medio de Jesús tenemos el corazón limpio y estamos libres de la muerte eterna y a la vez libres para servir a Dios. Somos miembros del reino de gracia de Dios, al recibir el amor de Dios que no merecemos. Esto es a lo que Jesús llama "nacer de nuevo" por medio del Espíritu Santo.

Espíritu Santo, gracias por hacerme nacer nuevamente como hijo de Dios. Gracias por darme la vida espiritual para que yo pueda ir al cielo. Por favor, sigue conservándome en esta fe salvadora hasta el fin de mi vida. Amén.

Nicodemo le preguntó: “¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre y nacer?” Respondió Jesús: “De cierto, de cierto te digo que el que no nace de agua y del Espíritu no puede entrar en el reino de Dios. Lo que nace de la carne, carne es; y lo que nace del Espíritu, espíritu es” (Juan 3:4-6).

EN EL BAUTISMO NACEMOS DE NUEVO POR EL ESPÍRITU SANTO

Algunas veces no entendemos lo que nos dicen y entonces pedimos que nos expliquen de nuevo para poder entender. Nicodemo no entendió las palabras de Jesús acerca de nacer de nuevo para llegar a ser parte de la familia de Dios. Él estaba seguro de que Jesús no podía hablar de un segundo nacimiento físico y por eso le preguntaba cómo se puede nacer de nuevo para ser salvo.

Jesús dice que el nacer de nuevo viene por medio “de agua y del Espíritu”, o sea, el bautismo por medio de lo cual el Espíritu Santo hace posible todo esto. Las palabras del Salvador ponen en claro que el bautismo es el camino para llevar a las personas al reino de Dios, porque por medio del bautismo nuestros pecados son perdonados. San Pedro nos asegura de esto cuando escribió: “El bautismo...ahora nos salva” (1 Pedro 3:21).

Es necesario nacer de nuevo por el Espíritu Santo en el bautismo, porque al nacer estábamos espiritualmente muertos debido al pecado original. Nacimos pecadores igual que nuestros padres, y los padres de ellos. Jesús explica esto al decir: “Lo que nace de la carne, carne es”. Al mencionar la carne, Jesús no quiso decir nuestro cuerpo sino la naturaleza pecadora. Los niños nacidos de padres pecadores también son pecadores. El escritor de los Salmos habla de todos los seres humanos: “En maldad he sido formado y en pecado me concibió mi madre” (Salmo 51:5). Esta condición pecadora es suficiente para evitar que alguien entre en el reino de Dios y enviarnos al infierno. Por esta razón Jesús nos hace nacer de nuevo.

Éramos pecadores perdidos, pero en el bautismo, “lo que nace del Espíritu, espíritu [es]”. Dios el Espíritu Santo nos lleva a la vida espiritual por medio de agua y la Palabra y, en vez de nuestra antigua naturaleza pecadora, nos da la nueva naturaleza cristiana. Esta naturaleza es “cread[a] según Dios en la justicia y santidad de la verdad” (Efesios 4:24). Nos ha convertido en un pueblo espiritual por medio del poder del Espíritu Santo, que obra a través de este sacramento. Ahora estamos cubiertos de la justicia de Cristo, y somos bendecidos con el don de la salvación por medio de la fe.

Padre, Hijo, y Espíritu Santo, te damos todo: honor, gracia, y alabanza, porque nos has salvado por medio de tu gracia. Que siempre recordemos que nuestros pecados fueron perdonados por medio de nuestro bautismo. Amén.

“Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del hombre sea levantado, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna” (Juan 3:14,15).

JESÚS FUE CRUCIFICADO EN LUGAR DE NOSOTROS

Como estamos estudiando, Nicodemo fue a ver a Jesús en la oscuridad de la noche. No quería hablar acerca: del clima, ni de salud, ni de deportes, sino acerca de temas espirituales importantes: la vida, la muerte, y la relación entre Dios y el hombre. Sobre todo, Nicodemo quería saber qué le pasaría después de que muriera. Aunque Nicodemo era miembro del concejo de gobernantes de los judíos, no entendía las sencillas verdades espirituales fundamentales.

Sin embargo, Nicodemo sí sabía lo que estaba escrito en el Antiguo Testamento y, por lo tanto, Jesús le habló acerca de lo que sucedió con el pueblo de Israel. El acontecimiento conocido por todos los judíos acerca de la serpiente de bronce. Cuando los israelitas habían pecado muchas veces contra Moisés y Dios, Dios envió serpientes venenosas al campamento del pueblo de Israel. Ahora muchos de ellos murieron por la picadura de las serpientes, y por fin el pueblo le pidió a Moisés que los ayudara. Dios le dijo a Moisés que hiciera una serpiente de bronce y que la pusiera sobre un asta en el centro del campamento. Moisés les dio esta promesa de parte de Dios: “Cualquiera que sea mordido, y la mire (la serpiente), vivirá” (Números 21:8).

¿Era lo que dijo Moisés demasiado bueno para ser cierto? Debido a que la promesa venía de Dios, todo sucedió precisamente como Dios dijo y ¿qué cree? Las personas que eran picadas y elevaban los ojos a la serpiente de bronce vivían. ¡Fue un milagro increíble! Ahora ante Nicodemo Jesús se señala a él mismo como quien será “levantado para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna”.

En la Biblia vemos todo lo que le sucedió a Jesús cuando fue levantado. En la noche del Jueves Santo, Jesús fue traicionado por Judas, uno de sus discípulos. Luego los soldados arrestaron a Jesús y lo llevaron a un juicio ante los sacerdotes Anás y Caiafás, y el gobernador romano, Poncio Pilato. Jesús fue golpeado, le pusieron una corona de espinas, y finalmente Jesús fue clavado a una cruz donde murió. Él recibió el castigo por los pecados de todo el mundo. En verdad fue crucificado por nosotros.

Ahora Dios nos promete: “Todo aquel que en él (Jesús) cree no se pierda, sino que tenga vida eterna” y es la verdad. Hay perdón pleno y completo de todos los pecados por medio de la fe en Jesucristo quien fue levantado en la cruz por nuestros pecados para darnos la vida eterna. ¿Es esta promesa demasiado buena para ser cierta? Sí, si no fuera Dios el que la hace. Pero la vida eterna pertenece a usted por medio de la fe en Jesucristo. La verdad es que usted solo tiene que mirar a Jesús, quien fue levantado en la cruz, para recibir el perdón y la vida eterna, que él ganó por nosotros.

Padre celestial, gracias por darnos la vida eterna por medio de la fe en tu Hijo. Guíanos para seguir viendo cuán valiosa es esta esperanza, y ayúdanos para que nuestra vida siga mostrando a otros, que tenemos la esperanza de la vida eterna. Amén.

“De tal manera amó Dios al mundo, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna” (Juan 3:16).

LA VIDA ETERNA NOS ES REGALADA POR MEDIO DE JESÚS

Las personas describimos la vida de diferentes maneras. Algunas cuentan acerca de las personas que aman, mientras que otras hablan de sus experiencias. “Mi vida es cuidar de mi familia”, podría decir uno. Pero otra persona puede decir: “El trabajo es muy importante en mi vida. Trato de hacer todas las cosas que he planeado hacer.” Por fin otra persona muy despreocupadamente puede decir: “La vida es mejor cuando descanso y me divierto”.

Pero, ¿qué nos dice Dios que debe ser nuestra vida? Para ayudarnos a contestar a esta pregunta importante veamos primero algunas verdades importantes acerca de la vida y de lo opuesto: la muerte. La Biblia nos lleva a entender que la muerte es la separación de las bendiciones de Dios. Cuando nacemos, por ejemplo, estamos espiritualmente muertos y estamos separados de las bendiciones: del perdón, de la fe, y del compañerismo con Dios. Si permaneciéramos así, al final, la muerte espiritual nos llevaría a la muerte eterna en el infierno sin la bendición de Dios.

Por el otro lado, durante nuestra vida en la tierra podemos compartir las bendiciones de Dios. Cuando Adán y Eva pecaron al comer el fruto prohibido, murieron espiritualmente en ese momento. Pero Dios en su misericordia les dio vida espiritual a través de la maravillosa promesa del Salvador. Aunque parece increíble, Dios siguió mostrándoles su amor a sus hijos al traerlos nuevamente a su familia. ¿Cómo? Por medio de la fe en el Salvador venidero, Adán y Eva fueron llevados a la vida espiritual para compartir las bendiciones espirituales de Dios.

Los que creen en Jesús tienen la vida eterna y disfrutan de las bendiciones espirituales de Dios todos los días de su vida desde el momento en que Dios obra la fe en sus corazones. La vida eterna no es nada que tengan que esperar hasta que lleguen al cielo, porque ya la tienen por medio de la fe.

La vida con Dios no termina cuando nos sepultan en una tumba fría y oscura. Jesús dijo: “El que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá” (Juan 11:25). Para los que creemos en Jesucristo, la vida continuará en la gloria del cielo donde estaremos junto con Dios.

Hay solamente una manera de tener esta vida y no es por medio de lo que hacemos ni por la manera en que vivimos. Dios nos da la vida eterna gratuitamente por medio de la fe en Jesús. Como el mismo dijo: “Él que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá”. Jesús, y solamente Jesús, es aquel por medio de quien recibimos la vida eterna.

Jesús, te alabamos por darnos la vida eterna. Por favor, manténnos en la fe en ti y dándonos tus bendiciones en esta vida. Haz que sea posible que disfrutemos de la eternidad de bendición perfecta contigo en el cielo. Amén.

“De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna. Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él” (Juan 3:16-17).

EL REGALO DEL PADRE ES ESPECIAL

Dios ama a todas las personas de nuestro mundo y este amor lo llevó a darle a la humanidad un regalo especial: “su Hijo unigénito”. No existe nadie más como Jesús, porque él tiene dos naturalezas: la divina y la humana. ¿Cómo lo sabemos? La Biblia nos explica de esta forma: “Porque al Padre agradó que en él habitara toda la plenitud...porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad” (Colosenses 1:19 y 2:9). Jesús hizo milagros para probar su divinidad. El apóstol Juan escribió: “Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros lleno de gracia y de verdad; y vimos su [Jesús] gloria, gloria como del unigénito del Padre” (Juan 1:14).

A la vez, Jesús es verdadero hombre y como el Dios-hombre pudo ser nuestro Salvador. Tenía que ser hombre para poder tomar nuestro lugar. Dios Padre envió a su “unigénito Hijo” a llevar la vida perfecta en nuestro lugar. La muerte de Jesús pagó todo el precio de nuestros pecados. Nadie más podía ser ambos: verdadero Dios y verdadero hombre. Solo Jesús.

El regalo que Dios nos hizo en Jesús es especial. Por medio de su Hijo unigénito, Dios cumplió la promesa de salvar al mundo, como dice la Biblia: “Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él”. Es cierto que Dios tenía todo el derecho de enviar a la humanidad pecadora al infierno, pero “quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad” (1 Timoteo 2:4). Por lo tanto, él envió a Jesús como nuestro Salvador.

Jesús es el único Salvador que necesitamos. Por eso, con el corazón alegre, podemos decir junto con el apóstol Pablo: “Gracias a Dios por su don inefable” (2 Corintios 9:15).

Padre de amor, por mis muchos pecados yo debía estar perdido y condenado al infierno. Te alabo, porque por el regalo especial de tu Hijo, mi Salvador, tú me salvaste. Amén.

“Con estas y otras muchas exhortaciones [Juan] anunciaba las buenas nuevas al pueblo” (Lucas 3:18).

DESEEMOS QUE LLEGUE EL MOMENTO DE REUNIRNOS CON JESÚS

Muchas personas por la vida que han llevado sienten temor de reunirse con Jesús en el día del juicio. Tratan de no pensar en ese día y, como resultado, no están listos para encontrarse con Jesús.

Pero Dios no quiere asustarnos en cuanto a la segunda venida de Jesús, igual que Juan el Bautista no quiso asustar a la gente de su tiempo tampoco. La Biblia nos dice que él predicaba las buenas nuevas a la gente acerca de la llegada de Jesús como el Mesías prometido. Juan le dijo al pueblo que Jesús venía para llevar la vida perfecta en su lugar y que sufriría el castigo de los pecados, al morir en la cruz. Juan predicaba que Jesús venía para abrirles las puertas del cielo y de la vida eterna.

Dios también quiere que ansiemos que Jesús regrese. No debemos tener miedo de pararnos ante Jesús en el último día, porque su vida perfecta cubre nuestros pecados y su muerte quitó el castigo que merecíamos. Acuérdesse siempre que la sangre de Cristo ha lavado todos nuestros pecados y por eso sabemos lo que Jesús nos dirá cuando regrese a juzgarnos: “Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo” (Mateo 25:34). Jesús nos extenderá la bienvenida a nosotros los creyentes al hogar eterno que él nos ha preparado en el cielo. Y ahora quiere que deseemos que llegue el momento de su regreso cuando dice: “Erguíos y levantad vuestra cabeza, porque vuestra redención está cerca” (Lucas 21:28). Creemos que estas palabras son verdad.

Queremos que otras personas tengan la misma esperanza y alegría que nosotros. Igual que Juan el Bautista compartió las buenas nuevas, queremos contar a otras personas el mismo mensaje. Dígales lo que usted sabe acerca de Jesús, el Salvador. De esta forma, por la gracia y el poder de Dios, ellos se unirán a usted en ansiar la venida del Señor.

Querido Señor Jesús, al pensar en el último día, por favor consuélame siempre con las buenas nuevas de tu perdón. Ansío verte; ayúdame a contarles a otros acerca de esta esperanza y alegría. Amén.

"Tengo, además, otras ovejas que no son de este redil, a esas también debo atraer" (Juan 10:16).

BUSQUEMOS LAS OTRAS OVEJAS

¿Por qué estamos en este mundo y adónde vamos? Muchas personas hacen estas preguntas al buscar el significado de la vida. Los discípulos de Jesús sabían las respuestas a esas preguntas, porque sabían que sus pecados estaban perdonados en Cristo, y que Jesús los llamó para servirle.

Jesús no quiso que la predicación y la enseñanza de su palabra terminaran con sus discípulos porque había otras personas que necesitaban escuchar acerca de Jesús y creer en él. Algunas vendrían del pueblo de los judíos y otras de los gentiles, o sea, los no judíos que llegarían a la fe en Jesús. El deseo de Jesús es que las ovejas de esas naciones se unan a las ovejas de la nación judía. En la iglesia primitiva del primer siglo, esto sucedió debido a la obra de Dios por medio de la obra misionera de los discípulos y especialmente del apóstol Pablo.

El Señor quiere que compartamos esta obra de invitar a más ovejas al redil del Señor. Él nos anunció: "Recibiréis poder cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén... Judea, en Samaria y hasta lo último de la tierra" (Hechos 1:8).

Si nuestro único propósito en la vida fuera conocer a Jesús, hoy mismo ya estaríamos listos para ser llamados al cielo. Pero vivimos en este mundo para ser instrumento para llevar al cielo a "otras ovejas " que están muriendo espiritualmente. Ellas necesitan saber que Jesús murió y resucitó para salvarlas: del pecado, del poder del diablo, y de toda una eternidad en el infierno. Entonces, nuestro propósito como cristianos es hablarles a otros acerca de Jesús.

Seremos el ejemplo cristiano que Dios nos llama a ser al compartir al Salvador con nuestro prójimo. Con la palabra de dios consolamos a las familias atribuladas, o invitamos a un amigo al servicio del domingo, o visitamos a los enfermos con el mensaje de la paz de Dios.

¿Por qué estamos aquí y a dónde vamos? Estamos en este mundo para ser llevados a la fe en Jesús y compartirla con otras. De esta forma iremos al cielo con estas "otras ovejas" para estar con Jesús por toda la eternidad.

Jesús mi Salvador, me has llamado a contarles a otros acerca de ti. Sigue abriéndome los ojos para ver las personas que necesitan conocerte como su Salvador. Que yo pueda seguir sirviendo a otros de la misma manera que te sirvo a ti. Amén.

“Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando” (Juan 15:14).

LOS AMIGOS DE CRISTO SOMOS GUIADOS A HACER LO QUE ÉL NOS HA ENCOMENDADO

A un amigo se le puede hablar acerca de lo bueno y de lo malo en nuestra vida, y se puede confiar que el amigo escuchará y también tratará de ayudar.

¿Quién es su mejor amigo? La Biblia dice que Jesús es “amigo de publicanos y de pecadores” (Lucas 7:34) y por eso es su amigo. No hay mayor privilegio y bendición que ser amigo de Jesús el Hijo de Dios.

Ahora Jesús nos dice: “Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando”. Nos recuerda que como miembros de su familia, haremos lo que es bueno y Correcto, según los Diez Mandamientos, con una gran diferencia: no cumpliremos estos mandamientos para ganar el cielo, sino que los cumpliremos por amor a nuestro Salvador, porque Jesús ya ha perdonado nuestros pecados y nos ha prometido que la vida eterna en el cielo es nuestra. El apóstol Pablo escribió: “Hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él” (Colosenses 3:17). Nuestra vida como cristianos es una vida llena de agradecimiento por todo lo que Jesús ha hecho por nosotros.

Servir a Dios no es ningún estorbo ni una carga pesada, como el apóstol Juan nos dice: “Este es el amor a Dios: que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos, porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo; y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe” (1 Juan 5:3,4). ¿Son sus pecados una carga pesada? Confiese esos pecados y sea perdonado. El Espíritu Santo lo ayudará a vivir como una persona que le ha ganado la batalla al pecado por medio de Jesús.

Jesús dijo: “Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí y yo en él, este lleva mucho fruto, porque separados de mí nada podéis hacer” (Juan 15:5). Confiamos en esta promesa de Jesús, y él nos guiará a guardar los mandamientos sus mandamientos.

Amado Jesús sigue: otorgándonos corazón agradecido, guiándonos por medio de tu palabra, mostrándonos lo que tú quieres que hagamos, y ayudándonos a estar siempre listos y capaces para hacer lo que tú nos has encomendado. Amén.

“No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca, para que todo lo que pidáis al Padre en mi nombre, él os lo dé” (Juan 15:16).

JESÚS NOS ESCOGIÓ

"He aceptado a Jesús como mi Salvador." ¿Con qué frecuencia ha oído usted estas palabras? A muchas personas les gusta pensar que creen en Jesús porque así lo decidieron. Pero eso no es correcto. Ninguna persona puede decidir por sí misma creer en Jesús. Por causa de la naturaleza pecaminosa que mora en nosotros no queremos tener nada que ver con Dios, como el apóstol Pablo escribió: “Los designios de la carne son enemistad contra Dios, porque no se sujetan a la ley de Dios y tampoco pueden” (Romanos 8:7).

En el versículo de hoy, Jesús nos enseña claramente que la única razón por la que creemos en él es porque él nos escogió primero. Él dice con palabras: claras, sencillas, y dignas de memorizar: “Yo os elegí”. La Biblia nos dice que Dios nos escogió para que seamos sus hijos desde antes que naciéramos y antes de la creación del mundo. Esto nos muestra su gran amor hacia nosotros. No hemos ganado su amor ni lo hemos merecido; sin embargo, Dios nos da su amor en Cristo.

Dios nos escogió con un propósito: “Os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca”. El apóstol Pablo añadió: “Somos hechura suya [de Dios] creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviéramos en ellas” (Efesios 2:10). Dios no nos escogió para sentarnos con los brazos cruzados para no hacer nada. El Espíritu Santo nos enseña los frutos de la fe de los cristianos: “Amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza” (Gálatas 5:22,23). Añada a esto los frutos de la buena voluntad de los creyentes para hablarles a otras personas que no conocen a Jesús acerca del Salvador y de su perdón.

Amado Jesús, sigue ayudándome a recordar que tú me escogiste para ser tuyo por siempre. Ayúdame a seguir produciendo los frutos de la fe. Amén.

“Pero no ruego solamente por estos, sino también por los que han de creer en mí...para que todos sean uno; como tú, Padre, en mí y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste” (Juan 17:20-21).

JESÚS ORA PARA QUE TODAS LAS PERSONAS LLEGUEMOS A CREER EN ÉL

Los miembros de la iglesia cristiana primitiva son un ejemplo de unidad espiritual en el Señor. El libro de Hechos habla de ella: “Y perseveraban [los creyentes] en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones. Todos los que habían creído estaban juntos y tenían en común todas las cosas: vendían sus propiedades y sus bienes y lo repartían a todos según la necesidad de cada uno. Perseveraban unánimes cada día en el Templo, y partiendo el pan en las casas comían juntos con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios y teniendo favor con todo el pueblo” (Hechos 2:42,44-47).

Los primeros cristianos no causaron luchas ni peleas, sino que llevaban paz y amor a la vida de muchos. Los que no eran creyentes, veían cómo vivían los creyentes y lo que hacían. Los creyentes eran diferentes de las otras personas. Eran una bendición para: su familia, sus amigos, y para los pueblos, villas, y ciudades, en que vivían.

La unidad cristiana que se basa en el amor de Dios es maravillosa. Este amor invita a otros a unirse. Jesús oró para que este amor se encontrara en la unidad espiritual de los cristianos, como dice el texto de Juan 17. La voluntad de Jesús es que todos puedan creer en él como su Salvador y, aunque parece increíble, las personas del mundo son el objeto del amor de Jesús. Esta es la razón por la que él tomó forma humana y nació en este mundo, y por la que él llevó la vida perfecta y murió en la cruz por los pecados de todo el mundo. Jesús quiere que cada persona sea salva y llegue al conocimiento de la verdad. No podemos pasar por alto que al hablar de todas las naciones está incluida NUESTRA nación. No importa donde vivamos en el mundo, hay personas que no conocen a Jesús como su Salvador.

Jesús quiere que las personas de toda nación crean y confíen en él. Digámosle a la gente que vive cerca de nosotros las buenas nuevas de Jesucristo. En nuestra vida cotidiana conocemos a personas no creyentes. Siga llegando a ellos con la palabra de Dios para que puedan creer y ser salvados. De esta manera, usted es la respuesta a la oración de Jesús.

Jesús, has encomendado a tu iglesia que prediquemos el evangelio a todas las naciones. Úsame como tu siervo, para compartir las buenas nuevas de la salvación a las personas que no conocen tu amor. Amén.

Dijeron a Pilato los principales sacerdotes de los judíos: No escribas: “Rey de los judíos”, sino: “Este dijo: ‘Soy rey de los judíos’” (Juan 19:21).

EL VERDADERO REY

Ha habido muchos hombres que han dicho ser el Cristo. Este nombre, Cristo, significa el escogido por Dios y apartado para ser el Salvador del mundo. Durante los últimos cien años más de mil hombres han alegado ser el Cristo. Muchos de los judíos tampoco pensaban que Jesús era el verdadero Cristo, o sea, el prometido Rey y Salvador. Por eso, cuando Jesús fue crucificado, los líderes religiosos de los judíos le pidieron a Poncio Pilato que cambiara el letrero que puso sobre la cabeza de Jesús en la cruz. Ellos querían que el letrero dijera que Jesús “decía” ser el rey de los judíos, pero no lo era.

Es fácil entender por qué los judíos querían que se cambiaran las palabras del letrero. La ciudad de Jerusalén, cerca de la que Jesús fue crucificado, estaba llena de muchos visitantes por la celebración de la Pascua del Antiguo Testamento. Estos visitantes podrían pensar que los romanos estaban matando a su rey judío. Los líderes de los judíos odiaban a Jesús y a los romanos. Si Pilato solamente cambiara el letrero, entonces los visitantes sabrían que Jesús solamente alegaba ser rey.

Pero la Biblia nos dice que Jesús es el verdadero Hijo de David, el verdadero Rey de los Judíos y el Cristo prometido. David fue un gran rey de Israel en el Antiguo Testamento, pero Jesús no nació en este mundo para sentarse en un trono terrenal. Al contrario, como él lo dijo, vino a gobernar un reino que no es de este mundo, sino que “no es de aquí” (Juan 18:36). Vino a gobernar en el corazón y en la vida de los creyentes como el mismo dijo: “El reino de Dios no vendrá con advertencia, ni dirán: ‘Helo aquí’ o, ‘Helo allí’. Porque el reino de Dios está entre vosotros” (Lucas 17:20,21).

Jesús, como el verdadero Rey, nos rescató del poder del diablo. Solamente Jesús, que es sin pecado, podía cumplir la ley en lugar de los que habíamos fallado en obedecer la ley de Dios. Solamente Jesús, como el Hijo de Dios, podía morir en la cruz y tomar el lugar de los pecadores que merecemos el castigo de Dios. Como verdadero Dios y verdadero hombre en una persona, solamente Jesús podía redimirnos. Jesús es el único Salvador y el único que puede guiarnos al cielo. ¡Solamente la fe en Jesús puede salvarnos! Desafortunadamente, los judíos no querían un rey así.

En nuestro mundo de hoy se encuentran muchas ideas falsas acerca de Jesús. Nosotros sabemos quién es el verdadero Rey, porque el Espíritu Santo nos lo ha mostrado en la palabra de Dios: la Biblia. Le cantamos alabanzas a Jesús y decimos: “El Cordero [Jesús], que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza” (Apocalipsis 5:12).

Señor Jesús, tú eres el verdadero Rey y nuestro Salvador. Sigue gobernando en nuestro corazón y en nuestra vida y sigue siendo nuestro Rey ahora y en el cielo. Que te alabemos ahora y en el cielo. Amén.

Entonces Jesús les dijo otra vez: “¡Paz a vosotros! Como me envió el Padre, así también yo os envió” (Juan 20:21).

JESÚS NOS ENVÍA A HABLAR ACERCA DE LA PAZ

“¡Paz a vosotros!” Qué consuelo fueron estas palabras para los discípulos de Jesús, después del Viernes Santo cuando dejaron a su Señor sufriendo solo en la cruz. En la noche del Domingo de Pascua, estaban reunidos en secreto tras puertas cerradas porque tenían miedo. Las mujeres les informaron a los discípulos que habían visto a Jesús y que estaba vivo, pero ellos no lo creyeron. Los discípulos estaban confusos y dudaban de lo que había sucedido. Por esto, no tenían paz en la mente ni en el corazón. En ese momento, ¡Jesús se les apareció de una manera maravillosa y les enseñó las heridas de: sus manos, pies, y costado! Les dijo que había ganado la victoria sobre la muerte por medio de la resurrección. En verdad, Jesús nos trae la paz.

Pero la paz de Jesús no es solamente un saludo cordial de parte de su vecino. Es la paz de Dios que es mucho más grande de lo que cualquier ser humano pueda entender. Es Dios quien nos dice que ya no está furioso con nosotros porque la guerra ha terminado. Al derramar su sangre en la cruz, Jesús aplacó la ira de Dios contra nosotros. El mensaje de paz llegó a los discípulos durante esta reunión, y es el mejor regalo de parte de Jesús a sus discípulos y a nosotros.

Por medio de la muerte y resurrección de Jesús, ¡ha desaparecido el temor! Nuestra conciencia ya no puede acusarnos de que somos culpables, porque quienquiera que tenga el regalo de la paz de Dios en Cristo es muy feliz. La verdad es que todo está bien entre Dios y el hombre. Este mensaje de paz dura por siempre. Nuestros sentimientos pueden cambiar cuando nos olvidamos de Dios, pero la palabra y las promesas de Dios nunca cambian. “¡Paz a vosotros!” son palabras que perdurarán para siempre.

Dios envió a su Hijo para que lograra la paz entre la humanidad y él. La misión de Jesús era redimirnos del poder: del mundo, del pecado, y de Satanás. Jesús cumplió ese mandato de Dios. La resurrección de Jesús de entre los muertos en la mañana del día Domingo de Pascua, nos hace ver cerradas las puertas del infierno y abiertas las puertas del cielo.

Con el mismo mensaje de paz ahora Jesús nos envía al mundo a las personas perturbadas. La misión de la iglesia es llevarles las buenas nuevas a todas las personas. La alegría de los discípulos en el tiempo de Jesús ahora es nuestra. Hoy en día nosotros somos los embajadores de la “paz” de Jesucristo a la humanidad.

Sin embargo, ¿con cuánta frecuencia nos escondemos tras las puertas cerradas del temor? Quizá pensamos: “Tal vez no les gusto a algunas personas si les digo que Jesús es el único Salvador. Puede ser que se rían de mí si les digo que Jesús ha hecho la paz entre Dios y la humanidad”. ¡Que Jesús nos quite estos temores! Él es el que se pone frente a usted todos los días y nos dice con amor: “¡Paz a vosotros! El Padre me ha enviado y yo ahora lo envío a usted.”

Amado Jesús, que por siempre tu paz eterna viva en nosotros. Sigue otorgándonos la fuerza plena del Espíritu para poder seguir diciéndoles a otros que ellos también pueden estar en paz con Dios. Amén.

Entonces aquel discípulo a quien Jesús amaba [Juan] dijo a Pedro: “¡Es el Señor!” Simón Pedro, cuando oyó que era el Señor, se ciñó la ropa (porque se había despojado de ella) y se tiró al mar (Juan 21:7).

JESÚS ES EL SEÑOR

Algunas personas han hecho grandes descubrimientos; por ejemplo: la curación para enfermedades mortales, la radio, y la televisión. Pero el mejor descubrimiento que cualquiera pueda hacer es este: Jesús es el Señor.

Juan, Pedro, y los otros discípulos, supieron que Jesús es el Señor cuando Jesús se reunió con ellos a la orilla del mar. Inmediatamente después de haber recogido una red llena de peces, Juan gritó, “¡Es el Señor!” Ellos sabían que Jesús y solamente Jesús podía hacer un milagro así.

Los discípulos ya sabían por algún tiempo que Jesús era el Señor. Antes de este acontecimiento Pedro le había dicho a Jesús: “Tú tienes palabras de vida eterna” (Juan 6:68). En otra ocasión el discípulo Tomás dijo a Jesús: “¡Señor mío y Dios mío!” (Juan 20:28). Jesús les había demostrado que él era su Maestro y su Rey a través de los milagros y la predicación de la palabra.

Pero ahora los discípulos estaban seguros más que nunca de que Jesús era su Señor. La pesca milagrosa les había hecho recordar la primera vez que Jesús les había dado muchos peces por medio de otro milagro (Lucas 5:4-11). Entonces habían quedado maravillados, y ahora otra vez, porque sabían, verdaderamente sabían, que Jesús era el Dios y Señor de su vida.

Lo mismo sucede hoy día para con nosotros. Nos alegra saber que Jesús es el Señor del cielo y de la tierra. Él vino a librarnos de nuestros pecados y nos protege de nuestros enemigos. También, reconocemos con humildad que somos pecadores y que no somos lo suficientemente buenos para salvarnos por nosotros mismos. El único que nos puede salvar es Jesús y, después de conocer a Jesús como nuestro Salvador, debemos dar testimonio acerca de él a otras personas, como lo hizo Juan. Finalmente, igual que a Pedro, queremos acercarnos más a nuestro Señor al adorarlo y estudiar su Palabra.

El descubrimiento más grande de nuestra vida es conocer a Jesús como el Señor. Los milagros de Jesús, como el que hizo al proveerles muchos peces a Pedro y a Juan, nos aseguran que Jesús es verdadero Dios. Jesús es el Señor y es nuestro Señor.

Amado Señor, venimos delante de ti con humildad y alegría. Por un lado estamos seguros que tú eres el Dios verdadero y te confesamos como nuestro Maestro misericordioso y poderoso. Sigue dándoles a otros y a nosotros muchas bendiciones, porque tú eres el Señor de todas las cosas. Amén.

Al descender a tierra, vieron brasas puestas y un pescado encima de ellas, y pan. Les dijo Jesús: “Venid, comed”. Y ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle: “Tú, ¿quién eres?” sabiendo que era el Señor (Juan 21:9,12).

JESÚS SE INTERESA POR SUS AMIGOS

Jesús ya antes había preparado alimentos para sus amigos, pero este desayuno probablemente fue la comida más maravillosa que Jesús hizo para ellos. Los discípulos de Jesús pescaron toda la noche, pero sin resultados. Entonces en la mañana, cuando ya volvían a tierra, Jesús, por medio de un milagro, les dio tantos peces que sus redes quedaron repletas. Cuando los discípulos llegaron a la orilla, encontraron una sorpresa maravillosa: Jesús estaba allí con el fuego encendido y con la comida lista. Luego, los invitó a acercarse y a comer. Así que a la vez disfrutaron de su desayuno y del compañerismo con Jesús. Con todo esto, Jesús demostró que le interesaban sus amigos al proveer el desayuno y al darles la bienvenida.

Nosotros no hemos tenido una comida de pan y pescado que Jesús hubiera preparado para nosotros. Sin embargo, él muestra su amor maravilloso por cada uno de nosotros cuando quiera y dondequiera que estemos reunidos para oír o estudiar la palabra de Dios. En el evangelio de Mateo Jesús nos dice: “Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mateo 18:20).

En la Santa Cena, Jesús también ha preparado un alimento maravilloso para los creyentes. Algunas veces llamamos a este alimento la Santa Cena del Señor porque así es. Jesús instituyó este sacramento e invita a nosotros los pecadores a recibir por medio de él el perdón de los pecados y el fortalecimiento en la fe. Él nos da su propio cuerpo y sangre, junto con el pan y el vino, para el perdón de nuestros pecados. Nos invita, almas cansadas por el pecado, a encontrar descanso espiritual en su amor maravilloso.

Jesús también quiere cuidarnos por siempre. Por ejemplo, en una parábola Jesús habló de la fiesta de bodas en el cielo donde él cuidará eternamente de los creyentes. La Biblia también habla del cielo en el Salmo 16:11: “Me mostrarás la senda de la vida; en tu presencia hay plenitud de gozo, delicias a tu diestra para siempre”. Como creyentes en Cristo tenemos mucho que esperar en la gloria venidera del cielo.

La reunión del desayuno de Jesús con sus discípulos, les dio la certeza de que Jesús los ama. También estamos seguros de que Jesús quiere estar con nosotros ahora y siempre.

Amado Señor Jesús, te agradecemos por interesarte en nosotros. Nos has invitado a acercarnos a ti para gozar de tu amor y de tu paz. Sigue manteniéndonos cerca de ti toda nuestra vida. Amén.

“En los postreros días, dice Dios, derramaré de mi Espíritu sobre toda carne, y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán; vuestros jóvenes verán visiones y vuestros ancianos soñarán sueños; y de cierto sobre mis siervos y sobre mis siervas en aquellos días derramaré de mi Espíritu, y profetizarán” (Hechos 2:17-18).

A TODAS LAS PERSONAS SE LES OTORGA EL ESPÍRITU SANTO

En algunos lugares, el seis de enero de cada año se le conoce como la Navidad de los gentiles porque en ese día se celebra la llegada de los Reyes Magos para adorar a Jesús. Estos sabios gentiles, o sea, personas no-judías, estudiaban las estrellas y, cuando vieron una nueva, sabían que era la señal que Dios les había dado acerca del cumplimiento de la promesa que les había hecho a Adán y a Eva, acerca de enviar al Salvador al mundo. Este Salvador, Jesús, a quien Dios ya había prometido hacía mucho tiempo, ya había nacido en Belén.

Los Reyes Magos estaban entre aquellos en quienes Dios derramó su Espíritu Santo, aunque ellos no vivían todavía en la parte de los nuevos tiempos que llegarían al mundo después de: la vida, muerte, y resurrección, de Jesús. En ese tiempo, predicho por el profeta Joel, Dios derramaría su Espíritu Santo sobre TODAS las personas y eso es lo que Pedro explica el día de Pentecostés, cincuenta días después de que resucitó Jesús de entre los muertos, cuando dijo las palabras del texto de los Hechos.

Nosotros también somos prueba de que Dios continúa derramando su Espíritu sobre todas las personas. Por ejemplo, pecamos y no siempre hacemos la voluntad de Dios en nuestra vida. Sin embargo, Dios hace brillar su gracia sobre nosotros. A través de su amor que no merecemos, Dios nos convierte en “sabios”, es decir: personas que son verdaderamente sabias en cuanto a la vida espiritual. Sabemos y creemos que Jesucristo vino al mundo para salvar a los pecadores y que eso incluye a nosotros.

Ahora vivimos en los últimos días, que están comprendidos entre la primera venida de Cristo y la Segunda, y Dios sigue derramando su Espíritu en nosotros por medio de la Biblia. Aunque ya se ha cumplido la obra de Cristo de salvar al mundo, todavía hay mucho trabajo que hacer antes de que él venga nuevamente en el último día. Al predicar y enseñar la palabra de Dios, queremos que toda la gente sepa del amor y de la misericordia de Dios en Cristo Jesús.

Dios nos invita a participar en esta obra misionera. Cada vez que le contamos a alguien acerca de lo que Dios ha hecho por nosotros, estamos llevando a cabo esta obra de Dios. Al hacerlo, podemos estar seguros de que el Espíritu Santo se derrama en esa persona cuando le contamos acerca del amor de Dios. ¡Que Dios la lleve a recibir su Espíritu en su corazón y en su mente!

Espíritu Santo, tú has sido derramado en nuestro corazón a través de la predicación de la palabra de Dios. Por favor, sigue usándonos para compartir las buenas nuevas con otros. Amén.

Y todo aquel que invoque el nombre del Señor, será salvo (Hechos 2:21).

EL ESPÍRITU SANTO SALVA A TODOS LOS CREYENTES

En Mateo 28:19-20, Jesús envió a sus discípulos a todas las naciones para bautizar e instruir a todo el mundo. Las buenas nuevas acerca de Jesús debían enseñarse a todas las personas sin excepción porque el mensaje del evangelio es para todos. El apóstol Juan nos enseña esto cuando escribe: “Él es la propiciación por nuestros pecados, y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo” (1 Juan 2:2). Entonces es lógico pensar, que debido a que Jesús murió para salvar a todo el mundo del pecado, entonces el evangelio se debe predicar a todos.

Sin embargo la triste realidad es que no todo el mundo se salvará porque no todos creerán el mensaje. La salvación llega a cada persona solamente por medio de la fe en Jesús, y esta fe es obra del Espíritu Santo a través de la palabra de Dios y el Bautismo. Por la naturaleza humana estábamos muertos en el pecado. Pero el Espíritu Santo nos toca con el mensaje de perdón por medio de Jesús. Por eso Pedro citó las palabras escritas por el profeta Joel en el día de Pentecostés: “Todo aquel que invoque el nombre de Jehová, será salvo” (2:32). Es importante que les prediquemos este mensaje a todas las personas para que el Espíritu Santo pueda obrar la fe en el corazón de ellas.

El día de Pentecostés, cincuenta días después de que Jesús resucitó de entre los muertos el Domingo de Pascua, es el cumpleaños de la iglesia del Nuevo Testamento. En ese día los discípulos hablaron en muchas idiomas diferentes sin haberlos estudiado y, como resultado, tres mil personas creyeron el mensaje de los discípulos y fueron bautizadas.

Hoy en día el Espíritu Santo continúa su obra y les lleva la salvación a muchas personas al hacer que crean en Jesús. Como creyentes, tenemos el privilegio de enseñarles a otros acerca de la palabra de Dios, y así el Espíritu Santo añadirá otros miembros a su iglesia. ¿Qué tal nosotros? ¿Estamos listos para compartir a Jesús con otros? El Espíritu Santo fortalecerá nuestra fe a través de la palabra de Dios y de esta manera nos dará el valor de hablar acerca de nuestro Salvador.

Espíritu Santo, sigue ayudándome a mostrar el amor de Dios a otras personas para que ellas también puedan creer en Jesús como el Salvador del mundo. Amén.

“Entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios, prendisteis y matasteis por manos de inicuos, crucificándolo” (Hechos 2:23).

JESÚS VINO A MORIR POR NOSOTROS

El mundo está lleno de muchos tipos diferentes de trabajos y para hacerlos necesitamos saber lo que debemos hacer y cómo debemos hacerlo. Por ejemplo, la secretaria debe saber escribir a máquina o usar la computadora, porque es necesaria para cumplir con los requisitos del trabajo. O, al buscar un empleo, la persona quiere encontrar uno que pueda hacer y disfrutar. Si a alguien no le gustan los niños, no será feliz como maestro de niños.

El Padre de Jesús le dio a él el trabajo muy especial de servir al mundo como el Salvador. Para llevar a cabo su tarea, Jesús tenía que seguir la voluntad de su Padre sin hacer preguntas. Jesús, y solo Jesús, podía hacerlo porque es el Hijo de Dios y el Hijo del Hombre. Humildemente se entregó bajo el poder de hombres pecadores para morir en la cruz. Pero esto era lo que exigía la voluntad de Dios para salvarnos de nuestros pecados.

Para nosotros estas son buenas noticias, y como hijos de Dios tenemos una responsabilidad delante de él. Nuestro Padre celestial nos creó para alabarlo y honrarlo, al llevar una vida piadosa, y se nos exige cumplir con los Diez Mandamientos de manera perfecta. Sin embargo, fallamos en llevar a cabo esta clase de vida y, debido a nuestras fallas, merecemos sufrir el fuego mismo del infierno.

Pero Dios nos salvó, por medio del sufrimiento y muerte de su propio Hijo en la Cruz, y ahora tenemos una nueva razón para vivir para su gloria. El trabajo más importante que tenemos, es usar nuestra vida para alabar y honrar a aquel que fue clavado en la cruz por nosotros. Así podemos usar nuestras habilidades para demostrarle nuestro agradecimiento a él, que nos dio el perdón de nuestros pecados y la segura esperanza de la vida eterna en el cielo.

Padre celestial, te agradecemos por enviar a tu único Hijo a morir en la cruz por nosotros. Por medio de Jesús nos has librado del pecado y de la muerte. Gracias por la salvación a través de Jesús. Amén.

Y Dios lo levantó, sueltos los dolores de la muerte, por cuanto era imposible que fuera retenido por ella (Hechos 2:24).

JESÚS RESUCITÓ DE ENTRE LOS MUERTOS

Hay un juego importante que hacen todos los niños con su madre cuando la mamá trata de agarrar al niño, pero se supone que no puede porque el niño corre muy rápido.

Lo que Jesús, el niño de Belén, hizo no fue un juego. No se escapó de lo que su Padre quería que hiciera. Cumplió perfectamente con la voluntad de su Padre en la cruz del Calvario para vencer: a Satanás, el pecado, y la muerte. El Padre de Jesús aceptó la vida y muerte perfectas de su Hijo, para establecer de nuevo la paz entre el mundo y Dios. La muerte de Jesús en la cruz es una gran bendición para nosotros.

Dios mostró que él aceptó por completo lo que Jesús hizo, al resucitarlo de entre los muertos. Cuando pusieron a Jesús en la tumba, parecía que la muerte había ganado la batalla. Pero la muerte y la tumba no pudieron retener a Jesús. La resurrección de nuestro Salvador de entre los muertos nos dice algo acerca del poder que tiene Jesús para salvarnos. Un día nosotros también seremos puestos en una tumba, pero sabemos que la muerte no podrá retenernos por siempre, porque Jesús prometió con palabras muy claras: “Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia” (Juan 10:10).

Por medio de Jesús, nuestro corazón y vida están llenos de alegría, porque no vivimos en el temor de la muerte. Sabemos que es imposible que ella nos retenga porque, igual que Jesús, resucitaremos de entre los muertos en el último día. Con alegría en nuestro corazón, podemos decir con el apóstol Pablo: “Con Cristo estoy justamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gálatas 2:20).

La gran verdad es que Dios también nos resucitará de la agonía de la muerte para vivir con él por siempre en alegría perfecta. Mientras tanto ahora vivimos para él con fe, sin temor, llenos de alegría con la certeza de la vida eterna en el cielo. ¡Gracias sean dadas a Dios!

Señor Jesús, te agradecemos y te alabamos por tu muerte en la cruz que pagó nuestros pecados. Nos regocijamos porque nuestro Padre te haya resucitado de entre los muertos para que nosotros también podamos vivir con él. Por favor, sigue estando con nosotros ahora y ayúdanos a seguir sirviéndote con alegría todos los días de nuestra vida. Amén.

“David dice de él [Jesús]: 'Veía al Señor siempre delante de mí; porque está a mi diestra, no seré conmovido. Por lo cual mi corazón se alegró y se gozó mi lengua, y aun mi carne descansará en esperanza, porque no dejarás mi alma en el Hades no permitirás que tu Santo vea corrupción. Me hiciste conocer los caminos de la vida; me llenarás de gozo con tu presencia’” (Hechos 2:25-28).

JESÚS TUVO FE EN SU PADRE

Con frecuencia hablamos acerca de nuestra fe en Dios. Al hablar a través del salmista David en los Salmos, Jesús nos muestra que también tenía fe plena en su Padre celestial. Él estaba seguro de que su Padre no lo abandonaría en la tumba después de que muriera en la cruz, ni que su cuerpo comenzaría a podrirse ni a descomponerse.

Jesús tenía toda la razón en confiar en su Padre. Como lo dice nuestro pasaje bíblico, Dios no dejaría que su Santo [Jesús] permaneciera en la tumba. Tal como lo había prometido, el Padre rescataría a Jesús y lo resucitaría de entre los muertos. Esta verdad tiene un significado real en nuestra vida hoy en día.

Debido a nuestros muchos pecados, merecemos ser olvidados por siempre por nuestro Dios el Padre. Merecemos más que solamente la descomposición de nuestro cuerpo. Debíamos haber recibido La eternidad de sufrimiento en cuerpo y alma, en el infierno. Pero Dios nos salvó al enviar a su único Hijo Jesús, a sufrir por nosotros la muerte y el infierno.

Como hijos de Dios, nosotros también tenemos fe en nuestro Padre que está en los cielos. Al estudiar los Diez Mandamientos sabemos que no somos “santos”. Somos declarados como santos únicamente debido a lo que Jesús hizo por nosotros con su muerte y su resurrección. Ahora podemos estar seguros de lo mismo que Jesús estaba seguro: podemos vivir con esperanza porque Dios no nos dejará en la tumba. Nuestro cuerpo se pudrirá en la tierra después que muramos, pero en el último día Dios resucitará nuestro cuerpo y lo reunirá con nuestra alma. Entonces nuestro cuerpo será libre del pecado, nunca se podrirá. Por medio de la obra del Espíritu Santo sabemos que el sendero de la vida es por medio de Jesucristo.

Nuestro corazón se llena de alegría, y nuestra voz canta por estas bendiciones en alabanza a Dios. En verdad, ¡el Padre celestial ha hecho todo para nuestro bien eterno!

Padre celestial, creemos en tu soberanía todopoderosa y en tu gracia. Como prometiste, tú no dejaste a Jesús en la tumba sino que lo resucitaste de entre los muertos. A nosotros tampoco no nos dejarás en la tumba, porque nos has hecho santos por medio de Jesús. Que todas nuestras alabanzas sean para ti motivadas por las bendiciones que has derramado sobre nosotros. Amén.

Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones (Hechos 2:42).

LOS CREYENTES MOSTRAMOS AMISTAD UNOS A OTROS

¡La vida del pueblo de Dios está llena de alegría! Gracias a Dios tenemos la fe que nos dio el Espíritu Santo por medio de las sagradas Escrituras. Además podemos mostrar nuestra amistad a nuestros hermanos en la fe de muchas maneras y en diferentes oportunidades, y así mostrar la unidad de nuestra fe en Jesús.

Una manera en que mostramos junto con nuestros hermanos cristianos la unidad de fe es por medio de los servicios de alabanza al único Dios. En cada culto de adoración siempre confesamos nuestros pecados y después escuchamos las buenas nuevas de parte del pastor: Hijo, hija, tus pecados son perdonados. Elevamos nuestra voz en himnos de alabanza y agradecimiento a nuestro Dios-Salvador por la salvación que ha preparado para nosotros. Estamos seguros de que oiremos el mensaje de la palabra de Dios en las lecturas y el sermón, sin quedarnos desilusionados ni confundidos.

También, en los cultos hay un tiempo de oración en el cual, guiados por el Espíritu Santo, depositamos nuestras oraciones ante el trono de nuestro Dios todopoderoso. Pedimos la bendición de Dios por medio de su palabra para que, como buena semilla: eche raíz, crezca fuerte, y produzca fruto eterno. Pedimos la misericordia de Dios y oramos unos por otros. Le agradecemos a Dios por las muchas bendiciones que nos da en nuestra vida.

En el servicio dominical le llevamos nuestras ofrendas al Señor para mostrarle nuestro amor y gratitud y para apoyar su obra en nuestra comunidad y en el mundo. Al trabajar juntos, hacemos posible que la palabra de Vida se predique y se enseñe, en nuestras congregaciones y en todo el mundo a través de los misioneros.

También tenemos la oportunidad de participar en la Santa Cena, en la cual recibimos el cuerpo y la sangre de nuestro Salvador junto con el pan y el vino, como alimento espiritual. Por medio de este sacramento recibimos la seguridad personal de que todos nuestros pecados han sido perdonados. Nos alegramos al oír las palabras de Jesús: Mi cuerpo y sangre son dados a tí para el perdón de tus pecados.

La iglesia es un lugar donde disfrutamos del compañerismo cristiano con nuestros hermanos creyentes, así como los primeros cristianos lo hicieron en Jerusalén según Hechos capítulo 4. Los coros y las otras organizaciones de la iglesia, nos dan la oportunidad de compartir la alegría que es nuestra a través del evangelio.

Gracias Señor por los muchos creyentes que conocemos. Sigue otorgándonos la alegría de compartir el evangelio con nuestros hermanos en la fe y con otros, así como ellos la han compartido con el mundo a través de los siglos. Amén.

Entonces Felipe, descendiendo a la ciudad de Samaria, les predicaba a Cristo. La gente, unánime, escuchaba atentamente las cosas que decía Felipe, oyendo y viendo las señales que hacía, pues de muchos que tenían espíritus impuros, salían estos lanzando gritos; y muchos paralíticos y cojos eran sanados; así que había gran gozo en aquella ciudad. (Hechos 8:5-8)

ESCUCHE CON ATENCIÓN

¿Alguna vez alguien le ha dicho a usted que se calle durante el servicio en la iglesia? A lo mejor dijeron algo similar a este: “Escucha con atención lo que dice el pastor”.

El pueblo de Samaria escuchaba a Felipe con atención porque su mensaje le traía gran alegría. Los samaritanos también eran pecadores y no sabían qué pasaría con ellos después que murieran; por eso sentían miedo. Su conciencia, la vocecita efectiva, les decía lo que era correcto e incorrecto y ¡les advertía que tendrían que rendir cuentas de sus pecados ante Dios! Felipe les trajo el mensaje de esperanza a través de Jesús como su Salvador. Todos escuchaban atentamente cuando Felipe les enseñaba que Jesús era el Cristo, a quien Dios había prometido enviar al mundo, y que él pagó por los pecados de todos ellos con su muerte en la cruz. Esto significaba que ya no debían tener miedo a la furia ni al castigo de Dios, y por eso su corazón se llenó de alegría cuando se enteraron de que por medio de la fe en Jesús ya tenían el perdón completo. Por fin sentían paz en el corazón al saber que Jesús era como una puerta que los llevaba a la vida eterna en el cielo, donde disfrutarían de paz y de alegría por siempre.

Las buenas nuevas acerca de Jesús también llenan nuestro corazón de alegría y de Paz, aun cuando los pecados tratan de robarnos la felicidad. En momentos como estos, debemos escuchar el mensaje de los pastores y maestros cristianos de hoy, acerca del mensaje de Jesucristo. Solo Jesús puede quitar nuestra tristeza y nuestro temor, porque ya lo hizo al morir en la cruz como castigo por nuestros pecados. Al creer en Jesús, tenemos la misma alegría y paz que encontraron las personas de Samaria.

Podemos estar seguros de nuestra salvación debido a que hemos recibido la fe que viene por medio de la palabra de Dios. Durante el primer siglo de la iglesia cristiana, Dios permitió que Felipe y otros, hicieran milagros para que las personas no dudaran de lo que decían. Estos milagros les dieron alegría a los que habían sido sanados e hicieron que otros creyeran en el mensaje verdadero de parte de Dios.

Su pastor, igual que Felipe, les predica el mensaje de alegría y de paz que viene de Dios en cada sermón y estudio bíblico. Por eso, escuchen con atención ese maravilloso mensaje.

Amado Jesús, gracias por las buenas nuevas alentadoras del evangelio. Ayúdanos a seguir escuchando con atención a las personas que comparten el mensaje del evangelio con nosotros, para que sigamos viviendo en paz y alegría. Amén.

Pero había un hombre llamado Simón que antes ejercía la magia en aquella ciudad y que había engañado a la gente de Samaria haciéndose pasar por alguien importante. A este oían atentamente todos, desde el más pequeño hasta el más grande, y decían: “Este es el gran poder de Dios”. Estaban atentos a él, porque con sus artes mágicas los había engañado por mucho tiempo. Pero cuando creyeron a Felipe, que anunciaba el evangelio del reino de Dios y el nombre de Jesucristo, se bautizaban hombres y mujeres. También creyó Simón mismo, y después de bautizado estaba siempre con Felipe; y al ver las señales y grandes milagros que se hacían estaba atónito (Hechos 8:9-13).

JESÚS ES EL MÁS GRANDE

El mundo siempre ha estado lleno de personas que tienen la idea equivocada acerca de quiénes son ellos mismos. Durante la vida del profeta Jeremías en el Antiguo Testamento, Dios advirtió acerca de “profetas” que irían “profetizando mentira en mi nombre” (Jeremías 23:25). Dios quería que su pueblo Israel se mantuviera apartado de otras naciones, pero Satanás puso muchos falsos profetas en otras naciones y ellos apartaron al pueblo del verdadero Dios. Moisés como un profeta del Antiguo Testamento, le advirtió al pueblo de Israel que no practicara ni la brujería ni la magia.

Por todo aquello, no es ninguna sorpresa oír que Felipe, uno de los primeros siete diáconos de la iglesia, conociera a una persona como Simón. Lo que es más sorprendente es que este hombre llegó a creer en Jesús y fue bautizado. Antes de su conversión, a Simón era admirado por su gran poder y la gente tal vez llegó a pensar en él como un dios. Pero Simón supo que Jesús es el verdadero Dios, mucho más grande y poderoso que él. Piénsenlo de esta forma: Simón, un enemigo del evangelio, ¡llegó a la fe en Jesús! Este milagro debe haber animado a Felipe a hablarles a otras personas acerca de Jesús, para que ellos supieran que Jesús era el más grande y que él les daría bendición eterna.

Hoy en día hay muchos falsos maestros en el mundo, y también pueden presentarse a nosotros de diferentes maneras. Ellos aducen ser maestros del más grande, pero las Escrituras nos advierten: “Probad los espíritus si son de Dios, porque muchos falsos profetas han salido por el mundo” (1 Juan 4:1). ¿Acaso estos maestros hacen ver a Jesús como el más grande? ¿Hacen ver lo que hizo Jesús para pagar por todos los pecados del mundo? ¿Acaso nos hablan del gran sacrificio en la cruz para lograr nuestra salvación? ¿Es que enseñan que Jesús volvió a la vida al resucitar de la tumba? Estas son las preguntas que debemos hacerle a cualquier maestro religioso que escuchemos.

La verdad es que Jesús es el más grande y es todopoderoso. Lo más importante aún es que mostró su amor y misericordia hacia nosotros, cuando sufrió y murió en nuestro lugar, cuando todavía éramos pecadores impenitentes. Tenemos paz con Dios y vida eterna en el cielo, debido a lo que Jesús llevó a cabo por nosotros como el más grande.

Jesús, verdaderamente tú eres grande en poder y en amor. Tus: vida, muerte, y resurrección, nos demuestran lo grande que eres. Sigue protegiéndonos de los falsos maestros de este mundo para que no seamos privados de ver tu grandeza en el cielo. Amén.

Cuando los apóstoles que estaban en Jerusalén oyeron que Samaria había recibido la palabra de Dios, enviaron allá a Pedro y a Juan; los cuales, una vez llegados, oraron por ellos para que recibieran el Espíritu Santo, pues aún no había descendido sobre ninguno de ellos, sino que solamente habían sido bautizados en el nombre de Jesús. Entonces les imponían las manos y recibían el Espíritu Santo (Hechos 8:14-17).

LLEGA AYUDA A SAMARIA

¿Alguna vez ha necesitado ayuda cuando ha tenido problemas? ¿Recuerda qué contento se sintió cuando alguien fue a ayudarlo? Felipe, el obrero de la iglesia, en el país de Samaria que estaba cerca de Jerusalén, debió haberse sentido aliviado y contento cuando Pedro y Juan llegaron para ayudarlo. Ellos eran discípulos de Jesús y llegaron para ver el éxito de la obra evangélica en Samaria, y para mostrar que ellos pertenecían a la misma fe de los creyentes de allá. Probablemente también ayudaron a Felipe a aumentar el conocimiento cristiano de los nuevos creyentes. Por fin, ¡llegó ayuda a Samaria!

Mucho tiempo antes de que Pedro y Juan llegaran, había llegado la ayuda más grande, o sea, el Espíritu Santo, la tercera persona de la Trinidad. Fue el Espíritu Santo quien había obrado a través de la prédica de las buenas nuevas, para guiar a los samaritanos a la fe. También fue el Espíritu Santo quien dio a estos nuevos creyentes el poder que necesitaban para compartir el mensaje de Jesús con otros. Sin la ayuda del Espíritu Santo, nada de este trabajo se habría llevado a cabo.

Hoy esto también es verdad en la obra misionera. El éxito de nuestros esfuerzos misioneros no depende del número de pastores o misioneros que tengamos ni tampoco depende de lo bien que estos hombres prediquen, ni de los métodos que usan. Nuestro éxito es totalmente la obra del Espíritu Santo, porque “nuestra ayuda proviene de nuestro Señor que hizo el cielo y la tierra”, como dice el salmista.

Más tarde en el Nuevo Testamento, en el domingo de Pentecostés, el Señor envió al Espíritu Santo para que ayudara a la iglesia a llevar a cabo la obra dada por Jesús de hacer discípulos de todas las naciones. Nosotros, como Felipe, somos bienaventurados de poder ver a las personas que se bautizan y que crecen en la fe por causa del Espíritu Santo. También es el Espíritu Santo quien nos anima y nos fortalece, mientras seguimos en el camino que lleva a la vida eterna, y quien nos ayuda a guiar a otros por el mismo camino.

Hoy en día podemos decir: ¡Ha llegado ayuda! El Espíritu Santo llegó a nuestro corazón para darnos la fe en Jesús y en lo que él ha hecho por nosotros. Jesús: sufrió, murió, y resucitó de la muerte, para regalarnos el perdón de los pecados y la vida eterna. ¡Qué alegría y qué alivio, es tener la ayuda del Espíritu Santo en nuestra vida!

Señor, gracias por la oportunidad que nos das de compartir el evangelio con otras personas de este mundo. Sigue enviándonos el Espíritu Santo para que él siga ayudándonos a difundir tu palabra. La presencia del Espíritu Santo siempre será de alegría y de ánimo para nosotros. Amén.

Cuando vio Simón que por la imposición de las manos de los apóstoles se daba el Espíritu Santo, les ofreció dinero, diciendo: “Dadme también a mí este poder, para que cualquiera a quien yo imponga las manos reciba el Espíritu Santo”. Entonces Pedro le dijo: “Tu dinero perezca contigo, porque has pensado que el don de Dios se obtiene con dinero. No tienes tú parte ni suerte en este asunto, porque tu corazón no es recto delante de Dios. Arrepíentete, pues, de esta tu maldad y ruega a Dios, si quizás te sea perdonado el pensamiento de tu corazón, porque en hiel de amargura y en prisión de maldad veo que estás.” Respondiendo entonces Simón dijo: “Rogad vosotros por mí al Señor, para que nada de esto que habéis dicho venga sobre mí” (Hechos 8:18-24).

LOS PECADOS DE NOSOTROS LOS CREYENTES SON PERDONADOS

Es la siguiente frase verdadera o falsa: “No soy lo suficientemente bueno para ser miembro de la iglesia”. ¿Cómo contestó usted?

Nosotros mismos somos pecadores que no tenemos nada bueno dentro de nosotros para recibir la bondad que Dios nos muestra. Pero, ¿acaso Dios exige cierta cantidad de bondad de nosotros antes de que podamos ser miembros de una iglesia? ¡No! Si tuviéramos que ser buenos, nunca podríamos ser miembros de la iglesia. Es Jesús quien nos invita a todos nosotros a acercarnos a él por medio de la fe. Todos los que se arrepienten de sus pecados y creen en Jesucristo como su Salvador, reciben el perdón de todos sus pecados. Jesús ganó este perdón para nosotros cuando murió en la cruz y resucitó de entre los muertos. No importa cuántas veces hayamos pecado ni cómo hayamos pecado, Dios nos perdona todos esos pecados por el sacrificio de Jesús. Piense en esto: nosotros aún después de haber sido convertidos en creyentes, todavía pecamos. Cada día combatimos la tentación de pecar y algunas veces fallamos porque los creyentes no somos personas absolutamente perfectas. Sin embargo, Dios nos perdona debido a lo que Jesús hizo por nosotros en la cruz de Calvario.

Lucas, el escritor del libro de los Hechos, nos dice que Simón fue creyente pero tenía una fe débil. Todavía era pecador penitente, como todos, y era necesario que creciera en la fe con la ayuda del Espíritu Santo, igual que otros personajes de la Biblia. Por ejemplo, Dios reprendió a Moisés, el gran líder del pueblo de Dios en el Antiguo Testamento, porque no honró a Dios ante el pueblo de Israel. Además el gran rey David cometió adulterio y asesinato. El apóstol Pablo se llamaba a él mismo el más grande de los pecadores. Con estos tres ejemplos, se puede ver que todos pecamos, y que nuestros pecados son perdonados. Los creyentes que sienten pesar por sus pecados y creen en Jesús como su Salvador, reciben este perdón.

¿Qué pasó con Simón? ¿Acaso perdió su fe? Le pidió a Pedro que orara por él y le pidió que nada del juicio de Dios cayera sobre él. Solamente Dios sabía si Simón sentía pesar por su falta de querer pagar dinero para comprar el poder del Espíritu Santo.

¿Y qué hay de nosotros? ¿Podemos decir la misma oración de Simón? Sí, podemos. Moisés, el rey David, el apóstol Pablo, y muchos otros oraron lo mismo. Le pidieron a Dios que los perdonara cuando cayeron en el pecado. ¡Qué también esta sea nuestra petición!

Amado Jesús, cuando pecamos, sigue llevándonos a arrepentirnos de nuestros pecados y a Seguir creyendo en tí como nuestro Salvador. Otórganos las bendiciones eternas que tú has preparado para nosotros en el cielo. Amén.

HECHOS LA PALABRA DE DIOS SE PREDICA POR TODO EL MUNDO

Yendo por el camino llegaron a un lugar donde había agua, y dijo el eunuco: Aquí hay agua, ¿qué impide que yo sea bautizado? Felipe dijo: Si crees de todo corazón, bien puedes. Él respondiendo, dijo: Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios. Mandó parar el carro; y descendieron ambos al agua, Felipe y el eunuco, y lo bautizó. Cuando subieron del agua, el Espíritu del Señor arrebató a Felipe y el eunuco no lo vio más; y siguió gozoso su camino (Hechos 8:36-39).

ALÉGRESE DE ESTAR BAUTIZADO

El hombre del carro era el tesorero de la reina Candace del país de Etiopía en el África. Pero, a pesar de su: poder, autoridad, y posición, este señor no era feliz, porque no entendía la palabra de Dios que estaba leyendo. Todo el dinero y el poder que existían en el mundo no podían darle al hombre la felicidad duradera, pero con la ayuda de Felipe la encontró.

Esta parte del libro de los Hechos nos muestra cómo obra el Espíritu Santo en nuestro corazón y vida. Fue el Espíritu Santo quien arregló la reunión de este hombre de Etiopía con Felipe, cuando estaba leyendo el capítulo 53 de Isaías en el Antiguo Testamento. Fue el Espíritu Santo quien hizo posible que Felipe abriera la boca para compartir las buenas nuevas, y luego abrió el corazón del hombre para que aceptara la explicación de la profecía de Isaías. Por fin el Espíritu Santo guió al hombre de Etiopía a ser bautizado para el perdón de sus pecados. Ahora Dios fortaleció su fe.

¿Recuerda usted el bautismo de Jesús? Cuando Jesús fue bautizado, se abrió el cielo y el Espíritu Santo bajó sobre él en la forma de una paloma. Fue entonces cuando habló Dios el Padre acerca de Jesús y dijo: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia” (Mateo 3:17). Ahora estas mismas palabras se le podían decir al hombre de Etiopía. La sangre de Jesús lo limpió y lo purificó de todo pecado. Ahora por la fe él sabía que el Padre de Jesús era su propio Padre espiritual. Ahora él sabía que, debido a lo que Jesús había hecho, su Padre estaba complacido con él.

¿Se sintió triste el hombre de Etiopía porque el Espíritu Santo arrebató a Felipe? No, de ninguna manera. Este hombre sabía que ya tenía el regalo de la vida eterna a través de Jesús, y que era hijo de Dios. Felipe había desaparecido, pero el hombre se fue contento para hablarles a otros acerca de la felicidad que encontró.

Recuerde lo que Dios hace por usted que es pecador. Usted también es feliz por medio del bautismo, porque ya es hijo de Dios y miembro de su familia.

Amado Señor, gracias por limpiarme de mis pecados en el bautismo. Por medio de Jesús nos has regalado la vida eterna en el cielo. Sigue llenando nuestro corazón con esta alegría. Amén.

Dios envió mensaje a los hijos de Israel, anunciando el evangelio de la paz por medio de Jesucristo; este es Señor de todos (Hechos 10:36).

PAZ VERDADERA

Algunos esposos y esposas discuten y pelean entre ellos. Algunas personas no hablan con sus vecinos porque no les gustan. Desafortunadamente lo que sucede entre los individuos en la sociedad, es también lo que sucede entre las naciones del mundo, y como resultado, estos países envían ejércitos a hacer la guerra contra sus vecinos. De esta forma hay guerra y no hay paz. Mucha gente muere.

La paz es algo difícil de encontrar y de mantener en esta vida. Todos quisiéramos la paz: en nuestro matrimonio, en nuestra familia, y en nuestra nación. Aunque tenemos el deseo de la paz, en nuestra vida en este lado del cielo nunca tendremos la paz perfecta. ¿Por qué no? No tendremos paz debido al pecado y porque por lo común los pecadores ponemos nuestras propias necesidades y deseos antes que las de los demás.

La paz verdadera: ¿existe algo así? Sí, ¡claro que existe! El apóstol Pablo habla de las buenas nuevas de paz en nuestra lectura de las Escrituras. Esta paz es la que se encuentra entre Dios y su pueblo por medio de Jesús. Piense en esta paz. ¡Tener paz con Dios es la mayor bendición que podemos tener! Tener a Dios como nuestro amigo y no como enemigo es maravilloso. Es una gran bendición que Dios nos sonría. No queremos que Dios esté enojado con nosotros. Tenemos la alegría de saber que Dios no nos rechazará; más bien, nos da la bienvenida en sus brazos. Esta bendición trae la paz verdadera.

El apóstol Pedro quiere que conozcamos esta paz y quiere que nos aferremos a esta paz, que llega solamente por medio de Jesucristo. Por nosotros mismos, no podríamos hacer la paz con Dios porque somos pecadores. Sin embargo, Jesús hizo por nosotros lo que nosotros no podíamos hacer cuando Dios cargó sobre él todos los pecados del mundo. Jesús fue castigado por los pecados de todo el mundo, cuando murió en la cruz del Calvario y de esta manera cumplió con los términos de paz del acuerdo con Dios. Jesús firmó ese acuerdo de paz con su propia sangre que derramó en la cruz.

Solamente Jesús podía hacer esto porque él es el “Señor de todo”. Solamente él podía pelear con Satán y ganar la batalla. Solamente la sangre santa y preciosa de Jesús, el único hijo de Dios, podía comprar para nosotros el perdón de todos los pecados. Solamente su gloriosa resurrección de entre los muertos, podía asegurar la victoria sobre la muerte y sobre la tumba.

Ahora tenemos muchas grandes bendiciones debido a esta paz. En su epístola a los Romanos, el apóstol Pablo las describe de esta manera: “Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo” (Romanos 5:1). Ahora ya no vivimos con temor a Dios ni tampoco tenemos miedo de ver una tumba. ¡Somos redimidos y perdonados, y estamos en paz con Dios! De veras ¡estas son buenas noticias!

Padre celestial, gracias por darnos la paz del corazón y de la mente, debido a tu paz salvadora. Amén.

Dios ungió con el Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret. (Hechos 10:38)

JESÚS FUE UNGIDO CON EL ESPÍRITU SANTO Y CON PODER

En tiempos del Antiguo Testamento a las personas se les apartaba para el servicio a Dios al ser ungidas con aceite. Por ejemplo, cuando el pueblo de Israel quiso un rey, Dios ordenó al profeta Samuel que ungiera a un hombre llamado Saúl para que fuera el primer rey de Israel. Samuel lo ungió al verterle aceite en la cabeza y así Dios podría decir: “Te he escogido para que me sirvas”. Lo mismo sucedió con Aarón cuando él fue ungió como el primer sacerdote de Israel, al verterle aceite sobre la cabeza.

En el bautismo de Jesús, Dios lo convirtió en su siervo especial. Sin embargo, no lo ungió con aceite en la cabeza sino usó algo que es mucho más valioso: Ungió a Jesús con el Espíritu Santo. Cuando Dios hizo esto, hizo más que decir: “Este es el Salvador a quien prometí enviar”. También le dio a Jesús el poder que necesitaría para llevar a cabo su obra como el Salvador del mundo. Pero, ¿por qué necesitaba Jesús este poder? Jesús es verdadero Dios. Él tiene todo poder en el cielo y en la tierra.

Es cierto que Jesús es verdadero Dios y por eso no necesitaba ayuda. Sin embargo, para ser nuestro Salvador también era necesario que fuera verdadero hombre para poder tomar nuestro lugar y morir por nuestros pecados. Entonces, motivado por su amor y por corto tiempo, puso de lado el uso completo de sus poderes divinos. Así pudo: llevar nuestras debilidades humanas, enfrentar el hambre y la tentación, y sentir dolor. Enfrentó la tentación, y no es fácil vencer la tentación. No es fácil sufrir y morir por los pecados de todas las personas. Sin embargo, esto es lo que Jesús vino a hacer y por esta razón Dios le dio el poder de su Espíritu Santo. Con ese poder, Jesús tuvo la fuerza que necesitaba para llevar a cabo su obra redentora según su naturaleza humana.

Padre celestial, gracias por darle a Jesús el poder y el Espíritu Santo. Ayúdanos a seguir permaneciendo seguros del perdón de los pecados y de la vida eterna que él ha ganado para nosotros. Amén.

Sabéis...cómo Dios ungió con el Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret, y cómo este anduvo haciendo bienes y sanando a todos los oprimidos por el Diablo, porque Dios estaba con él (Hechos 10:38).

JESÚS NOS LIBRA DEL PODER DEL DIABLO

En tiempos del Antiguo Testamento, muchos invasores extranjeros atacaron al pueblo de Israel. Pero Dios siempre estaba allí para ayudarlos y, en su misericordia, enviaba a hombres que vencieron a los enemigos de Israel. En cierta ocasión, Dios llamó a un hombre llamado Gedeón para que sacara a los madianitas. Más tarde Dios envió a: Samuel, Saúl, y David, para que liberaran al pueblo de Dios de los filisteos.

Cuando Dios ungió a Jesús como su siervo especial, lo envió en una misión especial para salvarnos de nuestros pecados. Sin embargo, quien gobernaba en nuestra vida era mucho más poderoso que cualquier nación pagana. Dios ungió a Jesús para salvar a todas las personas del poder del diablo.

El diablo tentó a Adán y a Eva a desobedecer a Dios, y a través de ellos todas las personas nacemos pecadoras. Es verdad que usted y yo nacimos, como esclavos en el reino del diablo porque, por la naturaleza pecaminosa que mora dentro de nosotros, el único deseo que teníamos era servir al Diablo. Con nuestra propia fuerza no podíamos librarnos nosotros mismos del poder gobernante del diablo. Pero, como nos lo dice la Biblia, Dios envió a Jesús para que nos librara del poder de Satanás. Al ejercer su ministerio público: Jesús sanó a los enfermos, les devolvió la vista a los ciegos y, dondequiera que fue Jesús, el poder del diablo fue vencido con el poder de Dios a través de Jesús. Además Jesús llevó la vida perfecta como nuestro sustituto.

Sin embargo, Jesús fue mucho más allá de llevar la vida perfecta. Jesús fue a la cruz por nosotros y así aplastó el poder del diablo. Dios dio la profecía al diablo que Jesús iba a hacer esto en Génesis 3:15. Dijo que Jesús sería herido pero que obtendría la victoria sobre el diablo. Esto es la promesa que hizo Dios a Adán y a Eva, después de que cayeron en el pecado. Por esto, cuando Jesús nos libró del poder del diablo, cumplió su misión y propósito como el Ungido de Dios.

Señor Jesús, toda alabanza sea a ti por librarnos del poder del diablo. Amén.

De este dan testimonio todos los profetas, que todos los que en él crean recibirán perdón de pecados por su nombre (Hechos 10:43).

EN JESÚS SE ENCUENTRA EL PERDÓN

Dios perdona a los pecadores debido a lo que Jesús ha hecho por nosotros. Esta verdad les da consuelo a los que se arrepienten de sus pecados y de haber ofendido a Dios con el mal que hicieron. Es cierto, sin el perdón de Dios estaríamos perdidos y sin ninguna esperanza.

El apóstol Pedro habló con un hombre llamado Cornelio y con todas las personas que se reunieron en su casa. Pedro les contó acerca de: la vida de Jesús, su muerte, y su resurrección de entre los muertos, y ellos escucharon con mucha atención, porque Pedro quería asegurarse de que estas personas supieran que Jesús era el cumplimiento de las profecías del Antiguo Testamento.

Los profetas del Antiguo Testamento escribieron acerca de Jesús y del perdón que él iba a dar. Por ejemplo, así el profeta Isaías escribió acerca de Jesús: “Mas él fue herido por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados. Por darnos la paz, cayó sobre él el castigo, y por sus llagas fuimos nosotros curados” (Isaías 53:5). El profeta Jeremías hizo ver a Jesús cuando proclamó: “Perdonaré la maldad de ellos y no me acordaré más de su pecado” (Jeremías 31:34). Por fin el profeta Miqueas habló acerca de la promesa de Dios de perdonar los pecados al escribir: “Él volverá a tener misericordia de nosotros; sepultará nuestras iniquidades y echará a lo profundo del mar todos nuestros pecados” (Miqueas 7:19). Es verdad de que por siglos las promesas de Dios acerca de Jesús se encontraron en el Antiguo Testamento, y en el Nuevo Testamento Jesucristo cumplió todas ellas.

Piense en la alegría que sintieron Cornelio y los otros que estaban en su casa. Ellos no eran judíos, o sea, parte del pueblo de Israel, el pueblo escogido por Dios. Sin embargo, Pedro les aseguró que el perdón de Dios a través de Jesucristo pertenecía a ellos también. Después, leemos que Cornelio y los otros, fueron bautizados con agua y con la palabra de Dios. Más y más personas que no eran judías fueron convertidas en creyentes. Las buenas nuevas acerca de Jesús se enseñaron en todas partes y fueron aceptadas por muchas razas.

El perdón de Dios marca una gran diferencia en nuestra vida. ¿Lleva usted una carga pesada debido a los pecados del pasado en su vida? ¿Se siente aplastado por el temor y por la preocupación debido a sus pecados? Recuerde que en Jesucristo hay perdón. ¿Se le hace a usted difícil perdonar a: su esposo o esposa, un vecino o alguien con quien usted trabaja, debido a algo que ellos dijeron o hicieron y que lo lastimó? Recuerde que en Jesucristo hay perdón. Dios le perdona todos sus pecados. Él también le da a usted el poder de perdonar a otras personas. Este perdón se encuentra en Jesús.

Padre celestial, gracias por perdonarme todos mis pecados. Por favor, sigue dándome la voluntad de perdonar a otras personas cuando me lastimen. Amén.

Nosotros también os anunciamos el evangelio de aquélla promesa hecha a nuestros padres, la cual Dios nos ha cumplido a nosotros, sus hijos, resucitando a Jesús; como está escrito también en el salmo segundo: “Mi hijo eres tú, yo te he engendrado hoy”. Y en cuanto a que lo levantó de los muertos para nunca más volver a corrupción, lo dijo así: “Os daré las misericordias fieles de David”. Por eso dice también en otro salmo: “No permitirás que tu santo vea corrupción” (Hechos 13:32-35).

NOS SENTIMOS CONTENTOS CUANDO DECIMOS LA VERDAD

En un himno cristiano cantamos: “¡Yo sé que mi Redentor vive!” Qué consuelo y alegría les da esta oración a los cristianos. Decimos abiertamente la verdad de que Jesús está vivo, y porque él vive, nosotros también viviremos. Pero, ¿cómo sabemos que esto es verdad? Porque la palabra de Dios nos dice que es verdad. Nos alegra compartir con las personas de este mundo el mensaje salvador acerca de la resurrección de Jesús.

Pero, ¿escucharán las personas de este mundo lo que les decimos? ¿Es todavía hoy bueno para nosotros, este mensaje que ya tiene dos mil años? El apóstol Pablo quien escribió las palabras del texto arriba, puede haberse preguntado acerca de las palabras que citó del rey David en el Salmo 16. ¿Creería la gente el mensaje de Pablo? Estas palabras eran parte de los servicios de los judíos en el templo. ¿Creería la gente que Jesús cumplió estas palabras con su resurrección?

Si estos pensamientos de duda entraron en la mente de Pablo, uno no lo podría saber por lo que escribió. Pablo salió de la isla de Chipre del mar Mediterráneo y ahora escribía una carta a la gente de la ciudad de Antioquía en lo que hoy día es el país de Turquía. A estas personas de Antioquía les explicó las buenas nuevas acerca de Jesús. ¿Cómo se lo dijo? Primero, les enseñó las profecías del Antiguo Testamento, y después, les mostró la manera en que Jesús cumplió cada uno de ellas con su: vida, muerte, y resurrección. Además el apóstol Pablo citó: los salmos 2 y 16, y el capítulo 56 de Isaías, para comprobar que la resurrección de Jesús de entre los muertos era parte del plan de Dios para salvar a toda la humanidad. Pablo dijo sencillamente la verdad y después de eso, el Espíritu Santo llevó a cabo su obra.

El evangelio, o la buena nueva, es tan antiguo como lo que sucedió en el huerto del Edén al principio del mundo. En este jardín Dios prometió que vendría el Salvador al mundo. Para nosotros esta promesa se cumplió con: el nacimiento de Jesús, su vida, muerte, resurrección, y su ascensión al cielo hace dos mil años. Sin embargo, hoy este mensaje es válido e importante para nosotros porque es un mensaje lleno de poder. Seguirá siendo válido para la gente de este mundo porque todos somos pecadores. Todavía hay alegría en nuestro corazón cuando hablamos acerca de la verdad del perdón de los pecados y de la vida eterna en el cielo, debido a lo que hizo Jesús. Entonces, nos sentimos gustosos al compartir el mensaje acerca de Jesús, igual que el apóstol Pablo. Cuando les hablamos a otros acerca de Jesús, el Espíritu Santo obra la fe salvadora en el corazón de las personas.

Amado Señor, ayúdame a seguir diciendo valientemente las buenas nuevas acerca de Jesús para que el Espíritu Santo siga llevando a cabo su obra a través del mismo mensaje. Amén.

Después de anunciar el evangelio a aquella ciudad y de hacer muchos discípulos, volvieron a Listra, Iconio y Antioquia, confirmando los ánimos de los discípulos, exhortándolos a que permanecieran en la fe y diciéndoles: “Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios” (Hechos 14:21,22).

PASAR POR TRIBULACIONES TRAE BENDICIONES

La vida del apóstol Pablo está llena de muchos momentos emocionantes. Por ejemplo, cuando lo invitaron a quedarse por algunos días para compartir la palabra de Dios, mucha gente creyó el mensaje. Por el otro lado, recordamos los tiempos en el ministerio de Pablo que no fueron tan agradables. Hubo días en que: se sentía abatido, lo apedrearon, la gente se burlaba de él al enseñar la palabra de Dios, y sufrió el naufragio y apenas sobre vivió la tragedia. Pero lo peor fue cuando la gente no le creía y lo perseguía para matarlo. ¡Qué momentos tan terribles fueron esos!

Lo que le sucedió al cuerpo y a la vida de Pablo no fue lo más importante sino que hubo algunas personas que sí creyeron su mensaje, de que eran salvados por la fe en Jesucristo. Hubo aquellos cuya fe fue fortalecida por las enseñanzas de Pablo. La gracia de Dios, o sea, el amor que no merecemos, fue mostrada de una manera brillante como el sol en medio de todos los problemas que él tenía. Nunca escuchamos que Pablo se quejara ni que pensara por qué tengo que sufrir todos los golpes que me propinan los enemigos del evangelio. Pero sí oímos que dijo: “Debo pasar por muchos tiempos difíciles para entrar en el reino de Dios”.

Pablo tampoco dijo que por medio los tiempos difíciles obtendría un lugar en el reino de Dios. Jesús nos abrió el camino para entrar al reino de Dios: al guardar la ley por nosotros, al sufrir el castigo que merecemos, y al morir en la cruz. Después de los tres días en la tumba, Jesús resucitó de entre los muertos para darnos la seguridad de que viviremos con él en el cielo para siempre. Pablo quería que los que lo escuchaban (y esto incluye a nosotros también) supieran que van a pasar por tribulaciones en esta vida. Piense en el miedo que en los tiempos de Pablo sentían los novatos a la fe. Habían llegado a la fe; sin embargo, veían que los misioneros de Dios eran expulsados del pueblo y casi los mataban. Probablemente ellos pensaban que no querían enfrentar esos problemas por causa del nombre de Jesús.

Todos los cristianos deben saber que los problemas pueden ser parte de la vida aquí en la tierra. Puede ser que tengamos que renunciar a las cosas que poseemos debido a que creemos en Jesús como nuestro Salvador. Puede ser que perdamos a algunos de nuestros amigos porque no vivimos como antes. Puede ser que perdamos el trabajo debido a que ponemos las reglas de Dios por encima de los que trabajan con nosotros. Puede ser que nos consideren fanáticos debido a que creemos que la Biblia es la palabra de Dios. Pasar por todas estas tribulaciones nos trae muchas bendiciones. Nuestra vida cristiana será un ejemplo para otros y nuestras palabras podrán guiar a otros a creer en Jesús.

Amado Señor, sigue ayudándonos a amarte en medio de las tribulaciones que puedan llegar a nuestra vida. Sigue haciendo que tengamos la voluntad de compartir tu palabra aun cuando los incrédulos se burlen de nosotros y nos lastimen. Amén.

Él entonces pidió una luz, se precipitó adentro y, temblando, se postró a los pies de Pablo y de Silas. Los sacó y les dijo: “Señores, ¿qué debo hacer para ser salvo?” Ellos dijeron: “Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo tú y tu casa” (Hechos 16:29-31).

UN MENSAJE PARA TODOS LOS TIEMPOS

Un terremoto despertó al carcelero de Filipos. Estaba lleno de temor porque las puertas de la cárcel estaban abiertas y pensaba que muchos prisioneros habían escapado. Él sabía que si un prisionero se lograra escapar, sería castigado con la muerte. Por eso el carcelero sacó su espada y estaba al punto de suicidarse. En ese mismo momento, el apóstol Pablo gritó desde la parte más profunda de la cárcel: “Todos estamos aquí”.

El carcelero pidió una lámpara para examinar la celda y vio que todos los prisioneros todavía estaban allí. Sin embargo, el carcelero estaba muy preocupado por su conciencia que lo atormentaba. Estaba buscando el significado del terremoto y al fijarse en la mirada del apóstol Pablo y Silas, el compañero de Pablo, les hizo la pregunta más importante que puede hacer una persona: “¿Qué debo hacer para ser salvo?” Pablo no le explicó: “Haz esto”, sino dijo: “Cree”. Esta verdad nunca cambia. Confía en el Señor Jesús. Confía en lo que dijo Jesús desde la cruz: “Consumado es”, cuando hablaba acerca de tu salvación y de la salvación de todas las personas de todo tiempo.

El carcelero y su familia, oyeron este mensaje en el momento correcto cuando más lo necesitaban. El Señor puso a Pablo y a Silas en la cárcel, por la sencilla razón de dar testimonio al carcelero y a su familia. Lo que les sucedió a ellos nos recuerda que Dios siempre está al control de nuestra vida. Pone a las personas en el lugar apropiado para compartir el mensaje de las buenas nuevas acerca de Jesús y, por medio de los miembros de la iglesia cristiana, Dios hace conocer el mensaje: “Por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios. No por obras, para que nadie se gloríe” (Efesios 2:8,9).

Amado Jesús, sigue en el lugar apropiado en el momento correcto para poder contarles a otros acerca de tu amor a través de Jesucristo. Amén.

Y le hablaron [Pablo y Silas] la palabra del Señor a él [el carcelero] y a todos los que estaban en su casa. Él, tomándolos en aquella misma hora de la noche, les lavó las heridas, y en seguida se bautizó con todos los suyos. Luego los llevó a su casa, les puso la mesa y se regocijó con toda su casa de haber creído a Dios (Hechos 16:32-34).

EL EVANGELIO CAMBIA EL CORAZÓN Y LA VIDA

¡Un gran cambio sucedió en el corazón y en la vida del carcelero de Filipos! El miedo al terremoto y La conciencia atribulada fueron reemplazados con la alegría de ser salvo. Cuando llegó el momento apropiado, los dos hombres, Pablo y Silas, “le hablaron la palabra del Señor a él” y compartieron el mensaje de la salvación con el carcelero y su familia en la cárcel a la medianoche. Esa misma noche, por medio de la palabra de Dios y del Santo Bautismo, el Espíritu Santo les aseguró del perdón de sus pecados y la salvación eterna por medio de Jesucristo.

Tenemos la seguridad de que Dios bendecirá nuestro mensaje a otros acerca de Jesús. Pablo y Silas siguieron el mandato de Jesús que se encuentra en Mateo 28:18-20 al enseñar con fidelidad las enseñanzas de Jesús y al bautizar a los que creyeron.

Todos los otros apóstoles llevaron a cabo su ministerio al enseñar y bautizar también. Años después el apóstol Pedro nos animaría a "[estar] siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia" (1 Pedro 3:15).

¡Qué cambio tuvo lugar en el corazón del carcelero! Cuando Pablo y Silas fueron echados en la celda, al carcelero no le interesaron sus heridas. Ahora su nueva fe lo llenó de compasión y de alegría. Fue el poder del evangelio lo que produjo este cambio y estos frutos de la fe.

Jesús nos ha dado el evangelio también para compartirlo. Contémosle las buenas nuevas a las personas que conocemos. Digámosles que Jesús les dará la vida eterna.

Espíritu Santo, llena mi corazón de alegría y mi boca con el mensaje de la salvación. Amén.

LAS BUENAS NUEVAS SE ESPARCEN POR TODO EL MUNDO *HECHOS*

Pablo, como acostumbraba, fue a ellos, y por tres sábados discutió con ellos, declarando y exponiendo por medio de las Escrituras que era necesario que el Cristo padeciera y resucitara de los muertos. Y decía: “Jesús, a quien yo os anuncio, es el Cristo” (Hechos 17:2-3).

EL MENSAJE ACERCA DE JESUCRISTO ES LA BUENA NUEVA

No se nos dice cuanto tiempo estuvo Pablo predicando acerca de Jesús en las ciudades de Tesalónica y Berea, en lo que hoy en día es Grecia. Pero sí sabemos que pasó por lo menos tres semanas en la ciudad de Tesalónica porque las palabras de la Biblia del principio de esta meditación nos informan: “Por tres sábados discutió con ellos”. La palabra de Dios que estudiamos hoy nos dice que la prédica y las enseñanzas de parte de Pablo fueron acerca de Jesucristo, o sea, las buenas nuevas.

Pablo explicó y probó con las Escrituras que Jesucristo tenía que: sufrir, morir, y resucitar el tercer día. El mostró la manera en que las profecías del Antiguo Testamento se cumplieron en Jesús y posiblemente mencionó las palabras del profeta Isaías que escribió: “Jehová quiso quebrantarlo, sujetándolo a padecimiento” (Isaías 53:10). Pablo puede haber hablado de las palabras de Isaías cuando profetizó que el Cristo viviría después de su sufrimiento: “Después de su sufrimiento, verá la luz y quedará satisfecho” (Isaías 53:11, NVI). Después Pablo les escribió a los cristianos de la ciudad de Corinto y dijo: “Me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a este crucificado” (1 Corintios 2:2). Este es el mensaje que también nos llega a nosotros hoy en día y son las buenas nuevas acerca de lo que Jesucristo hizo por nosotros. Este mensaje nos da la fe y la esperanza.

La Biblia tiene muchas historias maravillosas acerca de personas y de lo que hicieron. Sin embargo, la parte más importante de la Biblia nos dice lo que Jesús hizo durante su vida y su ministerio público. Él sufrió por nosotros y nos dio la vida eterna en el cielo. El apóstol Juan escribe en su evangelio: “Estas [las Escrituras] se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre” (Juan 20:31).

Cuando leamos la Biblia, que siempre veamos a Jesús, como el mensaje principal de las Escrituras y como nuestro Salvador personal. Él es quien nos trae, por medio de la fe en él, el perdón de todos nuestros pecados y la vida eterna.

Amado Señor Jesús. Haz que mi mente y mi corazón siempre miren la cruz donde tú moriste para quitar mis pecados. ¡Qué tu evangelio siga creciendo en mi corazón por medio de la fe en tí como mi Salvador! Amén.

HECHOS LAS BUENAS NUEVAS SE ESPARCEN POR TODO EL MUNDO

Inmediatamente, los hermanos enviaron de noche a Pablo y a Silas hasta Berea. En cuanto llegaron, entraron en la sinagoga de los judíos. Estos eran más nobles que los que estaban en Tesalónica, pues recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así. Muchos de ellos creyeron, y de los griegos, mujeres distinguidas y no pocos hombres (Hechos 17:10-12).

EL EVANGELIO SE DIFUNDE POR MEDIO DE LA PRÉDICA

Una vez más vemos cómo Pablo llevó a cabo la obra misionera en Grecia. Después de que Pablo y Silas su ayudante, dejaron la ciudad de Tesalónica, llegaron al pueblo de Berea donde buscaron la sinagoga judaica. (La sinagoga es el lugar de adoración para los judíos.) Allí predicaron acerca de Jesucristo al usar las Escrituras del Antiguo Testamento, o sea, la palabra de Dios. Las personas de Berea que escucharon a Pablo, estudiaron las Escrituras con cuidado para ver si Pablo y Silas les decían la verdad, y de esta forma muchas llegaron a creer en Jesucristo como su Salvador. ¿Cómo fue posible todo esto? Fue el Espíritu Santo quien les aseguró por medio de las mismas Escrituras que lo que Pablo predicaba era realmente la verdad. En la realidad el Espíritu Santo llega a nosotros en la misma manera al plantar la fe en Jesús en nuestro corazón, a través de la prédica y el estudio de la palabra de Dios.

Nuestra fe en Jesús no ocurre por: algo que hagamos, o digamos, ni por que hayamos hecho alguna buena obra o porque seamos buenos. La fe en Jesús llega a través de compartir las buenas nuevas acerca de Jesús. El apóstol Pablo escribió lo siguiente para ayudar a los romanos a entenderlo: “Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios” (Romanos 10:17). Cuando se predica el mensaje acerca de Jesús, Dios lleva la fe a nuestro corazón y fortalece esa fe en Jesús como nuestro Salvador. Pero es la prédica acerca de Jesús la que produce la fe.

Los de Berea “[escudriñaron] cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así”. ¡Qué ejemplo para nosotros! Si queremos saber si lo que se nos predica es lo mismo que Dios escribió en las Escrituras, hay que compararla con la Biblia. Cualquier enseñanza que no esté de acuerdo con la palabra de Dios puede dañar nuestra fe en Jesús y por eso hay que tener cuidado de distinguir entre la buena doctrina y la falsa. Cuando se predica fiel y correctamente la palabra de Dios, sabemos que nuestra fe se fortalece y podemos regocijarnos que nuestros pecados han sido perdonados a través de Jesucristo, nuestro Salvador.

Amado Señor Jesús, sigue haciendo que nos aseguremos que las palabras que se nos predicán en la iglesia sean verdaderamente la palabra de Dios. Por medio de esa palabra sigue obrando en mi corazón para que yo siga creyendo y siendo fortalecido en mi fe. También sigue ayudándome a recibir tu palabra con alegría. Amén.

Yo ciertamente había creído mi deber hacer muchas cosas contra el nombre de Jesús de Nazaret; lo cual también hice en Jerusalén (Hechos 26:9-10).

LA LUZ BRILLA EN NUESTRO CORAZÓN

Las palabras de Jesús son la luz brillante para los que están atrapados y muertos en la oscuridad del pecado. Esta luz sirve para recordarnos que somos libres, y para guiarnos en nuestra vida diaria. El Salmo 119:105 nos dice: “Lámpara es a mis pies tu palabra y lumbrera a mi camino”. Los creyentes no tienen que preguntarse de qué manera agradar al Señor. Ellos saben que Jesús quitó el castigo de nuestro pecado y pagó nuestra deuda espiritual con Dios Padre cuando murió en la cruz. Ahora la tumba vacía de Jesús es una antorcha para probar esta verdad y para guiarnos en la vida al seguir las palabras de Jesús.

Pero nuestra vida no siempre ha sido feliz. Igual que el apóstol Pablo, nosotros éramos pecadores impenitentes desde que nacimos y queríamos seguir nuestros propios deseos y pensamientos. Como el apóstol Pablo, antes pensábamos que era bueno estar contra Jesucristo y su palabra. Tal vez usted no se acuerda de esa época de su vida, pero antes de tener la fe en Jesús y de ser bautizado, usted iba camino al infierno.

¡La misericordia y la gracia de Dios son grandes! Cuando todavía éramos enemigos de Dios, él envió a Jesús para que nos sacara de la oscuridad y de la incredulidad. Dios aseguró que nuestros pecados estaban perdonados al resucitar a Jesús de entre los muertos. La luz del perdón de Dios, por medio de su palabra y los sacramentos, ha brillado en nuestro corazón. Ahora somos amigos de Dios, no sus enemigos, y queremos servirle con amor y alegría.

Todopoderoso Dios, gracias por tu misericordia y por tu gracia. Por medio de Jesús ahora somos tus amigos. Ayúdanos a seguir llevando nuestra vida en la luz de tu amor. Amén.

Pablo, siervo de Jesucristo, llamado a ser apóstol, apartado para el evangelio de Dios, que él había prometido antes por sus profetas en las santas Escrituras (Romanos 1:1-2).

ALÉGRESE, LAS ESCRITURAS SE HAN CUMPLIDO

¿No es maravilloso que durante miles de años la gente hubiera estado en espera del cumplimiento de las profecías del Antiguo Testamento? Poco tiempo después de que Adán y Eva pecaron, Dios prometió enviar el Salvador, y luego repitió esta promesa a otros. Por ejemplo, le dijo a Abraham que todas las naciones serían bendecidas por medio de él. Después, repitió la promesa al rey David, que uno de sus descendientes se sentaría en su trono por siempre. Por medio del profeta Isaías, Dios predijo que el Salvador nacería de una virgen. Y por fin, el profeta Miqueas escribió que el Salvador nacería en Belén. ¡Qué alegría es saber que todas estas profecías así como muchas otras se cumplieron con el nacimiento de Jesús!

No solamente debemos ver cuán maravilloso es ver que estas profecías se hayan cumplido. Fijemos nuestros pensamientos en las palabras que el ángel les dijo a los pastores que estaban en las colinas de Belén: “Os doy nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo: que os ha nacido hoy en la ciudad de David, el Salvador, que es Cristo el Señor” (Lucas 2:11). Estas palabras son buenas noticias en cuanto al Salvador prometido. Este niño, Jesús, nació para un propósito especial de vivir y morir en nuestro lugar. ¡Qué maravilla que Dios cumplió su promesa de enviarnos el Salvador después de tanto tiempo!

Ahora también podemos confiar en Dios cuando dice: “Tus pecados te son perdonados. Tú eres mi hijo y heredero del cielo donde he preparado un lugar para tí. Volveré y te llevaré al cielo donde no hay: muerte, ni llanto, ni enfermedad, ni dolor.”

Alégrese de que Dios haya prometido y haya cumplido su promesa de enviar el Salvador. Alégrese porque su promesa de perdón por medio de Jesucristo, ahora pertenece a usted.

Padre celestial, gracias por las buenas nuevas del Salvador. Me consuela saber que Jesús: nació, vivió, y murió, por mí. Sigue ayudándome a recordar que debido a tu promesa de enviar el Salvador, puedo tener la seguridad de que cumplirás con todas tus promesas. Amén.

Fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación (Romanos 4:25).

LA VICTORIA DE JESÚS ES NUESTRA VICTORIA

Las personas que ven un partido de fútbol se alegran cuando gana su equipo y muchos que ven el juego se apoderan de la victoria como si ellos mismos hubieran jugado. No obstante, en realidad sólo el equipo que jugó puede reclamar la victoria. Los que miraban, solamente animaron al equipo y le dieron su apoyo. En cambio, cuando una nación entra en guerra con otro país y gana, los ciudadanos tienen el derecho de reclamar la victoria, porque todos trabajaron duro e hicieron sacrificios para obtenerla.

¿Quién puede reclamar la victoria sobre el pecado y la muerte? Pablo nos dice que es Jesucristo y solamente él, puesto que él cargó con nuestros pecados y murió por ellos. Después de tres días, Jesús fue resucitado para nuestra justificación, es decir, Dios nos declara inocentes y perdonados, debido al sacrificio de Jesús en la cruz. Él reestableció la relación correcta entre Dios y nosotros, por su obra redentora. Cuando Dios resucitó a su Hijo, fue para declarar al mundo que él estaba satisfecho con el sacrificio de su Hijo porque había hecho todo lo necesario para quitar nuestro pecado. Y lo más bonito de todo es que recibimos la victoria sobre el pecado debido a lo que Jesucristo hizo por nosotros.

Al principio, la victoria sobre el pecado no parecía ser nuestra por causa de los enemigos de Jesús. Por ejemplo, ellos llevaron a Jesús a un juicio viciado, lo acusaron de proclamarse rey, y lo golpearon. Los soldados le pusieron una corona de espinas en la cabeza y luego lo crucificaron en una colina llamada Calvario. Cuando estaba muriendo en la cruz, nadie lo animó en su victoria. En vez de esto, sus enemigos se burlaron de él. Pero cuando Jesús resucitó de entre los muertos, el grito de victoria se hizo más y más fuerte hasta que se oye en todo el mundo. Ahora los creyentes, o cristianos, le cantan alabanzas a Jesús por su gran victoria sobre: la muerte, el diablo, y el pecado.

Esta es la razón para nuestra celebración de victoria: en el domingo de Pascua, y en todos los domingos, y todos los días. No celebramos lo que nosotros hicimos sino lo que el Hijo de Dios, quien se hizo Hombre, logró por nosotros. Ahora la victoria de Jesús se convirtió en nuestra propia victoria por medio de la fe en él, como nuestro Salvador.

Las victorias de los reyes terrenales son alabadas y después son olvidadas igual que los campeonatos del fútbol. Pero el poder de la palabra de Dios hace que las personas canten alabanzas a Jesús ahora y en el cielo y para siempre.

Cristo, en la cruz tú sangraste por los pecadores pero ahora vives en la gloria del cielo. Te agradecemos por tu victoria sobre el pecado y te pedimos que sigas gobernando en nuestra vida hasta que nos lleves al cielo por toda la eternidad. Amén.

Como está escrito: “Por causa de ti somos muertos todo el tiempo; somos contados como ovejas de matadero”. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte ni la vida...nos podrá separar del amor de Dios (Romanos 8:36,38).

LA MUERTE NO PUEDE SEPARARNOS DEL AMOR DE DIOS

¿Tiene usted miedo de morir? Mucha gente tiene miedo a la muerte y es fácil entender por qué: La muerte es algo desconocido, por eso sentimos temor en cuanto a ella. Jesús es el único quien murió y resucitó de entre los muertos, y por eso nos muestra el camino a través del valle de las sombras de muerte. Este camino se encuentra en la palabra de Dios, Jesús mismo nos dijo: “Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre sino por mí” (Juan 14:6).

El hecho de que Jesús haya resucitado de entre los muertos, nos da esperanza a los creyentes porque Jesús resucitó de entre los muertos para conquistar la muerte. Ahora, aun si nos morimos, eso no puede separarnos del amor de Dios.

Desde el punto de vista de los seres humanos, la muerte es el final. Al morir, quedamos separados de todas las bendiciones terrenales. Pero Jesús es el Dios-Hombre y no un mero ser humano. Por eso no lo atan ni el tiempo ni el espacio. Cuando Jesús murió en la cruz, probó al tercer día que había vencido a la muerte por medio de la resurrección. Ahora nos promete: “Porque yo vivo, vosotros también viviréis” (Juan 14:19). ¡Fíjese que ni la muerte puede separarnos de su amor! Por eso podemos decir con el apóstol Pablo: “¿Dónde está, muerte, tu aguijón? ¿Dónde, sepulcro, tu victoria?, porque el aguijón de la muerte es el pecado, y el poder del pecado es la ley. Pero gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo” (1 Corintios 15:55-57).

Debido a que el apóstol Pablo sabía que la muerte estaba vencida, pudo enfrentar de buena gana su propia muerte. Debido a que Jesús venció la muerte, también podemos enfrentar nuestra propia muerte. En realidad la muerte es la puerta a través de la que entramos al gozo eterno del cielo. Todos los pecadores tenemos que enfrentar la muerte terrenal algún día, sea nuestra propia muerte o la muerte de un ser querido. Pero, mis amigos cristianos, gracias a la obra redentora de Jesús la muerte no nos puede separar del amor eterno de Dios.

Amado Dios, tu Hijo, Jesús, ganó la victoria sobre la muerte. Sigue ayudándome a vencer mi temor a la muerte y a seguir teniendo la esperanza de la salvación eterna. Amén.

Saludaos unos a otros con beso santo. Todos los santos os saludan (2 Corintios 13:12-13).

LOS CREYENTES NO ESTAMOS SOLOS EN ESTE MUNDO

¿Tiene usted miedo de estar solo? Algunas personas viven con el temor de quedarse solas. Debido a que somos hijos de Dios, los creyentes sabemos que nunca estamos solos porque Dios siempre está con nosotros. Podemos tener la seguridad de que Dios está con nosotros porque tenemos su palabra y su promesa: “Nunca te dejaré; nunca te abandonaré” (Hebreos 13:5). Nosotros los cristianos también sabemos que no estamos solos porque tenemos a nuestros hermanos en la fe. Pablo compartió este concepto bíblico de la unidad espiritual con los cristianos de Corinto cuando se despidió de ellos.

En los días de Pablo el beso era el saludo que se usaba cuando uno se encontraba con un conocido. El beso era semejante a la costumbre de darse la mano, el abrazo o el beso que usamos hoy en día para saludarnos. Para los creyentes en la época de San Pablo, “el beso santo” mostraba el amor y la unidad de fe que compartían unos con otros. Con estas palabras les recordaba a los miembros de la congregación de Corinto que no estaban solos.

Tenemos la unidad especial de fe con todos los cristianos: del pasado, de hoy, y del futuro. Esta unidad incluye a la gente de nuestro propio país y la de todo el mundo, aunque hablan diferentes idiomas o que tienen la piel de un color diferente. A pesar de muchas diferencias del exterior, todos los cristianos somos hermanos por la fe en Jesucristo. Por lo tanto, nunca estamos solos y, como miembros de la misma Familia: nos cuidamos, oramos, y mostramos amor unos a otros.

Confesamos la verdad muy preciosa cada vez que decimos las palabras del Credo Apostólico: “Creo en...la santa iglesia cristiana, la comunión de los santos”. Un día, Dios mediante, estaremos juntos en el cielo. No estamos solos en este mundo y tampoco estaremos solos en el cielo, porque tenemos a nuestros hermanos cristianos y Dios también está con nosotros.

Oh, mi Señor y mi Dios, sigue manteniéndonos a los creyentes cerca de ti y cerca unos de otros. Amén.

La gracia del Señor...el amor de Dios...sean con todos vosotros (2 Corintios 13:14).

TODOS SOMOS BENDECIDOS CON EL AMOR DE DIOS

“Te amo”. Esposos y esposas comparten estas dos palabras todos los días. Los padres también hablan de su amor por sus hijos y visa-versa. Este amor de familia es lo que los mantiene unidos. Pero, ¿cómo nos mantenemos unidos con Dios? Nos mantenemos unidos a través de la bendición del amor que Dios nos ha dado. El apóstol Pablo nos recuerda de esto en su bendición, al final de su carta a los cristianos en la ciudad de Corinto.

Los creyentes conocemos lo que es el amor verdadero, solamente porque Dios nos amó primero. El tipo de amor que la Biblia le atribuye a Dios no es un mero sentimiento, sino que se lo demuestra en obras concretas. Por ejemplo, un padre no les dice solamente “Te amo”, a su esposa e hijos, sin hacer nada por ellos. Todos los días él demuestra este amor al cuidar de ellos y al darles lo que necesitan en su vida. De la misma manera nuestro Padre celestial demuestra su amor hacia nosotros, en la vida y muerte de su Hijo, Jesús. En su carta a los cristianos de Roma, el apóstol Pablo nos recuerda cómo es el amor de Dios: “Pero Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Romanos 5:8). Dios nos dio el Salvador para librarnos del pecado aunque no lo merecíamos. Por eso podemos agradecerle a Dios cada vez que le llevamos nuestros pecados y él nos perdona. Este es el mejor ejemplo de amor que disfrutaremos para siempre cuando estemos en el cielo con él.

Vemos el amor de Dios en nuestra vida con ejemplos palpables como: su cuidado paternal, las bendiciones físicas, y su protección cotidiana. No solo eso, pero Dios está a nuestro lado y nos mantiene seguros de todo daño y peligro, según sus promesas.

Queremos agradecerle a Dios y alabarlo por las muchas bendiciones que ha dado a nosotros. De veras, el amor de Dios nos une a él y a otros creyentes. ¡Que el amor de Dios siga estando siempre con todos nosotros!

Oh Dios, nuestro Padre celestial, sigue enseñándonos a ser verdaderamente agradecidos a ti por todo lo que haces por nosotros. Amén.

La gracia del Señor Jesucristo...sean con todos vosotros (2 Corintios 13:14).

SOMOS BENDECIDOS POR LA GRACIA DE DIOS

Nos gusta convivir con personas que tienen las mismas costumbres que nosotros. Nos alegra estar con los que apoyan el mismo equipo deportivo, ¡sobre todo cuando ganan! También, por el lado espiritual, sentimos alegría de estar junto con otros cristianos de nuestra congregación, porque somos uno en el Señor con ellos.

Pero, ¿cómo somos uno? Somos uno por medio de la bendición de parte de Dios. Las palabras de las Escrituras que estudiamos hoy, son la bendición del apóstol Pablo al terminar su carta a los corintos y están llenas de consuelo para nosotros.

No siempre estábamos juntos con Dios. De hecho hubo un tiempo cuando estábamos separados de él por el pecado que destruyó nuestra unión con Dios. Pero Dios hizo algo para cambiarnos, al enviar a Jesús. ¿Cuál es el significado del nombre “Jesús”? Significa “el salvará a su pueblo de sus pecados”. Cuando Jesús vino a la tierra, él hizo la voluntad de Dios Padre y tomó nuestro lugar como sustituto. Por nosotros Jesús: llevó la vida perfecta, cargó con nuestros pecados, y murió en la cruz. Al tercer día, Jesús resucitó y ahora vive. Gracias a lo que Jesús hizo por nosotros, somos uno con el Señor.

El sacrificio de Jesús en la cruz por nosotros nos muestra la gracia de Dios. La gracia significa el amor que no merecemos de parte de Dios por nosotros. De hecho, Dios nos da lo opuesto de lo que merecemos. Por ejemplo, en vez de la muerte nos da la vida, y en vez del infierno nos da el cielo. El apóstol Pablo habló de esta gracia antes, en su carta a los cristianos de Corinto, con estas palabras: “Ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre siendo rico, para que vosotros con su pobreza fuerais enriquecidos” (2 Corintios 8:9). Debido a la pobreza de Jesús por nosotros, ¡somos ricos! Dios nos ha dado el perdón completo de nuestros pecados junto con las riquezas celestiales en un hogar eterno.

Mientras terminamos nuestra vida en esta tierra, Jesús nos gobierna como un rey cariñoso y no como si fuera un dictador estricto y sin misericordia. Por medio de su amor Jesús controla todas las cosas, por nosotros y para nuestro bien eterno. Debido a la gracia de Dios y a su amor, no tenemos que preocuparnos.

¿No es la gracia de Dios una bendición maravillosa? Su gracia nos une con Dios y con los otros creyentes. ¡Que la gracia del Señor Jesucristo siempre sea con nosotros!

Señor Jesucristo, te agradecemos por tu amor. Gracias por haber dado por nosotros tu vida en la cruz. Te alabamos porque nos libraste del poder del diablo y por habernos hecho uno: contigo, y con el Padre, y con el Espíritu Santo. Amén.

La gracia del Señor Jesucristo...la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros (2 Corintios 13:14).

SOMOS BENDECIDOS POR EL ESPÍRITU SANTO

Algunas veces necesitamos pasar tiempo a solas para: pensar, meditar, o descansar. Pero después de un rato, necesitamos volver de nuevo con los demás. Esta es la manera en que Dios nos creó, con la necesidad del compañerismo con otras personas. Y si así nos sentimos con los otros seres humanos, aún más es nuestro deseo de convivir con nuestro Padre celestial. Necesitamos compartir nuestra vida con otras personas. ¿De qué manera podemos compartir la vida con Dios? Podemos hacerlo a través de la obra del Espíritu Santo, que el apóstol Pablo nos aclara en sus últimas palabras a los creyentes de Corinto.

Sin la obra del Espíritu Santo no sabríamos acerca de la gracia de nuestro Señor Jesucristo ni del amor de Dios Padre. No podríamos creer en el verdadero Dios, que se ha mostrado a él mismo como las tres personas: el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo, en un solo Dios. En su primera carta a los Corintios, el apóstol Pablo escribió: “Nadie puede exclamar ‘Jesús es el Señor’, sino por el Espíritu Santo” (1 Corintios 12:3). El hecho de que nosotros creamos en Dios es cien por ciento la obra del Espíritu Santo. Ahora la verdad es que somos miembros de la familia de Dios y miembros de la santa iglesia cristiana, solo por el poder y la obra del Espíritu Santo.

¿Cómo trabaja el Espíritu Santo en nuestra vida? Por medio del evangelio en la Biblia y en los sacramentos, el Espíritu Santo vino a rescatarnos de la vida vana y sin esperanza. A través del poder de la palabra en el Santo Bautismo, Dios nos quitó nuestros pecados y nos hizo miembros de su reino. En la Biblia Dios nos dice la historia de su amor y de nuestra salvación. En la Santa Cena Dios nos perdona a cada uno de nosotros personalmente, por medio del pan y del vino, junto con el cuerpo y la sangre de nuestro Señor Jesucristo. Con estas tres herramientas, el Espíritu Santo nos lleva a la fe y nos mantiene en la misma fe.

Por medio de la fe que aumenta todos los días, nos unimos con nuestros hermanos en la fe que el Espíritu ha llamado y ha congregado en la iglesia de Dios. Allí disfrutamos de esta unidad cada vez que nos reunimos. ¡Qué bendición maravillosa es esta vida compartida con Dios y con otros creyentes!

Oh Espíritu Santo, sigue fortaleciendo nuestra fe y nuestra esperanza. Te pedimos que todos los días por medio de la Palabra y tu poder, sigas aumentando nuestro amor y confianza en Dios. Amén.

NO RENUNCIEMOS A LA LIBERTAD QUE TENEMOS EN CRISTO *GÁLATAS*

Subí debido a una revelación y, para no correr o haber corrido en vano, expuse en privado a los que tenían cierta reputación, el evangelio que predico entre los gentiles (Gálatas 2:2).

¡SEAMOS VALIENTES! ¡HABLEMOS CLARO!

A veces podemos sentir temor de hablarles a otros la verdad acerca de la palabra de Dios porque pueden burlarse de nosotros, o no estén de acuerdo con nosotros. Tenemos temor que no lo vamos a hacer bien. Sin embargo, Dios nos ha dado el mensaje de que somos salvos por la fe en Jesús como nuestro Salvador, por eso es importante que cada persona sepa y crea esta verdad. Por eso es necesario que compartamos este mensaje con nuestros amigos y familiares.

El apóstol Pablo sabía que Dios lo había enviado a la ciudad de Jerusalén para decir la verdad acerca de la salvación y para informarles de su trabajo misionero con los gentiles, o sea, los no judíos. Pablo quería evitar cualquier malentendido de su obra y no quería que nadie dudara de sus esfuerzos con ellos. Por eso les aseguró que su mensaje de la salvación por medio de la fe en Cristo era el mismo. Pablo fue valiente y claro acerca del mensaje que la gente tenía la vida eterna por medio de la fe sola en Jesucristo. Si cualquiera añadiera algo a este evangelio, dijo que estarían equivocados. Estarían guiando a la gente al infierno.

Por la gracia de Dios nosotros tenemos este mensaje Salvador acerca de Jesús y lo creemos. Ahora podemos pedirle al Espíritu Santo que nos siga llenando de valentía para poder proclamar a otros este mensaje salvador que proviene de Dios, a nuestros familiares y amigos. No permita que nadie le quite la libertad que tenemos por medio de lo que Jesús ha hecho por nosotros.

Señor Jesús, sigue dándonos el entendimiento y el valor de hablar acerca de ti y Sigue bendiciendo nuestros esfuerzos de compartir tu verdad. Amén.

Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí (Gálatas 2:20).

CRISTO VIVE EN MÍ

Se ha dicho que el gato tiene nueve vidas porque puede sobrevivir muchas: peleas, Accidentes, y caídas. Pero ¿sabía usted que el cristiano tiene dos vidas? Claro que sí. Cada uno de nosotros tiene la vida física que consiste: en cuerpo y el alma, familia y amigos. Esta vida tiene una historia llena de días buenos y malos. Por el otro lado tenemos la vida espiritual que consiste en la vida: de fe, de amigos cristianos, y de buenas obras. Si somos honestos, esta vida espiritual, igual que la física, tiene una historia llena de días buenos y malos.

La vida física comienza cuando Dios nos da el alma al ser concebidos en el vientre de nuestra madre. Nuestra vida espiritual comienza cuando Cristo mismo llega a vivir en nuestro corazón. En el versículo bíblico, el apóstol Pablo describe esta vida espiritual con la cual nacemos. Esta naturaleza lucha contra Dios y contra todo lo bueno. Pero esa antigua vida espiritual fue crucificada con Cristo y ahora Cristo vive en nosotros con la nueva naturaleza del Espíritu Santo. Vivimos por la fe en el Hijo de Dios, y tenemos la seguridad de que el Hijo de Dios perdonará todos nuestros pecados. Ahora Jesús controla a nuestras palabras y acciones para que sirvamos a Dios, llenos del poder que Jesús nos da, y no de la naturaleza pecaminosa.

Este es el tipo de vida que los apóstoles Pedro y Juan, querían para el pueblo judío después de que el Espíritu Santo obró por medio los discípulos el día de Pentecostés. Jesús, a quien los judíos habían matado en la cruz, ahora estaba vivo y quería que esas personas se arrepintieran de sus pecados. ¿En qué consiste este arrepentimiento? Sentir pesar por los pecados y mirar a Jesús con ojos llenos de fe en busca de perdón. Jesús quería vivir en el corazón de ellos.

Y es lo mismo para con nosotros. Cristo quiere guiar nuestra vida espiritual por medio de su palabra. Su gran amor por nosotros nos da el poder para llevar la vida santificada que agrada a Dios. Por medio de Cristo nosotros estamos espiritualmente vivos. Entonces: leamos la palabra de Dios, recordemos el día de nuestro bautismo, y vayamos con frecuencia a la Santa Cena del Señor, para recibir fortalecimiento para nuestra vida espiritual.

Señor, sigue ayudándome a darle a mi vida espiritual la atención que merece. Sigue alimentándome por medio de tu palabra y de tus sacramentos, para llevar la vida a la que tú me has llamado. Amén.

Todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús, pues todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos (Gálatas 3:26-27).

CRISTO LIMPIA NUESTROS PECADOS

¿Acaso no pensamos con frecuencia que solos podemos hacerlo todo? o ¿solos resolverlo todo? Muchas veces nos preocupamos por cosas que están fuera de nuestro control, y la naturaleza pecaminosa nos lleva por el camino equivocado a pensar que podemos ser dios. Se nos olvida que siempre dependemos de Dios y que debemos confiar en él.

La verdad es que no merecemos tener el Padre celestial que nos cuida con todo su amor. La ley de Dios en los Diez Mandamientos nos recuerda que no hay nada bueno en nosotros y que no tenemos nada que darle a Jesús debido a nuestros pecados. Nuestra vida está llena de pecados sucios y oscuros del alma y del cuerpo, y por esos pecados estábamos separados de Dios. A pesar de nuestra condición espiritual y natural, Dios nos pide que vayamos a él. ¿Cómo podemos acercarnos a Dios y estar seguros de que nos escuchará? Podemos llegar ante Dios debido a que él puso sobre Jesús nuestros sucios pecados. Jesús se los llevó a la cruz de Calvario y por eso podemos acercarnos sabiendo que la sangre de Jesús nos limpia de todo pecado. Por eso dice San Pablo: “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros seamos justicia de Dios en él” (2 Corintios 5:21).

Estas son las maravillosas noticias que Dios le dio a usted cuando fue bautizado. La santidad de Jesús, o sea, su vida intachable ahora cubre la vida pecadora de usted. Dios le dice que usted es inocente porque Jesús recibió el castigo decretado para usted, ahora usted es hijo de Dios y parte de la familia de Dios. Es maravilloso pensar que Dios es su Padre y Jesús es su hermano, pero es más maravilloso aún saber que Dios ya no guarda ningún registro de los pecados. Cuando Dios lo mira, ve solamente la vida inocente y el sacrificio perfecto que Jesús hizo por usted. Todos sus pecados: del pasado, del presente, y del futuro, están cubiertos con la santidad de Jesús.

Muchas veces pensamos que tenemos que hacer algo para ganar la salvación, pero la Biblia nos informa que Jesús no necesita nuestra ayuda para llevarlo a cabo, porque lo hizo todo él solo. El Señor tampoco necesita nuestra ayuda para resolver nuestros problemas diarios y pruebas, porque promete que todo saldrá para el bien de los que lo aman. Por lo tanto, podemos llevarle todos nuestros problemas a Jesús por medio de la oración.

Amado Jesús, gracias por ayudarnos con nuestro problema mayor del pecado. Gracias por morir en la cruz y resucitar por nosotros. Sigue recordándonos que en nuestro bautismo nos cubriste con tu santidad. Amén.

GÁLATAS LA IGLESIA AYUDA A AQUELLOS QUE SON DÉBILES EN LA FE

Hermanos, si alguno es sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradlo con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado (Gálatas 6:1).

LA IGLESIA AYUDA A LOS QUE PECAMOS

En Efesios 4:1, Dios nos dice que sigamos llevando la vida santificada y dedicada a él y su gloria. Nuestra esperanza es que el pueblo de Dios se guiado según los Diez Mandamientos y que viva como los creyentes procuran hacerlo. La triste realidad, sin embargo, es que algunas veces los cristianos, quienes también tenemos la naturaleza pecadora, caemos en pecado y no vivimos como queremos. Estos pecados nos hacen enojar y nos lastiman. Por ejemplo, el rey David tenía una fe fuerte en el Dios verdadero y fue bendecido por él. ¿Quién hubiera pensado que él caería en los pecados de adulterio con Betsabé y asesinato de Urias, marido de ella?

Ahora, ¿cómo debe actuar la iglesia cuando un hermano cae en el pecado? En primer lugar, hay que tener cuidado de no cometer un pecado al ayudar a esa persona. Puede ser que nos sintamos enojados o lastimados por sus ofensas, pero esos sentimientos no pueden resolver la situación. No sólo esto, pero ¿cómo debemos reaccionar cuando el hermano sigue con el mismo pecado una y otra vez? San Pablo nos ofrece algunas claves para ayudarnos en estos casos.

Como hermanos cristianos, el enojo no puede dictarnos en lo debemos hacer si queremos ayudar a otras personas a seguir la voluntad de Dios. Dios no recibe la gloria cuando le hablamos con dureza a un hermano después de ceder a la tentación como si nosotros jamás fuéramos capaces de cometer el mismo pecado. La meta tampoco debe ser lastimar a los que nos han ofendido.

Para ayudar a los pecadores que han caído en la tentación, necesitamos aplicar de una manera correcta la ley y el evangelio. La ley de Dios sirve para mostrar que están equivocados y es importante que vean que lo peor de su pecado es la ofensa contra el Dios verdadero. Debido a esta falla, merecen el castigo eterno en el infierno. Una vez que vean cuán malo es su pecado, deben oír el dulce mensaje del evangelio que comunica el perdón gratuito por medio de Cristo Jesús: “Alégrese, sus pecados les son perdonados porque Jesús los ha borrado de una vez para siempre”.

Cada creyente y cada miembro de la iglesia es un pecador que todavía tiene la naturaleza pecaminosa dentro de él. Entonces no debe ser una sorpresa que nuestros hermanos muestran su debilidad al caer en el pecado. Cuando esto sucede, tenemos la maravillosa oportunidad y responsabilidad de restaurarlos con la ayuda de Dios y de su palabra. Nuestro primer deseo es su bienestar espiritual porque no queremos que acaben sus días en el infierno como los incrédulo.

Podemos tener la seguridad de que el apóstol Pablo siguió su propio consejo. Al viajar de ciudad en ciudad y de iglesia a iglesia, encontró muchos creyentes débiles que habían pecado. El apóstol Pablo usó la ley para mostrarles sus pecados y usó el evangelio para mostrarles a su Salvador, y así cambiar su vida espiritual. ¡Qué nosotros sigamos su ejemplo!

Amado Salvador, sigue ayudándonos a usar la ley y el evangelio de una manera firme, pero amable y con cuidado, con los que han pecado contra ti. Haz que siempre sea posible que sigamos hablando motivados por tu amor. Haz que sigamos siendo humildes para que también podamos restaurar a otros que estén en necesidad espiritual así como tú nos has restaurado. Amén.

Regocijaos en el Señor siempre. Otra vez digo: ¡Regocijaos! Vuestra gentileza sea conocida de todos los hombres. El Señor está cerca (Filipenses 4:4-5).

NUESTRA VIDA CRISTIANA MUESTRA ALEGRÍA

El pueblo de Dios del Antiguo Testamento era diferente del pueblo pagano que vivía alrededor de ellos porque era guiado por Dios. Hoy Dios también dirige a los creyentes en Jesús para lleven la vida cristiana que es diferente de la vida que viven las personas a su alrededor. Dios quiere que nos apartemos de la vida pecadora y que dejemos ver a otras personas la alegría que tenemos por ser cristianos.

A veces la alegría que Dios nos da no la queremos mostrar ni queremos hablar de ella. ¿Por qué? Porque el diablo quiere atraparnos en el dolor y en el pesar, para robarnos la fuerza espiritual. Sin lugar a duda, el diablo quiere que lo acompañemos en el infierno.

Pero cuando nos regocijamos por medio de la fe en Cristo Jesús, tenemos la alegría que destruye las trampas del diablo. Nuestro corazón se llena de la paz y del gozo espiritual, al saber que hay perdón por nuestros pecados en Cristo.

Ahora, como cristianos, tenemos la razón para tener gozo en el mundo infeliz, porque sabemos que “el Señor viene pronto”. Nuestra meta final no está en el mundo sino en el cielo. Cuando tenemos en mente esta meta, estamos contentos a pesar de las tragedias que hay en nuestra vida porque sabemos a dónde vamos. Por eso la gente de este mundo sabrá por qué somos diferentes y entonces podremos compartir con ellos la verdad consoladora de que la alegría que se encuentra en Jesucristo es para ellos también.

Por todo esto queremos esforzarnos para mostrar una conducta cristiana: en su hogar, en nuestra familia, en la escuela, y en el trabajo. Compartamos el mensaje de alegría de paz y esperanza que tenemos por medio de Jesús con otras personas.

Oh Espíritu Santo, sigue haciendo que sea posible que vivamos con corazón alegre. Haz que esta alegría siga siendo vista por las otras personas que viven a nuestro alrededor. Amén.

Damos gracias a Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, pues hemos oído de vuestra fe en Cristo Jesús y del amor que tenéis a todos los santos, a causa de la esperanza que os está guardada en los cielos. De esta esperanza ya habéis oído por la palabra verdadera del evangelio (Colosenses 1:4-5).

EL EVANGELIO PRODUCE FE

Con frecuencia oímos hablar acerca de los “frutos de la fe”, o sea, “las buenas obras de una persona que tenga la fe”. Por ejemplo, el cristiano querrá: adorar a Dios, estudiar la palabra de Dios, y llevar La vida digna del llamamiento que Dios nos dio. La fe en Jesús hace que EL cristiano quiera hacer estas cosas de su propia voluntad.

Uno de estos frutos del evangelio es la fe en Jesucristo. Pero esa fe no LA podamos producir nosotros mismos, como dice Pablo: “Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios” (Romanos 10:17). La figura de un árbol que crece y produce fruto, es algo que leemos con frecuencia en la Biblia. Esta analogía nos habla acerca de los resultados naturales que salen del corazón del creyente, que Dios nos da a través de su palabra. En Isaías el capítulo once, Dios dice que su palabra es como la lluvia que baja del cielo y hace que las plantas crezcan para producir frutos. De esta forma Dios hace que su palabra haga lo que él desea para que tenga el efecto correcto.

¿Cuál es la voluntad de Dios? Dios quiere usar la ley en la Biblia par mostrarnos nuestro pecado y lo que hay de malo en nuestra vida. Luego Dios quiere que abandonemos el pecado. Allá entra el evangelio, o sea, las buenas nuevas de Jesús, para que creamos en Jesús como nuestro Salvador. Este evangelio nos muestra el amor de Dios por el mundo pecaminoso, por medio de Cristo y Dios quiere que creamos en él como nuestro Salvador. El evangelio no solo nos ofrece a los pecadores la esperanza segura del perdón y de la vida eterna en el cielo, también nos da el poder para resistir las tentaciones: del diablo, del mundo, y de nuestra carne pecaminosa. Como lo dice el escritor de Hebreos: “Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera” (Hebreos 11:1). Dondequiera que se enseñe el evangelio de Jesucristo, habrá creyentes que confiesen sus pecados y confien en la promesa de Dios para el perdón. Y allí también habrá buenas obras y frutos de la fe.

Señor, sigue bendiciendo tu evangelio y haciendo que él siga produciendo la fe en mí y en muchas otras personas. Amén.

Hemos oído de vuestra fe en Cristo Jesús y del amor que os tenéis a todos los santos a causa de la esperanza que os está guardada en los cielos. De esta esperanza ya habéis oído por la palabra verdadera del evangelio, que ha llegado hasta vosotros, así como a todo el mundo, y lleva fruto y crece también en vosotros, desde el día que oísteis y conocisteis la gracia de Dios en verdad (Colosenses 1:5-6).

EL EVANGELIO NOS DA ENTENDIMIENTO

Muchas veces las personas dicen que no leen la Biblia porque no la entienden y, hasta cierto punto, tienen la razón. Es verdad que no podemos entender la Biblia si usamos nuestra propia razón para entenderla porque la Biblia explica: “Cosas que ojo no vio ni oído oyó ni han subido al corazón del hombre, son las que Dios ha preparado para los que lo aman. Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu” (1 Corintios 2:9,10).

El apóstol Pablo aclara que es nuestra naturaleza pecadora la que hace que sea imposible que entendamos el evangelio: “El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura; y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente” (1 Corintios 2:14). El pecado nos ha cegado, y sin la ayuda del Espíritu Santo no entendemos la palabra de Dios.

Entonces, ¿cómo podemos entender y creer el evangelio? Aquí es donde vemos la importancia del Espíritu Santo, o sea, la tercera persona de la Santa Trinidad. Al oír la palabra de Dios, escuchamos el evangelio acerca de Jesús. El Espíritu Santo usa esta palabra para llevarnos: a entender, a creer, y a aceptar como verdad, las buenas nuevas de que Jesús es nuestro Salvador. No lo podemos hacer solos ni por nuestros propios esfuerzos debido a la naturaleza pecaminosa que tenemos. Sin embargo, el Espíritu Santo: nos llama a la fe, nos planta la fe en nuestro Corazón, y nos mantiene en esta fe hasta la muerte.

En otras palabras, entendemos con los ojos llenos de fe el mensaje de la gracia de Dios hacia nosotros, por causa del Espíritu Santo y por eso confiamos en este mensaje como la verdad.

Amado Espíritu Santo, nos has hecho entender el evangelio como el mensaje de esperanza. Continúa dándonos esta paz que es más grande que nuestro entendimiento. Es esta paz del perdón que mantendrá nuestra mente y nuestro corazón en Jesús. Amén.

De esta esperanza ya habéis oído por la palabra verdadera del evangelio, que ha llegado hasta vosotros, así como a todo el mundo, y lleva fruto y crece también en vosotros, desde el día que oísteis y conocisteis la gracia de Dios en verdad (Colosenses 1:6).

EL EVANGELIO PRODUCE MUCHO FRUTO

¿Qué es una parábola? Es una historia terrenal con una aplicación celestial. Jesús utilizó muchas parábolas en su ministerio y, en una de ellas, habló de un agricultor que salió al campo a sembrar (Mateo 13:1-23). Esta parábola nos enseñó el efecto del evangelio en los que lo escuchan cuando una parte de la semilla cayó en buena tierra y produjo buenas cosechas de 30, 60 y 100 veces más. Quizá nos preguntemos por qué Dios bendice más su palabra en un lugar que en otro. Pero por medio de la parábola aprendamos que donde la semilla del evangelio no produce una cosecha de almas, no es la culpa de Dios que ha hecho todo para salvar a todo el mundo, sino que es la culpa del hombre pecador. Pero donde el evangelio produce fruto, cualquier cantidad que sea, es por la gracia y la misericordia de Dios.

El evangelio, es el poder de Dios de traerle salvación a la humanidad Pecaminosa, y es la promesa misericordiosa de que Dios amó tanto a la gente de este mundo que envió a su unigénito Hijo a morir por nosotros. Ahora, cualquiera que crea en Jesús como su Salvador personal tiene vida eterna. La palabra de Dios es la semilla de la parábola del sembrador y tiene el poder para levantar una gran cosecha de creyentes en Jesús, para la salvación de muchas almas.

Ahora, la buena semilla de la palabra de Dios se ha difundido en todo el mundo y todavía echa raíz en el corazón de las personas. En algunos lugares solamente hay pocos creyentes pero en otros lugares hay muchos cristianos. No importa si hay pocos cristianos o muchos, es Dios quien hace crecer su reino a través de su palabra en el corazón de la gente.

Hoy día usted tiene el gran privilegio de sembrar este mensaje en el mundo. Entonces, confíe en la promesa de Jesús: “Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí y yo en él, este lleva mucho fruto, porque separados de mí nada podéis hacer” (Juan 15:5).

Todopoderoso Dios, tu palabra como semilla se siembra en la tierra. Que esta semilla siga produciendo fruto, en mi vida de fe y en la vida de todos los que reciben tu palabra. Amén.

Siempre que oramos por vosotros, damos gracias a Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, pues hemos oído de vuestra fe en Cristo Jesús y del amor que tenéis a todos los santos a causa de la esperanza. Él [Epafras] también nos ha declarado vuestro amor en el Espíritu (Colosenses 1:3-4,8).

EL EVANGELIO PRODUCE AMOR

¿Por qué se aman mutuamente los esposos? o ¿por qué aman los padres a sus hijos? El amor mejora la relación que tenemos unos con otros y es el Espíritu Santo quien a través del evangelio lo hace posible. El cristiano le mostrará amor a Dios y a otras personas, como un fruto natural de la fe motivado por el amor de Dios: “Nosotros lo amamos a él [Dios] porque él nos amó primero” (1 Juan 4:19).

Ahora, ¿no estamos agradecidos a Dios por todo lo que él nos ha dado? El apóstol Pablo siempre le agradeció a Dios por el fruto espiritual que había producido en su vida y en su ministerio. Por ejemplo, en el versículo bíblico anterior, le agradece a Dios por el amor mostrado con hechos palpables por los creyentes de Colosas a sus hermanos en la fe.

¿Cómo se puede manifestar este fruto de amor? Fíjese en el versículo arriba donde los creyentes demuestran su amor fraternal orando por sus hermanos en la fe. También tenemos el record de cómo Epafras enseñaba las buenas nuevas acerca de Jesús a los colosenses y luego le dio a Pablo el informe de cómo los cristianos de Colosas vivían en el amor cristiano. Esa clase de amor solo proviene de la fe en Jesucristo quien, la noche antes de que fue entregado, dijo a sus discípulos: “Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tenéis amor los unos por los otros” (Juan 13:34-35). ¡Qué así siga siendo en nuestra vida!

Señor, a través del evangelio sigue produciendo amor en mi vida y en la de mis hermanos cristianos. Amén.

Buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios (Colosenses 3:1).

JESÚS ESTÁ A LA DIESTRA DE DIOS

En las palabras del Credo Apostólico decimos: “Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor, que... está sentado a la diestra de Dios Padre todopoderoso”. ¿Ha pensado usted alguna vez en el significado de estas palabras? Casi siempre recordamos con agrado la muerte de Jesús y su resurrección, como el enfoque central del evangelio. Pero, ¿pasamos por alto las palabras que dicen que “Jesús está sentado a la diestra de Dios Padre”? Estas palabras son también de gran consuelo para nosotros.

¿Dónde está la “diestra de Dios”? Se usa esta frase como lenguaje figurado para indicar una posición de honor y poder. La diestra de Dios NO es un lugar específico que está lejos de nosotros en el cielo. La diestra de Dios está en todas partes porque él está presente en todas partes del mundo que creó y aún conserva y gobierna. Esta es la razón por la cual Jesús dijo: “Y yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Mateo 28:20). Aunque Jesús sabía que regresaría a su Padre celestial, todavía desea morar con nosotros hasta el fin del mundo. Este es su compromiso divino hacia nosotros.

Nuestro Señor Jesús, no sólo está presente en todas partes, sino que está a cargo de todo como el Rey de reyes y el Señor de señores. Cuando Jesús ascendió al cielo, el Padre puso todas las cosas bajo sus pies, o sea, él controla todas las cosas y dirige el curso de nuestro mundo.

Gracias a Dios, sabemos que Jesús nos ha quitado nuestros pecados y gobierna todas las cosas para nuestro bien y para el bien de su Iglesia aquí en la tierra. Por lo tanto sabemos que todas las cosas sucederán para nuestro bien.

Porque hay tanta maldad en el mundo no siempre es fácil recordar que Jesús gobierna sobre todas las cosas. Fácilmente encontramos: guerras, terremotos, y falta de alimentos en muchas partes. El juicio final vendrá cuando Jesús regrese a esta tierra. Entonces lo veremos en el último día y en ese momento lo veremos como es: el Rey del universo. Entonces él bendecirá a los creyentes con la vida eterna en el cielo y condenará a los incrédulos al infierno. Hasta que llegue el último día estamos seguros que Jesús está a la diestra de Dios con todo poder y la honra que merece. Pero a la vez, está con nosotros todos los días de nuestra vida.

Señor Jesús, tú gobiernas todas las cosas en el cielo y en la tierra. Haz que Sigamos estando seguros tanto de tu poder como de tu presencia. Amén.

Habéis muerto y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria (Colosenses 3:3-4).

AHORA NUESTRA VIDA ESTÁ ESCONDIDA

¿Qué aspecto especial tiene el cristiano? Si tenemos ante nosotros a diez personas, una al lado de la otra, ¿podría usted indicar cuáles son cristianos solo al mirarlos? Probablemente no. De muchas maneras los cristianos somos como cualquier otra persona. Los cristianos enfrentamos los mismos problemas que los demás: nos enfermamos, trabajamos duro, y nuestros seres queridos mueren. A la gente de este mundo puede parecerle que no hay ninguna diferencia en ser cristiano.

Hace dos mil años, tampoco el mundo conoció al Hijo de Dios. El apóstol Juan nos dice: “En el mundo estaba [Jesús] y el mundo fue hecho por medio de él; pero el mundo no lo conoció” (Juan 1:10). Jesucristo es la palabra viva, que se hizo hombre al nacer en Belén. Siempre ha sido Dios; sin embargo, por un tiempo escondió su divinidad en un cuerpo humano para ser nuestro Salvador. Algunas personas nunca reconocieron a Jesús como el Hijo de Dios y por eso lo rechazaron. Pero otros, como Tomás, dijeron a Jesús: “¡Señor mío y Dios mío!” (Juan 20:28).

Los creyentes están vinculados a Jesús a través del bautismo. Todas las bendiciones que ganó con su muerte y resurrección de entre los muertos pertenecen a nosotros por medio del poder de la palabra en este sacramento. Tenemos la seguridad del perdón completo y gratuito de nuestros pecados y de la vida eterna en el cielo. No solo eso sino que Dios ha prometido estar con nosotros para: guiarnos, cuidarnos, y protegernos. Y, para terminar con broche de oro, nada puede separarnos del amor de Dios por nosotros en Cristo Jesús. Pero todas estas bendiciones que tenemos como cristianos: paz, alegría, y esperanza eternas, son invisibles y no los podemos ver en el exterior de un cristiano.

**Señor, te agradecemos por la vida bendecida que nos has dado en Cristo Jesús.
Amén.**

Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria (Colosenses 3:4).

ESTAREMOS CON JESÚS EN EL CIELO

A veces la vida en la tierra es muy difícil. Nuestra salud puede fallar, o de repente no tenemos dinero para alimentos y albergue, por falta del trabajo. En casos de emergencia le pedimos a Dios su ayuda para sobrevivir. Casi siempre buscamos algo que sea mejor.

Como cristianos sabemos que hay algo mejor que esta vida problemática aquí en la tierra y esto se encuentra en el cielo. ¿Le gustaría un lugar de eterno amor y alegría? El señor Walt Disney intentó construir el cielo en la tierra con su parque de diversión, “Disneyland”, en California. Pero con los altos costos y las colas largas para las diversiones, en realidad, no lo logró. En el cielo no habrá: más muerte, dolor, lágrimas, ni penas. En el cielo con un cuerpo perfecto los creyentes descansaremos de todo nuestro trabajo. Allá estaremos para siempre con nuestro Hermano Jesús. Pero lo más grandioso de todo esto es que este hogar maravilloso Dios nos lo ha prometido por medio de la fe en Jesús. Dios quiere que estemos seguros de que viviremos en el cielo para siempre.

¿Cuántas cosas son seguras en esta vida? Nuestra vida en la tierra no es tan segura porque no sabemos si viviremos un día más. Puede ser que tengamos mucho dinero o nada. Puede ser que tengamos buena salud o estemos enfermos. Además Dios dice que el trabajo y las buenas obras tampoco nos llevan al cielo, como muchos piensan. Sin embargo, estamos seguros de que el cielo pertenece a nosotros debido a que Jesús nos puso en la relación correcta con Dios por medio de la preciosa sangre que derramó como el precio completo por todos nuestros pecados. El hecho de que Jesús resucitó de entre los muertos nos indica que Dios está satisfecho con el sacrificio de Jesús y que nosotros también resucitaremos. Cuando llegue ese tiempo, viviremos en el cielo por siempre en cuerpo y alma con Jesús.

Mi amigo cristiano, cuando Jesús venga por la segunda vez a la tierra, lo oiremos decir: “Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo” (Mateo 25:34).

¡Alabado sea Dios por la alegría y la paz que nos da con la promesa del hogar perfecto en el cielo! Por eso, con gusto anticipamos el culto divino de alabanza cada semana en la casa de Dios aquí en la tierra. Sobre todo, esperamos con ansias el día en que podamos adorar a Dios en el cielo, nuestro hogar eterno.

Señor Jesús, sigue llevándonos de manera segura a nuestro hogar eterno que está en el cielo. Amén.

Si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él (1 Tesalonicenses 4:14).

JESÚS NOS DA ESPERANZA

Nos sentimos muy tristes cuando muere algún ser querido. Esta muerte es uno de los momentos más tristes de nuestra vida. Jesús también se sintió triste cuando murió Lázaro, el hermano de María y Marta, quienes vivían en el pueblo de Betania. Allí, fuera de su tumba, Jesús lloró con dolor por su amigo.

Es cierto que la muerte nos quita nuestros seres queridos. La muerte deja a los hijos sin padres; le arrebató el esposo a su esposa; deja a los padres sin sus hijos. La muerte parece ser el final. No esperemos estar con nuestros seres queridos para siempre en la tierra. Hay tristeza inconsolable para los que ven la muerte como el fin de todo.

Pero los cristianos somos tristes y felices a la vez, debido a la fe que tenemos en Jesús. Nuestra fe nos dice que no estaremos separados por siempre de nuestros seres queridos. La resurrección de Jesús nos da la esperanza viva, porque él dijo: “Porque yo vivo, vosotros también viviréis” (Juan 14:19). La tumba de Jesús estaba vacía la mañana del domingo de Pascua de la resurrección y todavía está así porque Jesús vive. Jesús resucitó con poder para mostrar la victoria sobre la muerte y para cumplir lo que el mismo dijo: “Yo soy la Resurrección y la Vida” (Juan 11:25).

La muerte no es el fin para nosotros, cuando morimos en la fe de Jesús como nuestro Salvador del pecado. La muerte tampoco es el fin para nuestros seres queridos que mueren con la misma fe. Jesús le promete la vida eterna a todo el que cree y confía en él. El Señor Jesús se lleva nuestra alma para estar con él en el cielo en el momento cuando cerramos nuestros ojos por la última vez. Es solamente nuestro cuerpo que descansa en la tumba hasta el día del juicio final.

No sabemos cuándo, pero tarde o temprano Jesús vendrá en ese día para resucitar a todos los cuerpos de la sepultura y para conceder la vida eterna en el cielo a todos los creyentes.

Por ejemplo, en la Biblia se menciona al rey Herodes que prometió proveer alimentos para sus amigos todos los días; pero cuando le tocó la muerte, no pudo cumplir con su promesa y a sus amigos le hacía falta el pan de cada día. ¡Cuán diferente es la promesa de nuestro Señor Jesús! No nos dejó sin la esperanza de la vida eterna en el cielo. Cristo vive y todavía sigue predicándose este mensaje de la vida eterna por medio de su sacrificio.

¡Gracias sean dadas a Dios porque tenemos la esperanza de la vida eterna! ¡Jesús vive! Nosotros también viviremos. En el último día tendremos un cuerpo glorioso así como el de Jesús.

Amado Señor, cuando mueren los creyentes, evita que nos sintamos tristes como los que no tienen esperanza. Por favor de darnos la alegría al saber que el cristiano que ha muerto ha recibido la vida eterna en el cielo. Amén.

Pero fiel es el Señor, que os afirmará y guardará del mal (2 Tesalonicenses 3:2-3).

NO TENGAMOS MIEDO DEL MALIGNO

Aunque casi todo el mundo ha oído del nombre de Jesús, no todos creen en él como su Señor y Salvador. El apóstol Pablo escribió la carta a los tesalonicenses de la que se toma la cita anterior en la cual describió el mundo en el que vivió. Les pidió a los miembros de la iglesia de Tesalónica que oraran por él para que pudiera ser librado de los hombres malos. Pablo sabía que no todos aceptarían las buenas nuevas del evangelio y tampoco quería sufrir por causa de ellos.

Pablo se dio cuenta que la gente mala que se encontraba en los otros lugares donde pensaba predicar el mensaje de Jesús, también les haría daño a los que creían en Jesús en Tesalónica. Pero por el otro lado, Pablo quería que sus hermanos en la fe recordaran que “fiel es el Señor” para cumplir sus promesas. Dios les daría a estos creyentes la fuerza que necesitaban para mantenerse firmes contra los enemigos del evangelio y ante su peor enemigo: Satanás. Pablo no quería decir que la vida de los cristianos sería libre de peligro o daño porque así no es. Jesús también dijo: “Toma tu cruz y sígueme”. Y ellos podrían mantenerse firmes frente al peligro de Satanás, no por la fe que tenían, sino debido a la fidelidad de Dios.

Hoy día estamos, a cientos de años, y a miles de kilómetros de la gente de Tesalónica y del apóstol Pablo. Sin embargo, sabemos que nuestra vida no es tan diferente de la de ellos. Muchas personas que conocemos nos recuerdan que “no todo el mundo es creyente”. Que esto nos sirva de aviso bien claro para nosotros de no seguir el mismo estilo de vida.

Podríamos pensar que la mejor manera de vencer la incredulidad es vernos a nosotros mismos y la fe que tenemos. En lugar de eso, Pablo nos cambia la vista a nuestro fiel Señor. Es Jesús quien venció el poder del diablo y es él que nos da la fuerza para mantenernos contra lo malo que hay en este mundo. Jesús ganó la victoria sobre nuestros enemigos espirituales al evitar toda tentación y llevar la vida sin pecado. Luego Jesús ofreció su vida perfecta como el sacrificio por nuestros pecados. El domingo de Pascua, Jesús resucitó para mostrar que él obtuvo la victoria sobre: el pecado, la muerte, y Satanás. Por lo tanto, es nuestro Señor fiel el que nos fortalece y nos cuida del maligno.

Señor, que tus santos ángeles siempre estén conmigo para que Satanás y los malvados de este mundo no tengan ningún poder sobre mí. Amén.

Y el Señor me librará de toda obra mala y me preservará para su reino celestial. A él sea la Gloria por los siglos de los siglos. Amén (2 Timoteo 4:18).

GRACIAS, SEÑOR

La mayor parte de las personas son agradecidas por las cosas buenas que suceden en su vida. Poca gente es agradecida por las cosas malas que suceden en su vida. Pero, ¿qué tal los cristianos? ¿Pueden ser agradecidos por todas las cosas que suceden en su vida, o sea: lo bueno, lo malo, y lo feo? Claro que sí, porque ellos saben que en todas las cosas (no solo en las buenas) Dios obra para su bien.

Fíjese en el apóstol Pablo, cuando se le acercaba al final de su vida y escribió las palabras arriba. Él estaba encarcelado por predicar el evangelio de Jesús. A pesar de la soledad y el frío de la cárcel, y a pesar de que esperaba la pena de muerte, Pablo alabó a Dios. ¿Cómo pudo Pablo sentir agradecimiento en una situación tan desesperante?

Pablo sabía que el mismo Dios que lo había ayudado en el pasado lo ayudaría en el futuro. Él sabía que cuando llegara el tiempo apropiado, Dios lo llevaría al cielo. Pablo dijo esto en su carta a Timoteo cuando escribió: “Por lo demás me está reservada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no solo a mí, sino también a todos los que aman su venida” (2 Timoteo 4:8).

¿Lo ve? Pablo creía lo que aprendió acerca de Jesús como el Salvador del mundo. Pablo puso toda su confianza en: la vida, la muerte, y la resurrección de Jesús, para recibir el perdón de los pecados. Al saber todo esto, Pablo pudo decir: “A él sea la gloria por los siglos de los siglos”.

No sabemos lo que sucederá en nuestra vida hoy o mañana. No sabemos si nuestra vida será feliz o triste. Pero igual que Pablo, sabemos lo que nuestro Salvador ha hecho por nosotros. Gracias a Jesús podremos enfrentar cada día de nuestra vida con: agradecimiento, fe, y plena confianza. Finalmente, cuando llegue el tiempo apropiado del Señor para llevarnos a nuestro hogar en el cielo, podemos gritar: “A él sea la gloria por los siglos de los siglos”.

Gracias, Señor Jesús. Amén.

Nos salvó [Dios], no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo, el cual derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo, nuestro Salvador (Tito 3:5-6).

EL REINO DE DIOS VIENE A NOSOTROS POR MEDIO DEL SANTO BAUTISMO

En el domingo de Pentecostés, el Santo Bautismo fue muy importante para las tres mil personas que fueron bautizados por los apóstoles. El Bautismo es importante hoy en la iglesia de Cristo y seguirá siendo importante hasta que él vuelva en el día del juicio. ¿Por qué? Porque mientras que el mundo y la iglesia existan, habrá más bautismos para la salvación de muchos.

Es triste ver que algunas llamadas iglesias no creen la doctrina del Bautismo. Enseñan que el bautismo es solamente una ceremonia o rito vacío, que hacemos para comprobar nuestro compromiso con Dios. En cambio, la iglesia luterana enseña que el Bautismo es un medio poderoso que el Señor usa para: llevarnos a su gracia, darnos su perdón y muchas otras bendiciones.

Nuestro pasaje de la Biblia nos dice que Dios nos salvó al quitar nuestros pecados por medio del agua y de la palabra, en el bautismo. Este sacramento no sólo describe lo que es la salvación, en realidad nos otorga la salvación. En el Santo Bautismo Dios nos lava de tal manera que nos hace nacer de nuevo. La Biblia enseña que todos nosotros nacimos en este mundo separados de Dios y espiritualmente muertos. Pero Dios no quería que permaneciéramos muertos y separados de él, y nos dio un lavamiento especial que nos da la nueva vida, o sea, el segundo nacimiento. Por medio del Bautismo somos hechos parte de la familia de Dios y unidos eternamente con él.

Si Dios nos mostrara un registro de nuestros pecados, quedaríamos sorprendidos por el gran número de ofensas. Sin embargo, todos estos pecados han sido lavados por la sangre de Cristo a través de la fe en él. ¡Imagínese! Por medio del Bautismo el Espíritu Santo obra fe en nosotros para creer y aceptar esta gran verdad. Ahora somos nuevas personas, llenas de la paz que viene por medio del perdón de nuestros pecados.

El apóstol Pablo nos dice en el capítulo 6 de su carta a los Romanos, que a través del Bautismo estamos unidos con Cristo en su muerte y en su resurrección. O sea, nuestra carne pecaminosa muere todos los días en el agua bautismal por medio del arrepentimiento, para que el nuevo hombre pueda salir a llevar la vida dedicada a Dios. Ahora, lo que le pertenece a Cristo también nos pertenece: su santidad es nuestra santidad; su poder sobre el pecado es nuestro poder sobre él. El apóstol Pablo nos dice a los que somos bautizados: “Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro. No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus apetitos” (Romanos 6:11,12). Hay grandes bendiciones que son nuestras a través del bautismo.

Señor, ayúdame a seguir aferrado a mi bautismo y a seguir llevando la vida cristiana hoy y siempre. Amén.

Gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo (Filemón 3).

COMPARTAMOS LA GRACIA Y LA PAZ

Con frecuencia oímos las palabras “gracia” y “paz” sin pensar en el significado de ellas. La gracia es el amor inmerecido de parte de Dios para con nosotros, y la paz es la seguridad que Dios perdona nuestros pecados por medio de Cristo Jesús. No queremos olvidar estas palabras que Dios nos dio, porque fortalecen nuestra fe y nos ayuden a trabajar juntos como creyentes.

¡El pueblo de Dios, anhelamos su gracia y su paz! No importa donde vivamos ni el nivel económico que tengamos ni el color de nuestra piel, porque todos necesitamos el amor y el perdón de Dios. Por ejemplo, en su carta a los Romanos, el apóstol Pablo nos dice lo que es la gracia o el amor de Dios, que no merecemos: “Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Romanos 5:8). Es verdad fuimos concebidos y nacimos en el pecado. Además es verdad que todos los días pecamos contra la voluntad de Dios establecida en los Diez Mandamientos. En este mundo no hay nadie perfecto por sus obras, excepto Jesús quien vivió y murió por nosotros para regalarnos el amor y el perdón que no merecemos.

El pueblo de Dios también comparte este mensaje de paz con otras personas. Cuando Jesús nació, los ángeles cantaron a los pastores de Belén: “En la tierra paz”. Jesús vino al mundo para quitar el temor impenitente de Dios y para traer paz a nuestra alma. Es triste que muchas personas no viven en paz con Dios porque no saben acerca del Salvador. Queremos que ellos sean parte del pueblo de Dios y que disfruten de su gracia y de su paz, igual que nosotros. La gracia y la paz son más que solamente palabras, porque nos hablan del regalo de Dios de la vida eterna en el cielo.

O Señor, lleno de gracia y de perdón, sigue mostrándole tu gracia y tu paz a tu pueblo y luego sigue guiándonos para compartir este mensaje con los que no conocen a Jesús como su Salvador. Amén.

Pido para que la participación de tu fe sea eficaz en el conocimiento de todo el bien que está en vosotros por Cristo Jesús (Filemón 6).

OREMOS UNOS POR OTROS

Un misionero internacional que le hablaba a una congregación dijo: “Necesitamos sus oraciones. Oren por las personas que oyen nuestro mensaje para que el Espíritu Santo las guíe a creer en Jesús. Oren para que se fortalezca la fe de los que creen. Oren por nuestra salud y seguridad para que podamos continuar con la obra del Señor. Hermanos en Cristo, ¡oren por nosotros!”

Todos los cristianos encuentran consuelo al saber que los hermanos creyentes oran por ellos. El apóstol Pablo quería que Filemón supiera que él estaba orando por él para que “la participación de tu fe [la de Filemón] sea eficaz en el conocimiento de todo el bien que está en vosotros por Cristo Jesús”.

Cuanto más estudiemos la palabra de Dios, más entenderemos el gran amor que Dios nos tiene a través de su Hijo quien vivió y murió por nosotros. Cada día es necesario recordar todo lo que tenemos como cristianos viene como un regalo gratuito de Dios sin merecerlo. Por estas razones podemos orar unos por otros para que aumente nuestro entendimiento de la gracia de Dios.

Pablo también ora para que Filemón fuera eficaz en compartir lo que creía acerca de Jesús. Cuando nuestra fe aumenta, Dios nos da la fuerza de compartir estas buenas nuevas acerca de Jesús. Es triste pensar que mucha gente necesita al Salvador. Entonces, como creyentes, oramos por nuestros hermanos en Cristo que comparten su fe en su obra misionera. Orar unos por otros nos trae las bendiciones de Dios en todo momento.

Amado Señor, sigue ayudándonos a aumentar nuestro amor y nuestro entendimiento de ti. Ayúdanos a seguir llevando a otros a conocerte como el Salvador de ellos. Oramos por todos los que comparten su fe con otras personas. Amén.

Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su gran misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos (1 Pedro 1:3).

LA RESURRECCIÓN DE JESÚS NOS SALVA

Si usted le preguntara a un niño “¿Qué hizo Jesús para salvarte?”, ¿cuál sería la respuesta? Probablemente el niño diría: “Él murió por mí en la cruz”. ¡Alabado sea Dios por esta verdad! Pero todavía hay más que podemos decir acerca de lo que Jesús hizo para salvarnos.

¿Qué es lo que nos da nueva vida y la esperanza viva? El apóstol Pedro contesta: “La resurrección de Jesucristo”. Allí podemos apreciar lo que Jesús hizo para rescatarnos: del pecado, del diablo, y de la muerte. Por eso el apóstol Pablo escribió a los romanos: “[Jesús] fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación” (Romanos 4:25), y nuevamente a la iglesia de Corinto: “Y si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación y vana es también vuestra fe...aún estáis en vuestros pecados” (1 Corintios 15:14,17).

La resurrección de Jesús es una parte importante de su gran obra redentora. Por medio de ella nos muestra que en realidad era el Hijo de Dios y el Salvador del mundo. También demuestra que su muerte en la cruz fue suficiente para quitar nuestros pecados y satisfacer a Dios. Por fin la resurrección de Jesús nos asegura que en el último día nosotros también resucitaremos de entre los muertos.

En realidad, fue el milagro de la tumba vacía de Jesús lo que cambió a los discípulos de hombres miedosos a predicadores valientes. Por eso con el poder del Espíritu Santo en cualquier lugar del mundo predicaban las buenas nuevas acerca de Jesús. Siempre el enfoque de su mensaje era la resurrección de Jesús para darnos la nueva vida y la esperanza viva. La resurrección de Jesús probó la verdad enfática que Jesús conquistó al diablo y a la muerte eterna. Con razón Pablo dijo: “Quiero conocerlo a él y el poder de su resurrección” (Filipenses 3:10).

Cuando alguien le pregunte: “¿Qué hizo Jesús para salvarte?”, diga: él murió en la cruz por mí, y continúe con las buenas nuevas acerca de la resurrección de Jesús en el domingo de Pascua. Su resurrección es la garantía de que él es el Hijo de Dios y el Salvador de todo el mundo.

Señor Jesús, quiero seguir conociendo mejor el poder de tu resurrección para seguir agradeciéndote por la vida nueva y por la esperanza viva que me diste. ¡Ayúdame para que yo pueda con valor seguir hablándoles a otras personas acerca de tu resurrección! Amén.

Vosotros que lo amáis sin haberlo visto, creyendo en él aunque ahora no lo veáis, os alegráis con gozo inefable y glorioso, obteniendo el fin de vuestra fe, que es la salvación de vuestras almas (1 Pedro 1:8-9).

AHORA EL CIELO NOS PERTENECE

Un hombre prometió construir una casa para su amigo, pero mientras la construía se cayó del techo y se lastimó mucho. Nunca más pudo trabajar en la construcción y tampoco pudo cumplir su promesa. Aunque dio su palabra, por causa de la herida no pudo cumplirla. Por esto sus palabras pasaron y se desvanecieron.

¡Qué contraste con nuestro Señor Jesús cuando prometió: “Mis palabras no pasarán” (Mateo 24:35)! Las promesas de Jesús nunca se desvanecerán. Cuando él dice: “Te perdono tus pecados”, ya quedan perdonados. Cuando dice: “Porque yo vivo, ustedes también vivirán”, sabemos que viviremos por siempre con Jesús en el cielo. Cuando él dice: “Te doy la vida eterna”, podemos tener la absoluta seguridad de que estas palabras son verdad porque Jesús es el Hijo de Dios quien resucitó de entre los muertos.

El primer domingo de Pascua cuando Jesús apareció a los discípulos, Tomás no estaba presente. Rehusó aceptar que Jesús estaba vivo hasta que pudo poner su dedo en las heridas de las manos de Jesús. No creía las buenas nuevas acerca de Jesús resucitado hasta que lo vio vivo ocho días después.

Igual que el apóstol Tomás, muchas personas dudan de las promesas y palabras de Jesús. No sea como Tomás. Escuche las palabras del apóstol Pedro: “Vosotros, que lo amáis sin haberlo visto, creyendo en él aunque ahora no lo veáis, os alegráis con gozo inefable y glorioso, obteniendo el fin de vuestra fe, que es la salvación de vuestras almas”.

Ahora mismo todas las bendiciones de la fe en el Salvador resucitado pertenecen a usted: el perdón de los pecados, la paz espiritual, y el gozo de ser hijo de Dios. La vida eterna pertenece a usted desde el momento en que fue convertido. Es cierto que en esta vida no lo podemos ver ni apreciar en su totalidad, pero Jesús está con nosotros para ayudarnos y guiarnos hacia allá. Y sí es cierto que tampoco podemos verlo a él, pero él está presente con nosotros en todo momento. El constructor no pudo cumplir con su promesa, pero Jesús sí pudo porque es el Dios vivo y sus palabras nunca pasarán.

Señor Jesús, creo que resucitaste de entre los muertos. Sigue enviándome tu Espíritu Santo para que mi fe siga fortaleciéndose en tu palabra y así siga alabándote cada día por la salvación y la promesa de la vida eterna en el cielo. Amén.

Ya sabéis que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir (la cual recibisteis de vuestros padres) no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación (1 Pedro 1:18-19).

CONOZCAMOS AL CORDERO DE DIOS

Cuando Juan el Bautista estaba predicando por el río Jordán, un día señaló a Jesús y anunció a todos: “¡Este es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo!” (Juan 1:29). Por muchos años, Dios había estado preparando a su pueblo para este día y la llegada de su Hijo.

Muchos siglos antes, en el libro de Éxodo, Dios le había dicho a su pueblo la manera en que debía tener su última comida antes de salir de Egipto. Cada familia debía matar un cordero macho de un año que fuera perfecto en toda manera. Parte de la sangre de ese cordero debía usarse para pintar los lados y la parte de arriba de la puerta de su casa, porque esa misma noche el Señor iba a matar a todos los niños primogénitos de Egipto. Sin embargo, el Señor pasó sobre los hogares marcados con la sangre pintada en la puerta. A partir de entonces, cada año, el pueblo de Dios celebraba la fiesta de la Pascua, y recordaba que el Señor los había salvado.

Entonces, cuando Jesús llegó al río Jordán, vino como “el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo”. El vino a salvar a su pueblo, porque ellos eran esclavos del pecado y condenados al infierno. La única esperanza que tenían era que Dios que los salvara de ellos, por causa su amor y misericordia.

Jesús es el Cordero de Dios que llevó la vida perfecta al guardar la ley de Dios sin ninguna falla. Como el cordero pascual, fue sacrificado al morir en la cruz y su sangre nos marca como el pueblo de Dios. No solo eso, sino también su sangre nos limpia de la suciedad de nuestros pecados y nos cubre con su santidad.

Para recordar todo lo que Jesús hizo por nosotros, nuestro Salvador nos dio la Santa Cena. Allí Jesús es el Cordero de Dios que quiere asegurarnos del perdón por medio de su cuerpo y sangre, junto con el pan y el vino. ¡Gracias a Dios por enviarnos a su Hijo “el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo”!

Jesús, tú nos das la bienvenida y nos perdonas. Por lo tanto, sigue morando en nuestros corazones y sigue librándonos: del pecado, del temor a la muerte, y del infierno. Siempre sigue ayudándonos a creer en tus promesas. Amén.

Por medio de él creéis en Dios, quien lo resucitó [a Cristo] de los muertos y le ha dado gloria, para que vuestra fe y esperanza sean en Dios (1 Pedro 1:21).

TENEMOS ESPERANZA

Se ha dicho que lo único seguro en esta vida son la muerte y los impuestos. Noé, Abraham, y José, grandes héroes de la fe del Antiguo Testamento, probablemente dirían que no.

Dios le informó a Noé que iba a destruir el mundo con EL diluvio. Por fe Noé construyó el arca, y cuando llegó el diluvio, solamente se salvó la familia de Noé. Luego, Dios le prometió a Abraham que su familia sería más numerosa que las estrellas del cielo, aunque él y su esposa ya eran de edad avanzada y ya habían pasado el tiempo en que podrían tener hijos. Pero la Escritura dice: “Tampoco dudó por incredulidad de la promesa de Dios, sino que se fortaleció por la fe, dando gloria a Dios, plenamente convencido de que era también poderoso para hacer todo lo que había prometido” (Romanos 4:20-21). Abraham se convirtió en padre tal como Dios lo había prometido. Dios le había prometido a José que el pueblo de Israel volvería a la Tierra Prometida de Canaán, y él creyó la promesa. Cuando José vio que ya se le acercaba su muerte, les dijo a sus hermanos: “Dios ciertamente os visitará, y haréis llevar de aquí mis huesos” (Génesis 50:25). Cuando Dios sacó a su pueblo de Egipto, Moisés llevó los huesos de José de regreso a la Tierra Prometida, donde fue enterrado de nuevo.

Noé, Abraham, y José, sabían que había algo que era seguro, sin contar la muerte y los impuestos, porque sabían que Dios tiene el poder de cumplir con sus promesas. Hoy día también conocemos a Dios como el Dios todopoderoso, porque cumplió su promesa de enviar a su Hijo para que fuera nuestro Salvador. Dios el Padre mostró que es el Dios lleno de amor y de perdón, cuando mandó a crucificar a su Hijo y luego lo resucitó y lo llevó a la gloria del cielo, como había prometido. Ahora, como el Dios todopoderoso, sabemos que nos resucitará en el último día y nos dará la vida eterna en el cielo.

Esta es la esperanza que tenemos en nuestro Dios todopoderoso y fiel.

Señor Jesús, sigue ayudándonos a seguir creyendo que nuestra salvación es segura. Sigue guiándonos en nuestra vida para que siempre ansiemos vivir en el cielo. Amén.

Acercándoos a él, piedra viva, desechada ciertamente por los hombres, pero para Dios escogida y preciosa, vosotros también, como piedras vivas, sed edificadas como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo (1 Pedro 2:4-5).

LAS PIEDRAS COBRAN VIDA

El apóstol Pedro dice en el texto que somos como piedras vivas. Pero, ¡qué extraño es esto! No se puede decir que una piedra está viva porque: no respira, no tiene latido del corazón, ni puede moverse por ella misma, ni hablar. Podemos describir una piedra como: suave, aplanada, redonda, dura, o fría, pero jamás diríamos que las piedras están vivas.

Sin embargo, la piedra representa lo que es nuestro corazón por la naturaleza pecaminosa, o sea, duro y frío hacia Dios. Pero Jesús, la Piedra viva, nos ha dado la vida espiritual, debido al sacrificio que hizo por nosotros. Ahora somos libres de la muerte y del infierno, que merecíamos, y esperamos la vida maravillosa con él en el cielo.

Sin Jesús seríamos como piedras sin vida espiritual y sin esperanza. Pero, debido al poder de Dios en la palabra y los sacramentos, nos convirtió en piedras VIVAS como parte de la iglesia de Dios. Note que Pedro no dice que somos ladrillos porque los hombres hacen ladrillos y todos son del mismo tamaño y forma. Pedro nos llama piedras porque Dios las hace, no los hombres, y todas son diferentes.

Ahora Dios lo usa a usted como una piedra viva para edificar su iglesia. En la iglesia de Dios no hay nadie como usted porque cada uno es diferente en cuanto a los talentos o habilidades. Con la motivación del amor de Dios podemos usar esos dones y talentos, para servir a Dios y a los miembros de la iglesia, como piedras vivas. ¡Gracias a Dios!

Amado Señor Jesús, gracias por hacerme una piedra viva construida en tu casa espiritual. Amén.

Estad siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros (1 Pedro 3:15).

¿QUÉ DEBO DECIR?

“No sé lo que debo decir porque no he estudiado mucho la Biblia.” Algunas veces nos llena de temor el pensamiento de hablarle a alguien acerca de la esperanza que tenemos en Cristo. Pero, ¿cuánto conocimiento de la Biblia quiere Dios que tengamos antes de hablarles a otros acerca de Jesús? Cuando Jesús regresó al cielo les dijo a sus discípulos: “Recibiréis poder cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta lo último de la tierra” (Hechos 1:8).

Sí queremos hablarles a otros acerca de Jesús comenzando con nuestra familia y luego a nuestros vecinos. Sí sabemos lo que queremos decirles, la verdad acerca de lo que Jesús hizo por nosotros, los pecadores. Les diremos a los demás que todos somos pecadores. Podemos decirles que Jesús murió y resucitó para salvarnos de nuestros pecados y que nos llevará con él al cielo. En realidad, Jesús no nos pide que digamos mucho, y nunca nos dijo que hablarles a los demás acerca de él sería fácil, ni que no sentiríamos temor de hacerlo.

Después de todo, nuestra confianza es que el Espíritu Santo, no nosotros, cambiará el corazón de aquellos a quienes les hablamos acerca de Jesús. No hay que discutir acerca de la religión, solamente nos pide que estemos listos a dar una respuesta acerca de la esperanza que tenemos por medio de él.

Al diablo le gustaría que nosotros pensáramos que hablarles a otros acerca de Jesús es difícil y que sintamos temor de hacerlo. Al diablo le gusta cuando nos quedamos callados por temor a decir algo equivocado. Pero Jesús ya venció al diablo y por eso no tiene poder sobre nosotros. Por eso podemos sembrar la palabra de Dios en otras personas y dejar que el Espíritu Santo haga su trabajo de convertirlas. De esta forma, ¡se salvarán muchos!

Espíritu Santo, sigue ayudándome a hablarles a otros acerca de Jesús, y sigue usando mis palabras para que otras personas sean llevadas a la fe en Jesús. Amén.

Pero también si alguna cosa padecéis por causa de la justicia, bienaventurados sois. Por tanto, no os amedrentéis por temor de ellos, ni os inquietéis...Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios, siendo a la verdad muerto en la carne, pero vivificado en espíritu; y en espíritu fue y predicó a los espíritus encarcelados (1 Pedro 3:14,18-19).

SOMOS BIENAVENTURADOS

Es lamentable vivir en el mundo que odia a los cristianos y les causa daño. Esto es difícil de entender, cuando lo que hacemos es honesto y bueno. Pero las palabras de San Pedro nos dan ánimo al entender que somos bienaventurados al padecer por Cristo.

¿Cuáles son las bendiciones de sufrir por la causa de Cristo? Nuestra gran bendición es que “Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios”. Esto significa, que debido a lo que hizo Jesús, somos hijos de Dios y parte de la familia de Dios. Esta es el primer beneficio que tenemos como cristianos.

Después de que Jesús: sufrió, murió, y fue sepultado, fue resucitado por el Espíritu Santo para ir al infierno y mostrarle al diablo y a los incrédulos que él obtuvo la victoria sobre: el pecado, la muerte, y el infierno. ¡La muerte y el infierno no podían hacerle nada a Jesús! Debido a que Jesús resucitó de entre los muertos, nosotros también resucitaremos en el último día, y esto es el segundo beneficio que tenemos como creyentes en Cristo.

A través de Pedro, Dios nos dice que “[Cristo] habiendo subido al cielo está a la diestra de Dios; y a él están sujetos ángeles, autoridades y poderes”. Hoy día Jesús gobierna sobre todo el mundo. Aunque sufrimos por culpa del mundo incrédulo, no cambiarán las bendiciones que tenemos, gracias a Jesús. Él nos llevará a ver la gloria de Dios en el cielo, y esta es la bendición más grande de todas.

Amado Señor, sigue protegiéndonos ahora que vivimos en los últimos días. Sigue manteniéndonos fuertes en nuestra fe en ti. Por la fe sigue dejándonos ver las bendiciones que son nuestras ahora y las que disfrutaremos por siempre en el cielo. Te pedimos esto en el nombre de Jesucristo. Amén.

Los que en otro tiempo desobedecieron, cuando una vez esperaba la paciencia de Dios en los días de Noé, mientras se preparaba el arca, en la cual pocas personas, es decir, ocho fueron salvadas por agua. El bautismo que corresponde a esto ahora nos salva (no quitando las inmundicias del cuerpo, sino como la aspiración de una buena conciencia hacia Dios) mediante la resurrección de Jesucristo (1 Pedro 3:20-21).

EL BAUTISMO NOS SALVA

Nuestro bautismo nos da consuelo todos los días de nuestra vida porque no es solamente algo que se hace en una iglesia. Es algo que Dios hace por nosotros. El apóstol Pedro nos dice: “El bautismo...ahora nos salva”.

Pedro nos explica que el agua del diluvio destruyó todo lo que había en el mundo. Sin embargo, fue esa misma agua la que salvó a Noé y a su familia al levantar el arca. Ahora es el agua del bautismo que hace morir a nuestra naturaleza pecaminosa debajo del agua. Y luego resucita la naturaleza del hombre nuevo por la obra de Cristo. La palabra de Dios en el bautismo unida al agua, nos salva de la muerte eterna en el infierno. El bautismo no es un lavamiento que quite la suciedad de nuestro cuerpo, sino que nos quita el pecado que se encuentra en nuestra alma.

Pero, ¿cómo lo limpia y lo salva el bautismo a usted? “Jesucristo...nos salva mediante [su] resurrección de entre los muertos.” Dios aceptó el pago de la muerte de Jesús a cambio de la salvación de nuestra alma. Por lo tanto, Dios resucitó a Jesús de entre los muertos. Si Jesús no hubiera resucitado de entre los muertos, el nombre de Dios: el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo, en el que somos bautizados, no sería buenas noticias. La resurrección de Jesús de entre los muertos es la prueba de que Dios cumplió su promesa, y esto significa que la salvación de usted es segura, debido a lo que Jesús hizo por usted.

Dios el Padre, que al amarnos enviaste a tu Hijo a salvarnos; Dios el Hijo, que sufrió y murió para quitar nuestro pecado; Dios el Espíritu Santo, que ha obrado la fe salvadora en nosotros; te agradecemos por las bendiciones: de la fe, del perdón, de la vida, y de la salvación, que son nuestras en el bautismo. Amén.

El bautismo que corresponde a esto ahora nos salva (no quitando las inmundicias del cuerpo, sino como la aspiración de una buena conciencia hacia Dios) mediante la resurrección de Jesucristo, quien habiendo subido al cielo está a la diestra de Dios, y a él están sujetos ángeles, autoridades y poderes (1 Pedro 3:21-22).

JESÚS ESTÁ A LA DIESTRA DE DIOS

El día de la Ascensión de nuestro Señor Jesucristo ocurrió, 40 días después del domingo de Pascua y de su resurrección. Hoy día lo conmemoramos como el día en que Jesús regresó al cielo para recibir de nuevo toda la gloria que tenía antes venir a la tierra. La ascensión de Jesús al cielo es la prueba que el Padre celestial aceptó la obra redentora de Jesús, aquí en la tierra.

Al pensar que Jesús está en el cielo, podríamos llegar a la conclusión falsa de que Jesús ya no hace nada por nosotros, pero esto no es verdad. Las Escrituras nos enseñan lo que hace Jesús por nosotros desde el cielo. Por ejemplo, qué consuelo es saber que “resucitándolo de los muertos [Dios el Padre] y sentándolo [a Jesús] a su derecha en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad...lo dio por cabeza de todas las cosas a la iglesia” (Efesios 1:20,22). Nosotros somos miembros de la santa iglesia cristiana por medio de la fe en Jesús y ahora él gobierna todas las cosas para el bien de los creyentes. Esto nos asegura que nada ni nadie, pueden destruir la iglesia de Dios, ni si quiera al diablo mismo porque Jesús nos cuida con su poder.

Sabemos también que Cristo “está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros” (Romanos 8:34). Al sentir temor por nuestros pecados y por nuestras ofensas contra Dios, la Biblia nos recuerda que Jesús intercede por nosotros ante el trono del Padre. Igual que un abogado fiel, Jesús implora al Juez para que nos declare inocentes por la evidencia de su: vida, muerte, y resurrección, como nuestro Salvador. Y ahora Dios, como el Juez, ve lo que Jesús hizo por nosotros y nos ha perdonado.

Por fin, antes de que Jesús regresara al cielo, consoló a sus discípulos y a nosotros con una promesa hermosa: “En la casa de mi Padre muchas moradas hay...voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me voy y os preparo lugar, vendré otra vez y os tomaré a mí mismo, para que donde yo esté, vosotros también estéis” (Juan 14:2,3). ¡Qué bendición al saber que Jesús ha preparado un lugar para nosotros y que también pronto regresará para llevarnos allá!

Jesús, gracias por tu ascensión al cielo que me infunde tanta esperanza. Sigue quitando toda duda y asegurándome que me perdonas todos mis pecados y que me llevarás a vivir contigo en el cielo después de la muerte. Amén.

Ellos darán cuenta al que está preparado para juzgar a los vivos y a los muertos (1 Pedro 4:5).

SE ACERCA EL ÚLTIMO DÍA

Una niña estaba esperando la visita de su padre y, cuando llegó, ella le echó los brazos al cuello y lo abrazó. Muchas personas sentían temor de su papá porque: tenía una estatura de más de 1.80 metros, pesaba más de 113 kilos, y era el general en el ejército de su país. Pero la niña no sentía temor de él porque era su papá y se sentía segura en sus fuertes brazos.

¿Cuál será la reacción cuando Jesús venga en el último día? Muchas personas sentirán temor al ver a Jesús como juez, porque tendrán que rendirle cuentas de sus actos. En el último día Jesús vendrá como juez. Estas personas tienen su propia conciencia, la cual les recuerda que el castigo hasta por el pecado más pequeño será la muerte eterna en el infierno.

Pero como cristianos, igual que la niña con su papá que era el general, no sentiremos temor del último día, según la naturaleza nueva y espiritual. ¿Por qué no? Porque conocemos a Jesús como nuestro Salvador. Por medio del Santo Bautismo el Espíritu Santo, nos convirtió en hijos de Dios y en hermanos de Jesús. Por medio de Jesús, cada pecado ha sido lavado con su santa y preciosa sangre; ahora tenemos la vestidura blanca de la justicia de Jesús por medio de la fe en él y, por eso, no tenemos nada que temer en ese último día.

En cambio, podemos anticipar con ansiedad el día del juicio igual que la niña a su papá. Jesús nos dijo: “Cuando estas cosas comiencen a suceder, erguíos y levantad vuestra cabeza, porque vuestra redención está cerca” (Lucas 21:28). En el último día Jesús nos sacará de este mundo de pecado y nos llevará a nuestro hogar perfecto en el cielo, donde estaremos con Jesús por siempre. Para nosotros, los creyentes, el último día será un día de mucha alegría y mucha emoción, gracias a Jesús y su obra redentora. Y ahora, es verdad que se acerca el fin.

Jesús, tú regresarás a este mundo como juez de toda la gente. Espero con ansia el poder alabarte ante tu trono de gloria por todos los siglos. Amén.

El fin de todas las cosas se acerca; sed, pues, sobrios y velad en oración (1 Pedro 4:7).

ESTEMOS LISTOS PARA CUANDO JESÚS REGRESE

Un hombre joven se mudó de la casa de sus padres para independizarse, y ahora ellos venían a visitarlo por primera vez. El joven hizo todo lo necesario, compró alimentos y preparó una exquisita comida para darles la bienvenida a su apartamento. Por fin, después de mucho esfuerzo, todo ya estaba listo para su llegada.

Jesús prometió regresar a la tierra y el apóstol Pedro nos recuerda que ya se acerca su llegada también. ¿Qué es lo que queremos hacer para estar preparados? Primero, Pedro nos dice: “Sed, pues, sobrios”, es decir, que nos mantengamos con la mente clara y despojada de las preocupaciones de este mundo que nos pueden apartar de Jesús. Él no viene a contar las riquezas que tenemos ni para revisar el hogar tan hermoso que tenemos. Cuando Jesús venga, nos juzgará el corazón para ver si creemos en el mensaje del evangelio, o sea, si Cristo es nuestro Salvador personal de los pecados. Pedro también nos advierte que debemos llevar la vida piadosa en anticipación de ese día. No debemos permitir que el pecado y nuestra naturaleza pecadora controlen nuestra vida. Por ejemplo, cuando el joven estaba preparándose para la visita de sus papás, requirió mucho tiempo y esfuerzo. Pedro nos aconseja no llevar la vida con el pecado fuera del control y sin los frutos diarios del arrepentimiento en nuestra vida. Estos frutos consisten en la fe en Cristo como nuestro Salvador y las buenas obras en gratitud a Dios por su perdón y la vida eterna que nos ha dado en Cristo.

Pedro nos dice que la manera correcta de pensar y de actuar nos ayudará en nuestra vida de oración. Cuando vivimos de acuerdo a la voluntad de Dios, podemos hablarle claramente a Dios acerca de nuestras necesidades por medio de la oración.

Se acerca el fin y con la ayuda de Dios queremos estar al pie del cañón, listos para el regreso de Jesús. Mantengamos la fe en Jesús por medio de la Palabra, y llevemos la vida digna del Señor, porque no sabemos cuándo vendrá de nuevo.

Jesús, tú vienes pronto. Sigue manteniéndome listo, para ese día grande y glorioso, con los ojos de fe puestos en ti. Amén.

Pero vosotros, amados, tened memoria de las palabras que antes fueron dichas por los apóstoles de nuestro Señor Jesucristo; los que os decían: “En el último tiempo habrá burladores que andarán según sus malvados deseos”. Estos son los que causan divisiones, viven sensualmente y no tienen al Espíritu (Judas 17-19).

TENGAMOS CUIDADO CON LOS QUE SE BURLAN DE LA VERDAD

Sabemos y creemos, que el mundo no durará por siempre y pronto llegará a su fin. Pero no todos creen que en el último día Jesús juzgará a todas las personas y hasta se ríen de esta doctrina. El apóstol Pedro escribió lo mismo acerca de este acontecimiento: “En los últimos días vendrán burladores, andando según sus propias pasiones y diciendo: ‘¿Dónde está la promesa de su advenimiento?’” (2 Pedro:3,4). La triste realidad es que muchas personas se burlarán de las enseñanzas de Jesús.

Estas personas están muy equivocadas porque, como dice Judas en el texto arriba: “No tienen al Espíritu”. Es el Espíritu Santo que nos guía a las verdades de las Sagradas Escrituras. Él nos lleva a creer que ya se acerca el fin del mundo y a vivir de una manera que honre a Jesús. Los que se burlan de Jesús siguen sus propios deseos impíos y tratan de confundir a los creyentes con sus ideas falsas.

Como cristianos hay que tener cuidado con ellos porque tratan de apartarnos de nuestro Salvador. Jesús quiere que seamos suyos y ha hecho todo para que esto llegue a ser una realidad. Él ama a aquellos a quienes ha perdonado y no quiere que nada ni nadie nos separe de él. Nuestro Salvador nos advierte muchas veces, por medio de los escritos de los apóstoles, que tengamos cuidado de los que se ríen y se burlan de la palabra de Dios.

Amado Jesús, sigue protegiéndonos de todos los que se burlan, de tí y de tu regreso en el último día. Amén.

Pero vosotros, amados, edificándoos sobre vuestra santísima fe... (Judas 20).

EDIFIQUEMOS NUESTERA FE

Como vimos en la devoción anterior, el apóstol Judas nos advierte acerca de las personas que se burlan de Jesús y de la palabra de Dios. Ahora anima a los creyentes que vivimos en los últimos tiempos a permanecer firmes y a edificar nuestra fe.

En el texto Judas llama “santísima” a nuestra fe, o sea, algo de gran valor. ¿Por qué? Porque en primer lugar la fe proviene de Dios mismo, somos salvos por medio de ella y el centro de ella es Jesús. Él vino para salvarnos de nuestros pecados. El resucitó el domingo de Pascua para demostrar su victoria sobre: el infierno, la muerte, y el diablo. Por medio de la fe nuestros pecados son perdonados y tenemos el regalo de la vida eterna en el cielo. Sí, la fe es santísima y, de hecho, es el tesoro más precioso que tenemos. Por eso queremos asegurarnos de: mantener, fortalecer, y edificar la fe que tenemos en Cristo Jesús.

Edificar nuestra fe no sucede por ella misma, sino por la palabra de Dios como una parte de nuestra vida diaria. Leemos, estudiamos, y aprendemos, de nuestra Biblia en casa y en la iglesia, y aprovechemos del sacramento de la Santa Cena cada vez que podamos para nuestro bienestar espiritual. Si no usamos estos medios de gracia para edificar nuestra fe, no hay crecimiento espiritual, porque es el Espíritu Santo obra en nosotros a través de ellos para fortalecernos espiritualmente. Y aunque requiere tiempo y esfuerzo de voluntad para hacerlo, vale la pena escudriñar las Escrituras todos los días de nuestra vida.

Amado Jesús, sigue guiándome diariamente a edificarme en mi fe en ti por medio de tu Palabra y los sacramentos. Amén.

Gracia y paz a vosotros de parte de aquel que es...Jesucristo...el primogénito de la resurrección (Apocalipsis 1:5 NVI).

JESÚS VIVE POR SIEMPRE

“Lo que la muerte le hizo a Jesús no es nada cuando nos enteramos de lo que Jesús le hizo a la muerte.” Esto es la forma que un pastor le escribió a un señor cristiano que vivía en un país no-cristiano. Este señor tenía una Biblia e iba a morir precisamente por leerla. Su pastor le escribió una carta donde decía: “No se olvide de que Jesús ha destruido el poder de la muerte”. Estas palabras del pastor le dieron ánimo y fuerza al cristiano que enfrentaba la muerte como consecuencia de la persecución.

En el primer siglo de la iglesia cristiana muchos creyentes tuvieron que enfrentar la muerte debido a que creían en Jesús. El apóstol Juan, que vivió en la misma época, fortaleció la fe de los creyentes por inspiración del Espíritu Santo cuando escribió que Jesús había sido “el primogénito de la resurrección” (NVI). Juan y Pedro fueron a la tumba de Jesús la mañana de domingo de Pascua, pero Jesús no estaba allí porque estaba vivo. Jesús fue el primero en resucitar de entre los muertos, pero no será el último porque cada cristiano que tenga fe en Jesús como su Señor y Salvador, también resucitará a la vida eterna en el último día.

En la noche antes de su crucifixión, Jesús dijo a sus discípulos: “Porque yo vivo, vosotros también viviréis” (Juan 14:19). Estas palabras les dieron ánimo a los cristianos del primer siglo cuando su fe fue puesta a prueba y hoy día sucede lo mismo con nosotros.

¿Qué dificultades tiene usted en su vida? ¿Es la enfermedad o el temor a la muerte? ¿Necesita alimentos y ropa o un lugar para dormir? O, ¿La buena salud y el dinero lo han hecho olvidarse de Dios y de que usted necesita la ayuda de él? ¿Le atormenta su conciencia debido a sus pecados? ¿Está solo y necesita ayuda? La resurrección de Jesús le da a usted la seguridad de que él puede ayudarlo en todas sus dificultades, porque es el Dios todopoderoso y quiere ayudarlo.

¿Qué le enseña a usted la resurrección de Jesús? ¡Piense en el poder que necesitó Jesús para poder volver a la vida después de estar en la tumba por tres días! ¡Piense en el poder que Jesús usa para ayudarlo en todas sus dificultades! Después de esto, ¡piense en el poder que tiene Jesús para poder resucitarlo a usted de entre los muertos en el último día de este mundo! Él no solamente le dará vida a su cuerpo, sino que también limpia su alma de todo pecado.

El día de nuestra resurrección será un día maravilloso y por eso esperamos con ansia ese momento. Y hasta entonces podremos seguir enfrentando las dificultades de esta vida, al saber que Jesús tiene gran poder sobre: la muerte, el diablo, y el pecado. Esta segura esperanza es de mucho consuelo para nuestra vida cotidiana.

Padre celestial, no permitas que el temor a la muerte me quite la alegría del perdón de mis pecados, que Jesús me ha dado. Sigue fortaleciéndome mi fe y ayudándome en los días de dificultad. En el nombre de Jesús te lo pido. Amén.

He aquí que viene con las nubes: Todo ojo lo verá, y los que lo traspasaron; y todos los linajes de la tierra se lamentarán por causa de él. Amén (Apocalipsis 1:7).

JESÚS REGRESARÁ

Hace muchos años el pueblo italiano trabajó muy duro para poder convertirse en un pueblo libre. Durante los días malos acudían al general Giuseppe Garibaldi y lo apreciaron como el salvador nacional. Hasta los prisioneros en los calabozos se ponían contentos cuando oían los gritos de la calle: “Alégrese que ya viene Garibaldi”. Durante la oscuridad de la noche, los ciudadanos escribieron en las paredes y calles: “Ya viene Garibaldi”. Cuando llegaron las noticias de que ya se acercaba, el pueblo se reunió a gritar: “¡Garibaldi ha venido!” Por fin, bajo el liderazgo del general Garibaldi, el pueblo italiano logró su libertad. Pero alguien mejor que Garibaldi viene al pueblo de Dios y es Jesucristo. Si un hombre como Garibaldi hacía que la gente se sintiera contenta, cuánto más el pensamiento de la segunda venida de Jesús hará que los creyentes sintamos mayor gozo.

“He aquí” dice San Juan en el Apocalipsis, el último libro de la Biblia. ¿Qué será lo que todo el mundo verá en el último día de este mundo? Verá las ruinas de todo lo que existía y algo más. Verán a Jesús viniendo en las nubes para juzgar a cada persona. Todos los ojos lo verán, y esto incluye los suyos y los míos. No solamente los creyentes verán a Jesús sino también los mismos soldados que clavaron a Jesús en la cruz, junto con todos los demás que han vivido en la tierra.

En el último día muchas personas se pondrán tristes y llorarán con pesar, porque será muy tarde para que se arrepientan de sus pecados y crean en Jesús como su Salvador. En ese día todo el mundo se dará cuenta que Jesús es el único Salvador del mundo. Pero en ese momento será demasiado tarde porque su tiempo de gracia habrá acabado, o sea, el tiempo de buscar a Dios y la salvación que nos dio. Ese día sólo será de gran alegría para los creyentes.

¿Nos imaginamos el regreso de Jesús hoy o mañana? Estemos listos con alegría en nuestros corazones, porque puede venir en cualquier momento. Y cuando llegue ese día, gracias a Dios, nos dará más alegría al reconocer a Jesús como nuestro Salvador.

Todopoderoso Dios, sigue ayudándome a vivir cada día, como si fuera mi último día, con alegría en mi corazón por el mensaje de la vida y muerte de Jesús como mi Salvador. Amén.

"¡Sé fiel hasta la muerte y yo te daré la corona de la vida!" (Apocalipsis 2:10).

NOS ESPERA NUESTRA CORONA

En el mundo actual, no hay mucha gente que lleve una corona. Puede ser que los reyes y reinas de algunos países sí las llevan. La corona es un símbolo de que algo se hizo bien, para merecerla. Por ejemplo, en tiempos de la Biblia, a los que ganaban una carrera se les ponía una corona de hojas en honor al trabajo y esfuerzo que realizaron en el entrenamiento para la competencia. Además no todos los participantes de la carrera pudieron recibirla, sólo el ganador.

Ya viene el día en que nosotros los creyentes recibiremos regalada una corona de parte de nuestro Salvador. Jesús ganó esta corona con: su vida perfecta, su sufrimiento en la cruz, y su muerte. Jesús entrenó por 33 años para conseguirla al conquistar: el pecado, la muerte, y el infierno. Por medio de la cruz de Calvario y la tumba vacía, Jesús obtuvo la victoria por nosotros.

Ahora nosotros somos los que en el día del juicio por medio de la fe recibiremos las bendiciones que Jesús ganó para nosotros. Por medio de la fe en él, recibiremos el premio: la corona de la vida. Ahora tenemos vida espiritual con el perdón de los pecados, pero todavía tenemos la naturaleza pecaminosa y vamos a morir. La Palabra nos dice que resucitaremos y tendremos vida eterna; esto es la corona de vida que Jesús nos regalará.

Jesús es nuestro Rey que merece llevar corona. Pero lo maravilloso es que él les da la corona de vida a todas las personas que creen en él. Por medio de la enseñanza y de la prédica de la palabra de Dios, compartimos esta corona de vida con otros. Entonces ellos se regocijarán al recibir esta misma corona que Jesús nos da. En todo tiempo queremos compartir este mensaje con otras personas.

Queremos ser fieles a Jesús por el resto de nuestra vida, aquí en la tierra. No será fácil porque Satanás tratará de apartarnos de Jesús. Es triste cuando, con frecuencia, la gente no quiere escuchar nada acerca de Jesús y el mensaje de salvación, por medio de él. El Espíritu Santo nos dará la fuerza para mantenernos fieles a Jesús y para dar testimonio a otras personas acerca de la corona de vida que también les espera a ellos en el cielo.

Alabado seas, Rey del cielo, por tu maravillosa victoria sobre nuestros enemigos. Sigue manteniéndonos fieles al evangelio para que podamos recibir la corona de la vida eterna. Que tu reino venga a muchos que todavía no disfrutaban de tu paz ni de tu bendición. Abre el corazón de ellos para que crean y se unan a nosotros para alabar tu nombre. Amén.

El séptimo ángel tocó la trompeta, y hubo grandes voces en el cielo, que decían: "Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos" (Apocalipsis 11:15).

AYUDEMOS A OTROS A VER LA GLORIA DE JESÚS

Como cristianos creemos que Jesús es nuestro Salvador y Rey, y que él gobernará por los siglos de los siglos. Pero muchos de este mundo no creen lo mismo. ¿De qué manera podemos ayudar a otras personas a ver su gloria?

la Biblia habla que el diablo controla a los incrédulos. Según la Biblia él es "Entre los incrédulos a quienes el dios de este mundo les cegó el entendimiento, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo" (2 Corintios 4:4). Por medio de este versículo entendemos que hay dos reinos: uno de Dios y el otro del diablo, y que siempre luchan uno contra el otro.

Necesitamos que el Señor derroque la oscuridad del reino del Diablo. Por ejemplo, cada vez que oramos: "Venga a nos tu reino" del Padrenuestro, le pedimos a Dios que derroque ese reino. Jesús es el único que pudo vencer al diablo, como nuestro sustituto al: cumplir con la ley de Dios, sufrir el castigo de cruz que nosotros merecemos, y al resucitar en el domingo de Pascua. Pero el diablo todavía anda como león rugiente que busca a las personas de este mundo para apartarlas de Dios.

Dios usa estas buenas nuevas acerca de Jesús para extender su reino y para terminar con el poder del diablo. Ahora lo increíble es Jesús usa a personas como nosotros para orar que su reino se difunda en todo el mundo y para compartir las buenas nuevas con otras personas, sea donde sea. Llevémosles el mensaje de la Biblia a las personas de todo el mundo y trabajemos para que más personas conozcan a Jesús. De esta forma, en el último día muchas personas le agradecerán a Dios y también a nosotros, por el mensaje de salvación a través de la fe en Jesucristo.

Misericordioso Señor, somos miembros de tu reino de gracia. Sigue ayudándonos a difundir el mensaje de Cristo a otras personas con palabras y acciones, para que por medio de esto tu des y fortalezcas la fe en ellas. Amén.

Los regalos de Dios son para usted

Una serie de mensajes bíblicos más extensos

- *La Biblia es el regalo de Dios para usted*
- *El amor es el regalo de Dios para usted*
- *El perdón es el regalo de Dios para usted*
- *La vida eterna es el regalo de Dios para usted*

Los pasajes bíblicos son de la SANTA BIBLIA, versión Reina-Valera 1995.

Derechos Reservados

LA BIBLIA ES EL REGALO DE DIOS PARA USTED

¿Conoce usted a alguien que tenga una Biblia o tiene usted una Biblia? ¿Sabe usted lo que es una Biblia o sabe lo que la Biblia puede hacer por usted? Lea este mensaje y se enterará del mensaje de Dios que está en la Biblia y de lo que este mensaje puede hacer por usted.

Primero que nada, usted está invitado a leer algunos versículos de la Biblia donde el apóstol Pablo le escribe a su discípulo y colaborador, Timoteo. Esto es lo que le dijo a Timoteo y a nosotros:

“Pero persiste tú en lo que has aprendido y te persuadiste, sabiendo de quién has aprendido y que desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús. Toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra” (2 Timoteo 3:14-17).

Otro pasaje de la Biblia escrito por el apóstol Juan, uno de los discípulos de Jesucristo, nos habla acerca de la Biblia como el regalo de Dios para usted. Juan escribe:

“HIZO ADEMÁS JESÚS MUCHAS OTRAS SEÑALES EN PRESENCIA DE SUS DISCÍPULOS, LAS CUALES NO ESTÁN ESCRITAS EN ESTE LIBRO. PERO ESTAS SE HAN ESCRITO PARA QUE CREÁIS QUE JESÚS ES EL CRISTO, EL HIJO DE DIOS, Y PARA QUE, CREYENDO, TENGÁIS VIDA EN SU NOMBRE” (Juan 20:30-31).

“Dentro de cien años la Biblia será un libro olvidado.” Estas palabras las escribió hace 250 años un francés no creyente llamado Voltaire. Hoy en día la misma casa en la que él escribió estas palabras de odio, es un almacén donde se guardan biblias.

Sí, ha habido personas que han hecho todo lo posible para destruir la Biblia por su mensaje y se han quemado miles de copias de la Biblia. Hay miles de personas que han muerto por defender las Escrituras. Se ha discutido contra la Biblia, se han burlado de ella, y la han ignorado. SIN EMBARGO, a pesar de todo esto, hoy, más de 3,500 años después que los primeros libros de la Biblia fueron escritos y casi 2,000 años después de que fue completada, este Libro de libros permanece siendo: el más buscado, el más comprado, y el libro más leído del mundo. Pero, ¿POR QUÉ?

Porque entre las páginas del Génesis, el primer libro de la Biblia, y de Apocalipsis 22, el último capítulo de la Biblia, hay una historia dicha por hombres pero inspirada por Dios mismo.

La Biblia se divide en dos partes: el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento. En breve resumen, el Antiguo Testamento es la historia de la nación de Israel, o sea, el pueblo especial y escogido de Dios. De esta nación salió un hombre, no un hombre común, sino: el Dios-hombre, el Salvador, Jesús; el Nuevo Testamento es la historia de este Dios-hombre, Jesucristo, con su obra redentora por nosotros.

De los 27 libros del Nuevo Testamento que hablan de este Salvador, llamado Jesús,

encontramos la vida y el ministerio de Jesús en los cuatro primeros libros, o sea, los Evangelios. Ellos fueron escritos por: Mateo, Marcos, Lucas, y Juan, y presentan la historia de Jesús de una manera excelente y completa. De los cuatro Evangelios, tal vez el relato más hermoso de la vida de Jesús está escrito por Juan donde explica su propósito mayor en escribir su libro: “Estas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre” (Juan 20:31).

En otras palabras, el apóstol Juan, en una oración, nos dice no sólo el tema principal del libro sino también el pensamiento principal de toda la Biblia. Nos dice que a través de Jesucristo, que es el Salvador prometido, recibimos la vida de fe aquí en la tierra y la vida eterna en el cielo.

Por medio de este versículo también aprendemos que la Biblia nos lleva a la fe en Jesús como nuestro Salvador. En el relato bíblico de este mismo capítulo del Evangelio de Juan, escuchamos acerca de uno de los doce discípulos de Jesús que se llama Tomás, el dudoso. Se le llama así porque al principio no creyó que Jesús había resucitado en la mañana del domingo de Pascua, aunque los otros discípulos dijeron que sí. Por eso les dijo: “Si no veo en sus manos la señal de los clavos y meto mi dedo en el lugar de los clavos, y meto mi mano en su costado, no creeré” (Juan 20:25), y luego, ¿qué sucedió? Ocho días después Jesús se les apareció otra vez a todos sus discípulos mientras Tomás estaba con ellos y volviéndose a él personalmente, Jesús le dijo: “Pon aquí tu dedo y mira mis manos, acerca tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente” (Juan 20:27). Inmediatamente Tomás cayó de rodillas y dijo: “¡Señor mío y Dios mío!” (Juan 20:28). Jesús dijo entonces: “Porque me has visto, Tomás, creíste; bienaventurados los que no vieron y creyeron” (Juan 20:29).

Cuántas personas de hoy en día también dicen: “Si sólo pudiera ver a Jesús o ver que él hace un milagro, entonces creería”. Pero maravilla de maravillas, usted también PUEDE ver a Jesús de una manera que la gente de sus días nunca lo vio. Jesucristo, durante su ministerio público vio a pocas personas a la vez al hacer un milagro en un lugar o al predicar a otras personas en otro lugar. Pero nosotros que vivimos ahora podemos ver lo importante que Jesús hizo y dijo al tomar nuestra Biblia y leerla.

En la Biblia, pasan ante nuestros ojos de fe, el testimonio de hombres que caminaron y hablaron con Jesús. Ellos nos explican acerca del hombre histórico, Jesús:

- El que se sentó en el templo para oír y estudiar la palabra de Dios.
- El que se paró en las lomas de las colinas de Galilea para hablar acerca de Dios y de nuestra salvación.
- El que oró por sus amigos y por sus enemigos.
- El que sufrió y murió en la cruz.
- El que resucitó triunfantemente de entre los muertos y que ascendió al cielo.

Aquí en la Biblia este Jesús histórico es también el Salvador prometido del Antiguo Testamento, que miraba y esperaba al Cristo venidero. Jesús, que es el Cristo, dijo:

“Moisés escribió de mí. A menos que usted crea que yo soy él, ustedes morirán en sus pecados.”

Esto también es un punto importante que se encuentra en la Biblia: ¿Cómo se puede salvar usted de sus pecados? Un hombre asustado y al punto de suicidarse hizo esta pregunta hace casi 2,000 años y las personas asustadas todavía la hacen hoy: ¿Qué debo hacer para librarme: de mi pecado, de mi conciencia que me acusa y, sobre todo, del juicio de Dios que invoco yo mismo debido a mi culpa?

El hombre asustado de la Biblia recibió una respuesta sencilla a su pregunta de parte del apóstol Pablo: “Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo tú y tu casa” (Hechos 16:31). Estar en la relación correcta con Dios no es un asunto de hacer el bien como muchos piensan, sino un asunto de creer en Jesucristo. Hoy usted aparentemente puede ser muy bueno, pero esto no borrará ni quitará los pecados de ayer. Hasta el día de hoy usted no ha sido lo suficientemente bueno para poder estar delante de su Dios santo y perfecto. Pero aquí están las buenas nuevas de la Biblia: ¡Dios ha prometido un camino para que usted escape de su pecado y de su culpa!

Por el poder del Espíritu Santo que obra a través del evangelio, como se encuentra en la Biblia, crea que Jesucristo es en verdad el Hijo de Dios y su Salvador personal. Cuando él murió en la cruz pagó el castigo por sus pecados. ¡Lo hizo EN VERDAD!

Por el poder del Espíritu Santo que obra a través del evangelio como se encuentra en la Biblia, crea que Jesucristo resucitó de la tumba para probar su poder sobre: el pecado, la muerte, y el diablo. Crea que él ascendió al cielo a preparar allá un lugar para todos los que mueren en la fe en él. ¡Ya lo HA HECHO!

Por lo tanto, lea la Biblia para aprender lo que Jesús hizo por usted. La Biblia es el regalo de Dios para usted, donde no sólo aprenderá acerca de Jesús sino también aprenderá acerca de la vida que pertenece a usted a través de Jesucristo.

Juan escribió: “Pero estas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre”.

Sí, Jesús le promete la vida feliz en la tierra cuando dijo: “Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia” (Juan 10:10). ¿Qué es lo que se necesita para tener la vida llena y abundante?

¿Es el dinero? Muchas personas ricas a pesar de serlo son muy infelices. La palabra de Dios nos recuerda que debemos estar contentos tan sólo con alimento y ropa.

¿Es un apartamento o casa bonitos? Algún día las casas y los apartamentos, caerán en la ruina porque no durarán para siempre.

¿Es una buena carrera o es la buena salud lo que es necesario para tener una vida feliz en la tierra? Ni siquiera esto trae la verdadera felicidad porque la vida abundante no es ninguna de estas cosas. La mera felicidad es servicio a Dios, en primer lugar, y luego el servicio a nuestro prójimo. Una vida llena es la que lleva el hijo creyente de Dios al ayudar a otros y al hacer lo que es correcto de acuerdo a la voluntad de Dios. Es la vida de fe la que lleva a la vida eterna en el cielo, donde la vida nunca se termina.

Si una persona muere, ¿volverá a vivir? Esta es una pregunta que hacen miles de personas todos los días. El incrédulo dice: “No” y el filósofo contesta, “Tal vez”. Pero solamente una persona que tiene la fe viva en Jesucristo puede decir con certeza: “¡SÍ!”

El creyente en Jesús contesta así porque cree las palabras que él dijo: “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente” (Juan 11:25-26). ¿Nunca morirá? Qué consuelo y seguridad, son estas palabras para el corazón enfermo de pecado, saber que por medio de la fe en Jesús la vida de una persona en la tierra no es más que el comienzo de la vida mejor en el cielo. La vida en el cielo es la vida que Jesús le promete a usted por medio de la fe cuando dijo: “En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me voy y os preparo lugar, vendré otra vez y os tomaré a mí mismo, para que donde yo esté, vosotros también estéis. Y sabéis a donde voy y sabéis el camino” (Juan 14:2-4). Tomás le preguntó a Jesús: “Señor, no sabemos a dónde vas; ¿cómo, pues, podemos saber el camino?” Jesús le contestó: “Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre sino por mí” (Juan 14:5-6).

Es solamente en la Biblia donde usted puede saber acerca de Jesús como el único camino al cielo, entonces léala. Si no tiene una Biblia, compre una y léala. La Biblia es el regalo de Dios para usted y por medio de ella, especialmente los evangelios de: Mateo, Marcos, Lucas, y Juan, usted se entera de lo que Dios ha hecho por usted a través de su Hijo, Jesucristo.

El apóstol Juan nos recuerda esto cuando escribe: “Pero estas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre”.

Ore para que la vida en Jesús también siga perteneciéndole a usted. Amén.

Ahora oramos:

Misericordioso Señor, te agradezco por tu palabra de salvación: la Biblia. Abre mi corazón y mi mente para que cuando yo lea el mensaje sagrado de la Biblia, la fe siga echando raíces en mí y siga creciendo. Ayúdame en todo tiempo a seguir buscando y a seguir encontrando a mi Salvador, Jesús, en la Biblia, y a seguir creciendo en el entendimiento de tu Palabra. Otorga que las personas que leemos tu palabra encontremos la paz del corazón por medio de Jesús y, por medio de la promesa del evangelio, llévame a la vida eterna en el cielo. Te pido esto en el nombre de Jesús. Amén.

EL AMOR ES EL REGALO DE DIOS PARA USTED

Aunque todo el mundo tiene la necesidad básica de ser amado. Sin embargo, muchas personas no son amadas y son desdichadas. Pero hay alguien que sí lo ama a usted, y este mensaje nos dirá quién es.

Los siguientes son unos versículos de la Biblia donde Juan, uno de los apóstoles de Jesucristo, habla del amor de Dios por usted.

“Amados, amémonos unos a otros, porque el amor es de Dios. Todo aquel que ama es nacido de Dios y conoce a Dios. El que no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor. En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros: en que envió a su Hijo unigénito al mundo para que vivamos por él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados. Amados, si Dios así nos ha amado, también debemos amarnos unos a otros. Nadie ha visto jamás a Dios. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros y su amor se ha perfeccionado en nosotros” (1 Juan 4:7-12).

Estas palabras de amor no son las únicas que se encuentran en la Biblia. En otro lugar, el apóstol Juan también escribió:

“DE TAL MANERA DIOS AMÓ AL MUNDO, QUE HA DADO A SU HIJO UNIGÉNITO, PARA QUE TODO AQUEL QUE EN ÉL CREE NO SE PIERDA, SINO QUE TENGA VIDA ETERNA” (Juan 3:16).

Para nosotros el corazón de la palabra de Dios es el evangelio, o sea, las buenas nuevas que nos cuentan acerca de Jesucristo y de nuestra salvación por medio de él. Estas buenas nuevas se encuentran en la canción de un ángel del cielo cuando Jesús nació en Belén: “No temáis, porque yo os doy nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo, que os ha nacido hoy, en la ciudad de David, el Salvador, que es Cristo el Señor” (Lucas 2:10 y 11).

Estas buenas nuevas también se encuentran en las palabras de Jesús a Nicodemo en Juan 3:16 que citamos anteriormente. Estas palabras les son bien conocidas a los creyentes de todo el mundo. Estas palabras son conocidas por los cristianos de todas partes y más que cualquier otra afirmación de la Biblia; generalmente son las primeras palabras de la Biblia que aprenden los niños. Más que cualquier otra afirmación de la Biblia, estas palabras nos hablan de las buenas nuevas del amor de Dios por nosotros a través de Jesucristo. Más que cualquier otra afirmación de la Biblia, estas palabras le hablan a usted y le recuerdan que el amor de Dios es para USTED.

Podemos también apreciar que este amor de Dios es para todo el mundo y por lo tanto Esto lo incluye a usted.

Dios amaba al mundo cuando lo creó perfecto y sin defecto. Esto incluía a la humanidad cuando creó a Adán del polvo de la tierra sin enfermedad ni pesar. Dios dio al hombre un alma que ninguna otra criatura tiene y que distingue el hombre de las otras criaturas. Esta alma era justa y santa, es decir, sin pecado. Luego Dios le dio a Adán su esposa, Eva, a quien Dios creó de la costilla de Adán. Ambos eran perfectos y vivían en un hogar perfecto que se llamaba el huerto de Edén. Dios hizo todo esto debido a que AMABA el mundo.

Pero usted sabe que el mundo y las personas en el mundo no son así ahora. Usted y yo no somos perfectos en nuestro cuerpo porque: nos enfermamos, sentimos dolor, y sufrimos. Tampoco somos perfectos en espíritu al pecar unos contra otros con: mentiras, robos, maldiciones, y palabras feas. Tampoco el mundo en que vivimos es perfecto porque hay: hambres, terremotos, fuegos, inundaciones, y guerras.

¿Qué sucedió que cambió el mundo perfecto, que Dios había creado, en un mundo lleno de: odio, sufrimiento, y pecado? Lo que pasó fue que Adán y Eva se rebelaron contra Dios al desobedecer el mandato que Dios les había dado de no comer del árbol, y de esta manera hundieron a todo el mundo en el pecado, incluyéndolo a usted y a mí.

Sin embargo, a pesar de nuestra pecaminosidad, Dios siguió amando al mundo y prometió la salvación de la humanidad. Inmediatamente después de su gran falla, les prometió a Adán y a Eva que enviaría el Salvador del pecado. Luego envió a los profetas a preparar el corazón de la humanidad para el día en que naciera el Salvador en Belén. Por fin, motivado por su amor, envió a su único Hijo, Jesucristo, al mundo para salvarnos de nuestros pecados. Jesús llevó la vida perfecta y sin pecado. Jesús nos salvó cuando murió en la cruz, cargando el castigo que nosotros merecíamos por nuestros pecados. Después de esto, resucitó al tercer día para mostrar que él es verdadero Dios y para garantizar nuestra salvación. Por lo tanto Dios nos declaró justos e inocentes por causa de Jesús y su obra.

Dios, que amó al mundo, todavía sigue amándolo, y le dice que la salvación es para usted.

El mundo donde hay tanto pecado necesita el amor de Dios. Hay odio entre naciones y por eso se desarrolla guerras donde matan a miles de personas. También hay odio que se desarrolla en peleas entre personas del mismo país. Y no necesitamos ir muy lejos para ver nuestra propia vida y cómo el odio destruye nuestra vida familiar. Les decimos palabras duras a nuestros hijos o a nuestro cónyuge, y como resultado surge todo tipo de discusiones que destruyen la armonía familiar.

Pero en contraste a este odio, Dios lo ama a usted y, por la gracia de Dios, es decir, por su amor que no merecemos, usted todavía puede encontrar este amor de Dios en el evangelio. El evangelio es la buena nueva del amor de Dios por medio de lo que Jesucristo ha hecho por nosotros. Dios le dice a usted en su palabra, la Biblia: “Aunque vuestros pecados sean como la grana, como la nieve serán emblanquecidos”

(Isaías 1:18) y Jesús añade: “Ten ánimo, hijo; tus pecados te son perdonados” (Mateo 9:2).

Una aplicación a la vida diaria de este evangelio son los momentos cuando podemos decir en arrepentimiento a Dios o a las personas que hemos ofendido: “Siento mucho haberte lastimado”, o, “Por favor, perdóname por lo que hice”.

Sí, el amor de Dios es para todos y lo más importante aún es que está destinado a usted.

Sin embargo, debemos recordar que el amor de Dios se manifiesta en Jesucristo como el Salvador del mundo. Por eso dijo Jesús: “De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito”.

Nuestra vida está llena de promesas rotas, o sea, promesas que otros nos hicieron a nosotros y promesas que hicimos nosotros pero no fueron cumplidas. Pero las promesas de Dios son seguras porque él tiene el poder para cumplirlas y las cumplirá.

Por ejemplo, Dios prometió enviar al Salvador y cumplió con su promesa cuando Jesús nació. Esta es la historia de la Navidad cuando Jesús era un bebe que yacía en el pesebre. La Navidad es la historia de los pastores que adoraron a Jesús y de los ángeles que cantaron: “Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres” (Lucas 2:14). La Navidad es la historia de los Reyes Magos que vinieron del Oriente para adorar a Jesús con sus regalos maravillosos y valiosos.

También Dios prometió enviar al Salvador y cumplió con su promesa cuando Jesús murió. Esta es la historia del Viernes Santo cuando crucificaron a Jesús en una cruz y sufrió por nosotros. Esta parte de la historia culmina con el grito de victoria de parte de Jesús desde esa cruz: “¡Consumado es!” (Juan 19:30). Al morir por nosotros en la cruz, Jesús completó nuestra salvación por amor a nosotros y nos salvó al recibir el castigo por nuestros pecados.

Por fin Dios había prometido enviar al Salvador y cumplió con su promesa cuando Jesús resucitó de entre los muertos. Esta es la historia de la Pascua de Resurrección con la tumba abierta y vacía. La Pascua es la historia de los alegres seguidores de Jesús al enterarse por el ángel que Jesús estaba vivo: “Buscáis a Jesús, el que fue crucificado. No está aquí, pues ha resucitado, como dijo” (Mateo 28:5).

Así como Dios prometió enviar al Salvador y cumplió con su promesa, así también Dios prometió salvarlo a usted y cumplirá esta promesa también. Nos lo dice en las palabras: “De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna”.

Es Dios el que nos da la fe para creer en sus promesas de perdón y la vida eterna. Por nuestro propio pensamiento no podemos creer en Jesucristo ni llegar a él; pero el Espíritu Santo nos llama por medio del evangelio, las buenas noticias de que Dios nos

ama y envió a Jesús para salvarnos.

Es Dios quien nos da la vida eterna. Cuando muramos, nuestro cuerpo puede ser puesto en una tumba, pero nuestra alma, redimida por la santa y preciosa sangre de Jesús, seguirá viviendo en el cielo por medio de la fe en Cristo. En el último día del juicio, nuestro cuerpo resucitará y se reunirá con nuestra alma. Entonces tanto en cuerpo como en alma, estaremos en el cielo con Jesús. ¡Qué promesa tan maravillosa es ésta! En su amor Dios les hace esta promesa a todos los que creen en él y Jesús nos dice lo mismo cuando su amigo Lázaro murió. Para consolar a la hermana de Lázaro, Marta, le dijo: “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente” (Juan 11:25).

El amor de Dios es para usted y se encuentra en Jesucristo.

Jesús dio su vida para que usted no muriera eternamente.

Jesús resucitó de entre los muertos para que usted pudiera vivir con él por siempre.

Dios amó tanto al mundo: este es el centro del evangelio.

Dios amó tanto al mundo: es un mensaje que es para todos.

Dios amó tanto al mundo: es una promesa hecha a usted.

En verdad: el regalo del amor de Dios ES para USTED. Amén.

Ahora oramos:

Amado Dios, Padre celestial, tú eres la esperanza de nuestra salvación. Por medio de tu Espíritu Santo sigue otorgándonos el poder de confiar en Jesucristo, nuestro Salvador, y no en nuestra propia bondad. Sigue ayudándonos a creer en tu amor que se encuentra en tu Hijo unigénito. Sigue cumpliendo tu promesa de que cualquiera que crea en Jesús no morirá, sino que tendrá vida eterna. De acuerdo con tu voluntad, sigue sanando a los enfermos y fortaleciendo la fe de todos los que dudan de tu palabra. Te lo pedimos en el nombre de Jesucristo. Amén.

EL PERDÓN ES EL REGALO DE DIOS PARA USTED

(Adaptada de un sermón por el profesor David Valleskey)

Cuando usted lastima a alguien, le pide a esa persona que lo perdone y se siente feliz cuando esa persona dice: “Te perdono”. Ahora la realidad es que todos nosotros lastimamos a Dios cuando pecamos y todos debemos sentirnos contentos de que Dios esté listo a perdonarnos y tenga la buena voluntad de hacerlo.

Leemos acerca de este perdón en las palabras que el apóstol Pablo les escribió a los creyentes de Roma, hace muchos años:

“Pero sabemos que todo lo que la ley dice, lo dice a los que están bajo la Ley, para que toda boca se cierre y todo el mundo quede bajo el juicio de Dios, porque por las obras de la Ley ningún ser humano será justificado delante de él, ya que por medio de la Ley es el conocimiento del pecado. Pero ahora, aparte de la Ley, se ha manifestado la justicia de Dios, testificada por la Ley y por los Profetas: la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él, porque no hay diferencia, por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios, y son justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre” (Romanos 3:19-25).

Ahora queremos estudiar solamente una afirmación de este párrafo. Estas palabras nos dicen de qué manera todos nosotros somos perdonados por Dios.

“TODOS PECARON Y ESTÁN DESTITUIDOS DE LA GLORIA DE DIOS, Y SON JUSTIFICADOS GRATUITAMENTE POR SU GRACIA, MEDIANTE LA REDENCIÓN QUE ES EN CRISTO JESÚS.”

“Lo siento”. Muchas veces en nuestra vida debemos pedirle a alguien que nos Perdone, porque le hemos lastimado con lo que hicimos o con lo que dijimos. También todos nosotros hemos lastimado a Dios con nuestros: pensamientos, palabras, y acciones. A esto se le llama pecado. Pero Dios nos perdona y es importante entender cómo y por qué Dios actúa así.

Es una verdad universal que TODOS hemos pecado y hemos fallado en guardar la santa ley de Dios. TODOS nosotros hemos pasado los límites que Dios ha establecido para nosotros en los Diez Mandamientos y esto ha sucedido desde el momento que nacimos. El salmista nos recuerde: “En maldad he sido formado y en pecado me concibió mi madre” (Salmo 51:5) y Jesús añade: “Lo que nace de la carne, carne es” (Juan 3:6). Nadie puede estar delante del Dios santo y decir: “Señor, yo soy perfecto en lo que hice y en lo que pensé”. La Biblia dice que no hay nadie sobre la tierra que haga lo bueno y que nunca peque.

Y esto no solamente es verdad de nosotros, también es verdad de los seis billones de personas que viven en el mundo ahora mismo. Desde la caída de Adán y Eva en el pecado, nadie ha podido elevarse por sobre el pecado de sus antepasados. La Biblia nos enseña la verdad que “**TODOS** han pecado y están destituidos de la gloria de Dios”.

Imagínese usted mismo delante de su Dios, su juez, y que él le pregunte: “¿Por qué debo dejarte entrar al cielo?” ¿Qué pasaría si usted le dijera: “He intentado ser bueno y he tratado de mantenerme apartado de lo que era malo”? ¿Es que Dios le contestaría: “Has hecho bien, siervo fiel”? o diría: “Te has quedado corto en mi norma de ser perfecto. No tienes mi aprobación”. Esto es verdad no solamente de usted, sino que es verdad de todas las personas porque todos hemos pecado. Todos hemos caído de la gloria de Dios y todos merecemos oír del juez las palabras más aterradoras: “Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles” (Mateo 25:41). Todas las personas saben que esto les espera algún día. En realidad, la historia de todas las religiones que han sido elaboradas por la humanidad a través de los años, verdaderamente es la historia de los intentos de escaparse del juicio justo de Dios. Como tales, son religiones que crean un miedo terrible a un juez furibundo.

Por ejemplo, casi el ochenta por ciento de las personas de la India son de la religión hinduista que tienen millones de dioses y continuamente están descubriendo nuevos dioses. De alguna manera todos son diferentes, pero son similares de una manera muy importante: todos son dioses que inspiran temor. La gente teme lo que les dirá este dios y teme que los desvanezca por siempre. Para el hindú, la religión es tratar de satisfacer a un dios furibundo al llevarle y ofrecerle sacrificios para que el dios se sienta satisfecho con ellos. Pero esto no funcionará debido a que no hay millones de dioses. Solamente hay un Dios y este Dios verdadero dice que todos han pecado y están destituidos de mi gloria. Dios también dice: "La paga del pecado es la muerte."

La gente necesita aprender acerca de este verdadero Dios de santidad. Él no es un Dios que perdonará si yo lo satisfago un poquito. Pero él es el Dios que dice que todos hemos sido destituidos de su gloria y que la paga del pecado es la muerte.

Por el otro lado, es este mismo Dios que es el Dios de gran amor. “**TODOS** han sido justificados gratuitamente por la gracia de Dios por medio de la redención que vino por Cristo Jesús.” Estas son unas de las palabras más hermosas de la Biblia y vale la pena estudiarlas de una manera más profunda. Queremos hacerlo al ver las tres palabras principales: justificación, gracia y redención.

Todos hemos sido “justificados” de la siguiente manera: Imagínese que está en la sala de la corte y está ante el juez. Usted fue encontrado en el acto de cometer un crimen y sabe que es culpable. Usted está esperando que el juez lo declare culpable y entonces pronuncie la sentencia. Pero en vez de esto, el juez le dice: “**NO** es culpable” y como resultado usted sale justificado, o sea, una persona libre e inocente. Esto es lo que Dios le dice a todo el mundo a pesar de su culpabilidad ante él. El mundo que solamente podía decir de sí mismo: “Culpable, culpable, culpable” ahora queda

justificado, es decir, declarado “inocente”. En realidad, esto no parece lógico ¿no es verdad? “Todos han pecado” debe llevar a “todos son culpables” que por lo tanto debe llevar a “todos son condenados”. Pero aquí no hablamos de esto. Todos han pecado y todos son culpables, pero todos han sido declarados inocentes. ¿Cómo puede ser esto?

Esto nos lleva a la segunda palabra que es la palabra “gracia”. “Todos han sido justificados gratuitamente por la gracia de Dios.” La gracia es un regalo de parte de Dios en cuanto al perdón de nuestros pecados. Nosotros no somos capaces de ganar este perdón ni tampoco podríamos hacer suficientes buenas obras para ganar el favor de Dios. Tenía que ser gratuito por la gracia de Dios que es su amor que no merecemos. Y así fue, pero no fue nada barato.

Esto nos lleva a la tercera palabra principal: “redención”. “Todos...son justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús.” La redención es la libertad que se consigue para una persona por medio del pago del rescate. El valor del rescate es la vida y la sangre de nuestro Señor Jesucristo. Él entregó su vida y derramó su sangre. Así el pagó el valor del rescate por toda la humanidad. “De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna.”

Dios pudo ser el Dios justo en una mano y en la otra el justificador del culpable debido a la redención que vino en Cristo Jesús. Esta es la manera, la única manera, “mediante la redención que es en Cristo Jesús”, que usted puede estar de pie, con alegría, ante nuestro Señor Jesús cuando venga nuevamente a juzgar al mundo en el último día. Esta es la razón por la que todo el mundo también puede estar de pie ante Dios.

Todos hemos pecado, todos hemos sido destituidos de la gloria de Dios, y la paga del pecado es la muerte. Pero Dios en su misericordia ha declarado inocente a la gente de este mundo por medio de la redención que Cristo Jesús pagó por nosotros. Cuando Jesús murió en la cruz y gritó: “Consumado es”, toda la humanidad fue perdonada de todo el pecado que había cometido y que cometería. Todos somos perdonados por el Dios justo y amoroso. Este es el mensaje que las personas necesitan oír.

La Biblia nos dice: “¿Cómo creerán en aquel de quien no han oído?” (Romanos 10:14). Es muy sencillo: la gente tiene que oír acerca de Jesús porque él dice: “Yo soy el Camino, la Verdad, y la Vida. Nadie viene al Padre sino por mí”. La Biblia también dice: “Y en ningún otro hay salvación, porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos”. Este nombre es Jesús, el Hijo de Dios, el Salvador del mundo. Las personas tienen que oír acerca de Jesús y de la redención que él pagó para ellos en la cruz, con el resultado de que Dios nos declaró inocentes.

¿Cree usted esto? ¿Cree que las personas tienen que oír acerca de Jesús? ¿O piensa que Dios tiene otra manera de llevar a la gente al cielo si es que no han oído acerca de Jesús? Algunas personas sí creen, incorrectamente, que hay otras maneras de llegar

al cielo. Si usted cree, como lo dicen San Pablo y Jesús, que estar delante Dios y no ser declarado culpable depende cien por ciento de la redención que vino por Cristo Jesús, y que usted debe oír acerca de Jesús para hacer que esas bendiciones sean suyas por la fe en Jesús, entonces estoy convencido de que usted dirá: “Déjenme llevarles este mensaje a tantas personas como sea posible y tan rápido como sea posible”. Oren por la prédica de las buenas nuevas acerca de Jesús. Alégrese de que sus pecados sean perdonados.

La redención mundial merece la proclamación mundial del mensaje de la redención. ¡Oh Señor, sigue difundiendo tu palabra poderosa! Amén.

Ahora oramos:

Bienaventurado Señor Dios, me has perdonado por tu Hijo. Sigue ayudándome a decirles a otros acerca de Jesús para que ellos también puedan sentir la alegría del perdón de sus pecados y la esperanza de la vida eterna en el cielo. También sigue otorgándome un buen corazón y una vida piadosa para adornar mi profesión de la fe cristiana. Sigue permitiéndome respaldar la obra de mi iglesia: con mi testimonio personal, con mis regalos hechos de gratitud, y con mis oraciones fervientes. Por Jesucristo, tu Hijo, mi Señor. Amén.

LA VIDA ETERNA ES EL REGALO DE DIOS PARA USTED

¿Quisiera usted recibir un regalo gratuito? ¡Claro que sí! Lea esta devoción y se enterará de que existe un regalo que será suyo por siempre y, ¡es gratis!

En nuestra lectura de la Biblia, Jesús, el Hijo de Dios, le habla a un hombre llamado Nicodemo. Este hombre vino a Jesús de noche para saber si Jesús era el Mesías prometido del Antiguo Testamento. Jesús le dice a Nicodemo que, al creer en él, Nicodemo recibiría el regalo de la vida eterna. Fíjese en las palabras de Jesús para Nicodemo y para usted:

“Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del hombre sea levantado, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna. De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna. Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él. El que cree en él no es condenado; pero el que no cree ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios” (Juan 3:14-18)

Queremos estudiar solamente una parte de lo que acabamos de leer en la Biblia. Queremos estudiar estas palabras:

“Y COMO MOISÉS LEVANTÓ LA SERPIENTE EN EL DESIERTO, ASÍ ES NECESARIO QUE EL HIJO DEL HOMBRE SEA LEVANTADO, PARA QUE TODO AQUEL QUE EN ÉL CREE NO SE PIERDA, SINO QUE TENGA VIDA ETERNA.”

Cuando Jesús dice aquí que debe ser “levantado”, se refiere a su propio sufrimiento y muerte en la cruz. Puede ser que usted haya visto un cuadro de la cruz. La cruz nos recuerda que Jesucristo, el Hijo de Dios y el Hijo del Hombre, murió una vez en una cruz así.

Con frecuencia muchas personas preguntan: ¿Por qué fue necesario que Jesús muriera en la cruz? Jesús nos da una respuesta cuando dice: “Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre SEA levantado”.

Jesús tenía que ser levantado en la cruz para cumplir con todas las profecías acerca del Salvador venidero en el Antiguo Testamento.

El Antiguo Testamento es la parte de la Biblia, que fue escrita cientos de años antes de que Jesús naciera, donde los profetas por medio de descripciones y profecías, predijeron que vendría el Salvador al mundo. Dice que salvaría a toda la humanidad de la maldición del pecado y le daría a la humanidad vida en el cielo. Jesucristo es este Salvador.

En nuestra lectura bíblica Jesús habla precisamente de una de las descripciones tomadas del Antiguo Testamento, que él cumplió cuando murió en la cruz. Al cumplir esta descripción, así como con las profecías del Antiguo Testamento, él nos muestra que en verdad es el Salvador prometido.

La descripción es esta: En los días de Moisés, un líder de los judíos que los sacó de la tierra de esclavitud en Egipto a la tierra prometida de Canaán, los judíos murmuraban contra Dios. No estaban satisfechos con la manera en que Dios y Moisés los estaban guiando, y por eso Dios se enfureció con ellos y envió serpientes venenosas al campamento de los judíos. Mucha gente recibió la picadura de las serpientes y murió. Finalmente, cayeron en la cuenta de que habían pecado contra Dios y le pidieron a Moisés que intercediera por ellos ante Dios. Moisés lo hizo y Dios le respondió al decirle que debía “levantar” un poste en medio del campamento y colgar una serpiente de bronce sobre ello. Entonces cualquiera que fuera lastimado por la serpiente y mirara a la serpiente de bronce creyendo en las promesas de Dios, se salvaría de la picadura de la serpiente. Y así fue.

Ahora Jesús dice: “Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del hombre sea levantado”.

Sabemos que Jesús fue levantado en una cruz en el día del Viernes Santo. Fue falsamente acusado y condenado a morir en una cruz por los líderes religiosos de los judíos. Entonces Jesús fue clavado por las manos y los pies a la cruz, y después la levantaron. Unas horas más tarde, después de sufrir gran dolor, Jesús murió.

Pero, ¿por qué? Jesús murió de esta forma para cumplir con las profecías del Antiguo Testamento y así mostrarnos que él es el Mesías, el Salvador del mundo, y su Salvador del pecado. Además Jesús fue levantado para poder satisfacer la justicia de Dios.

Cuando Dios creó el mundo, era un mundo perfecto, y también Adán y Eva eran perfectos. Cuando Dios creó al hombre lo creó a la imagen de Dios, es decir, que el hombre tenía un conocimiento perfecto de Dios y el hombre era justo, o sea, sin pecado.

Pero sucedió algo: que cambió el mundo, la humanidad, y cuyos efectos lo podemos ver en nuestra vida de hoy. ¿Por qué hay: inundaciones, terremotos, incendios, y destrucción a nuestro alrededor? ¿Por qué tenemos que sufrir: asesinatos, muerte, enfermedad, y sufrimiento, a nuestro alrededor en nuestra vida personal? Es debido al pecado que cometieron Adán y Eva con su libre albedrío en rebelión contra Dios, al desobedecer el mandato sencillo que les dio. Debido al pecado de ellos, usted y yo heredamos el pecado original y por eso vemos el resultado con el sufrimiento y la muerte. Cuando Adán pecó, cavó las tumbas de todos sus descendientes hasta el fin de los tiempos.

Escuche lo que nos dice la Biblia: “La paga del pecado es la muerte”. Cuando uno trabaja, espera recibir el sueldo merecido. Así también cuando pecamos contra Dios,

el sueldo que merecemos es la muerte. En otra parte la Biblia nos dice: “Como el pecado entró en el mundo por un hombre [Adán] y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 5:12).

Para salvar a la humanidad caída en la muerte eterna como el castigo por el pecado, Jesús fue levantado en la cruz. Por lo tanto, fue esa necesidad básica de salvarlo a USTED del pecado y de la muerte eterna, lo que llevó a Jesús a morir en la cruz.

Hoy toda la humanidad sigue en el pecado original y con los pecados presentes. El versículo bíblico mencionado antes dice: “Todos han pecado y por lo tanto están destituidos de la gloria de Dios”. Nuevamente la Biblia nos recuerda: “Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros” (1 Juan 1:8).

Entonces, su vida está llena de pecado. Cuando usted le miente a alguien, cuando maldice a alguien, cuando usted es infiel a su cónyuge, cuando usted bebe en exceso, cuando usted roba, cuando usted lastima o hace daño a su prójimo en su cuerpo, usted peca y merece la muerte eterna. Estos pecados lo condenan a la eternidad en el infierno.

Pero ahora, en medio de estos pecados, Jesús dice: “DEBO ser levantado” en la cruz. Y ¿por qué? No solamente para satisfacer la ira del Dios justo, sino muy especialmente para que “todo aquel que cree en él tenga vida eterna”.

¡Qué buenas noticias! ¡Usted no tiene que morir por siempre, puede vivir eternamente en el cielo! ¡Qué afirmación tan hermosa y qué regalo maravilloso que le da Dios!

El propósito de Jesús al morir en la cruz era para salvar al mundo que había caído en el pecado, y así darle a toda la humanidad, el regalo precioso de la vida eterna en el cielo. La sola palabra “todos” dicha por Jesús nos dice que la redención de Cristo es para cada persona.

La Biblia nos dice: “Así como por la desobediencia de un hombre [Adán] muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno [Jesucristo, el Hijo de Dios], muchos serán constituidos justos” (Romanos 5:19). Hemos sido rescatados: del castigo del pecado, del temor a la muerte, y del poder del diablo. En otro lugar la Biblia dice: “Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados” (2 Corintios 5:19). Todavía en otro lugar leemos en la Biblia: “[Jesús] es la propiciación por nuestros pecados, y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo” (1 Juan 2:2).

¡Qué noticias tan maravillosas para el mundo pecador al oír que Jesús es el Salvador del mundo!

Jesús cumplió esto cuando fue “levantado” en la cruz y al gritar: “¡Consumado es!”, su obra redentora se completó. Por medio de su muerte pagó de una vez por todas,

por todos los pecados de toda la humanidad. ¡Y esto lo incluye a USTED!

Jesús también dijo Nicodemo: “Todo el que cree tiene vida eterna”. ¿Cree usted en Jesucristo como en su Salvador: del pecado, de la muerte, y del infierno? Creer significa que usted sabe quién es Jesús y lo que ha hecho por usted. Creer significa que usted deposita su confianza en él como su único Salvador del pecado.

Si usted quiere saber más de Jesús, busque una Biblia y léala. Lea en especial los libros de: Mateo, Lucas, y Juan, que se encuentran en el Nuevo Testamento. Estos libros le hablan acerca de: la vida de Jesucristo, sus enseñanzas, su sufrimiento, muerte, y su resurrección. Al leer la Biblia su corazón se llenará de maravilla y de alegría, porque por medio de ella el Espíritu Santo lo mantendrá a la fe en Jesucristo como su único Salvador.

A través de las palabras de la Biblia, el Espíritu Santo lo instruirá y le recordará las buenas nuevas de Jesucristo como su Salvador personal.

Los que conocemos a Jesús lo seguimos y confiamos en él y recibimos el gran regalo de Dios que es la vida eterna. Aquí Jesús nos recuerda que “Todo el que cree en él tendrá la vida eterna”. Al creer, Dios, a través de su gracia y misericordia, nos da la vida eterna. Usted no la gana, él se la da a usted y ya la TIENE desde el momento de tener fe en Cristo. En otras palabras, usted puede estar seguro de que después de esta vida en la tierra, le espera la hermosa y maravillosa vida eterna en el cielo.

La Biblia nos dice que estaremos junto con Jesucristo por siempre y disfrutaremos del gozo inefable. En el cielo Dios enjugará todas las lágrimas de sus ojos porque ya no habrá más: muerte, ni sufrimiento, ni dolor.

Este regalo: hermoso, maravilloso, y gratis, es suyo cuando el Espíritu Santo le dió la fe y creyó en Jesús como su Salvador que fue “levantado” en la cruz. Oramos para que este regalo de la vida eterna siempre sea de usted: ¡Qué Dios nos lo siga otorgando! Amén.

Ahora oramos:

Espíritu Santo, que nos guías a la verdad de la palabra del Dios todopoderoso, oramos para que sigas abriendo mi corazón y mi mente a las verdades de tu palabra a seguir creyendo en Jesucristo como mi Salvador. Por su muerte en la cruz tú me has prometido el regalo de la vida eterna. Sigue llenando mi corazón de fe para seguir creyendo que yo también tendré la alegría de la vida eterna. Te lo pido en el nombre de Jesús. Amén.



Multi-Language Publications
Bringing the Written Word to the World

Praise the Lord - Spanish
Catalog Number: 38-3307

ISBN 1-931891-66-4